CRITERIO

IMPRESIONES DE ORIENTE
GUSTAVO J. FRANCESCHI

LA LITERATURA NARRATIVA CATOLICA DE POST-GUERRA EN ITALIA
VALERIO VOLPINI

PRUDENCIO EN EL BREVIARIO ROMANO
FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

ESQUIÚ SÍMBOLO Y ESPERANZA PARA LOS ARGENTINOS
JOSE ANTONIO ALLENDE

DIRECTOR
Mons.
GUSTAVO J.
FRANCESCHI



$ 2.50

22 de Mayo de 1952
Año XXV
Nº 1164

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXV | Buenos Aires, 22 de mayo de 1952 | Nº 1164

IMPRESIONES DE ORIENTE

GUSTAVO J. FRANCESCHI

Espero redactar para CRITERIO una serie de artículos relativos a las comarcas de Oriente que acabo de visitar: Egipto, Líbano, Siria, Jordania, Israel. Nunca tendría la audacia de escribir una línea acerca de esos países si hubiera de atenerme nada más que a lo observado durante algunas semanas de permanencia en ellos: no pertenezco a la categoría de los viajeros que piensan conocer esa o esotra nación por el hecho de haber recorrido con espíritu turístico y a todo andar algunas de sus ciudades. Mucho tiempo hace que leo no digo todo pero sí bastante de lo que se publica sobre el Próximo Oriente, y los graves sucesos de los últimos años han contribuído a redoblar mi atención. Por lo cual la visita a que me refiero me ha sido útil sobre todo para controlar impresiones anteriores, adquirir un conocimiento visual del terreno, entrar en contacto con la población, comprobar la exactitud de afirmaciones recogidas aquí y acullá, ver los problemas desde dentro y no desde fuera de cada país. Y mi propósito no es indicar soluciones nuevas ya que carezco de competencia para ello, sino relatar para mis lectores, lo que he llegado a entender de las convulsiones o inquietudes que hacen a la hora actual converger las miradas sobre esta zona de contacto entre civilizaciones opuestas.

Por supuesto que no ha de esperarse aquí una descripción metódica ni un curso progresivo de historia contemporánea del Próximo Oriente. Ni deseo llevar a cabo lo primero, ni soy un especialista de lo segundo. Todo se reducirá a simples impresiones, *cuyo mérito será el de la sinceridad, y que han de contener el mínimo de fantaseo y el máximum de objetividad posible. Pero es un impulso profundo el que me mueve a redactarlas, y no quisiera que se esfumaran como tantas otras experimentadas a través de la vida, y de las que no subsiste más que un brumoso recuerdo.*

No tomen por lo tanto mis lectores las páginas que siguen sino como lo que aspiran a ser: meras notas de lo que he visto, oído, sentido y pensado.

EGIPTO

ALEJANDRIA

HEME en el puente de mando al que desde la noche anterior el capitán del *Esperia*, conocedor de mis aficiones náuticas, amablemente me ha invitado. La campana de a bordo acaba de picar las seis, nos vamos aproximando al puerto de Alejandría. Todavía no salió el sol, y las aguas han tomado ese color indeciso y algo turbio característico de la madrugada; marchamos con lentitud hacia la tierra que se dibuja en el horizonte, mientras las primeras gaviotas levantan el vuelo y se aproximan a la popa del vapor. Examino la carta marina del puerto y sus aproches, y mentalmente la comparo con la que se halla en la *Historia de Roma*, de Carcopino, que ha poco leí, y que se encuentra en el capítulo dedicado a la campaña de César en Egipto. Las disposiciones han cambiado algo a través de dos mil años. En aquel entonces la isla de Faros, la primera en que se encendió un fuego permanente para guiar a los navegantes, y que dió su nombre a todos los que posteriormente desempeñaron la misma función, estaba unida a tierra nada más que por un viaducto provisto de dos puentes, que se llamaba el Heptastadio; hoy es una verdadera península; hace veinte siglos el puerto principal estaba constituído por el amplio espejo de agua que se halla a oriente del

istmo; ahora se halla prácticamente abandonado y todo el movimiento marítimo se efectúa en el del oeste, que era entonces completamente secundario y se denominaba el Eunosto. Pero estas diferencias no obstan a que lo sustancial del paisaje sea reconoscible.

Asoma ya el sol en el horizonte, las aguas se vuelven amarillentas porque los fondos disminuyen. Y pienso en los que hace veinte siglos contemplaban la ciudad que muy chata se siluetea a lo lejos. Penetramos en el canal de acceso, reconozco a mi derecha el punto en que, durante la guerra, seis marinos italianos, montados en embarcaciones sumergibles minúsculas, entraron con audacia insuperable y habilidad prodigiosa en el custodiadísimo puerto, y minaron los acorazados *Valliant* y *Queen Elisabeth*. Miro con toda mi capacidad de visión la tierra próxima ya, y pienso que, casi desde el mismo punto en que me encuentro, la contemplaron hace algo más de dos mil años Cleopatra y Julio César, y que en estas aguas murió traidoramente asesinado Pompeyo.

Un paisaje sin historia equivale a un monumento cuya significación se desconoce: se podrá admirar su belleza, pero no habla realmente al espíritu, y por lo tanto engendra una emoción atenuada; no saber lo ocurrido a través del tiempo en un lugar es reducir el horizonte a lo percibido por los ojos. De ahí que las ciudades nacidas ayer, y que no poseen historia, puedan ser ricas, extensas, elegantes, cómodas, pero el hombre culto no encuentra en ellas más que un lugar de residencia. La urbe, en cambio, que ha sufrido a través de los siglos vicisitudes traducidas en monumentos y ruinas, que ha conservado en la disposición de sus calles, a veces estrechísimas, rastros de las costumbres que caracterizaban a las generaciones muertas, y cuyos edificios llevan la pátina de muchas lluvias y soles, nos hace revivir el pasado, pone en contacto nuestra alma con la de los hombres que fueron, nos infunde el sentido de la continuidad, y al colocar ante nuestros ojos la obra efectuada ayer, nos prepara a la que debemos realizar para sumar algo a la grandeza del mañana. Y si se conoce de antemano la historia de una ciudad, la visita que a ella se realiza ubica en un plano concreto los personajes y los acontecimientos, y nos permite figurárnoslos mejor. Para imaginar las tragedias de Lope o Calderón bueno es haber estado en Toledo, y la vida de los gremios medioevales se concibe más cumplidamente después de haber recorrido ciertas calles de Brujas. Desde este punto de vista esperaba mucho de Alejandría. No era sólo la presencia de los grandes guerreros la que soñaba encontrar, sino la de los filósofos neo-platónicos, de los lucubradores de la gnosis, de los maestros de la primera escuela superior cristiana: el hebreo Filón, Jámblico, Aristóbulo, Panteno, Clemente, Orígenes, el gran Atanasio. No ignoraba por cierto que la incomparable biblioteca había sido incendiada dos veces, pensaba sin embargo que algún rastro —siquiera algún muro— subsistiría de ese emporio del saber humano, equiparable otrora a Atenas.

Pero... a bordo me han entregado un folleto, editado magníficamente en inglés por las autoridades municipales de Alejandría. Allí se me recuerda desde la primera página que "esta ciudad, la segunda capital de Egipto, goza de uno de los climas más deliciosos del Mediterráneo. La ciudad moderna, con sus 700.000 habitantes, se ha desarrollado según las líneas más recientes del urbanismo, y ofrece al visitante toda clase y formas de ventajas modernas, placeres y confort... En la nueva Alejandría halla el turista hoteles de primera categoría como también pensiones para todas las bolsas, y excelentes facilidades de compra en amplios negocios, con frecuentes ómnibus, tranvías, trenes eléctricos que tornan el movimiento fácil y barato. Una de las mayores atracciones que Alejandría ha desarrollado durante los últimos años es la serie de playas para baños, que se extiende por ocho millas a lo largo de las curvas del magnífico paseo de la Corniche. Estas playas de arena dorada, provistas de terrazas, elegantes cabinas y duchas de agua fresca, brindan todo lo que pueda desearse para las delicias de un perfecto baño de mar". Y para mayor convicción acompaña al texto la fotografía de cuatro muchachas, en el traje (valga la palabra), que conocemos, y que saltan para alcanzar una pelota y exhibir sus formas. En suma lo mismo habría podido decirse de Palm Beach o de Mar del Plata.

¿Y los recuerdos del pasado, los restos, siquiera, de los monumentos que fueron gloria de Alejandría? "Residuos interesantes, mas pequeños, se hallan en la superficie de la gran ciudad, dice el texto antes citado; el subsuelo está repleto de antigüedades y se trabaja para conocerlas. Su cuidadosa excavación y preservación las hace fácilmente accesibles al visitante". He visto los trabajos: son ridículamente desproporcionados a la obra. En efecto, hasta ahora, fuera de la columna llamada de Pompeyo pero que es de Diocleciano, los restos de una fortificación romana, y las catacumbas de Kom El Chogafa y de Ras el Tin, que no son nada, en verdad que todo lo histórico es ignorado o ha desaparecido. En el Museo se han reunido algunas piedras y estatuas que significan poca cosa. Cabe aplicar a Alejandría el triste verso del poeta Virgilio al hablar de Troya: *etiam periere ruinae*, hasta las ruinas han muerto.

Existen, como en todas las ciudades y en Oriente quizás más que en otra parte, el barrio rico y el pobre, la superabundancia y la miseria viven distintas pero contiguas. Hemos recorrido avenidas admirables, y los guías prefieren mostrarnos ésto, mas no pueden evitar... lo otro. Bajamos de los coches en la proximidad de la columna pompeyana, que se halla en un barrio eminentemente popular. Hay que ir saltando charcos y montones de basuras, las casas cuyo revoque se desprende a pedazos parecen leprosas, abundan los andrajos sobre las espaldas de gentes pintorescamente trajeadas... Nos aproximamos un instante a una escuela coránica, dependiente de pobrísima mezquita, y cuya aula da directamente sobre la vía pública. Diversas señoras del grupo que conduzco intentan hacerse entender de los arrapiezos allí agrupados y les sonríen; el maestro se muestra benévolo, pero de un núcleo que se halla próximo oigo brotar la voz de *kelb* cuyo significado entiendo: se nos trata de perros, y el oficial de policía que nos acompaña aconseja, para mayor seguridad, seguir camino. La xenofobia, después de los terribles acontecimientos ocurridos en el Cairo quince días antes, se mantiene viva. Y, a decir verdad ¿por qué no habrían de aborrecernos estos hombres?

¿Qué tienen de común con nosotros, fuera de la naturaleza humana? Raza, costumbres, historia, religión, aspiraciones, todo nos separa. Mas aún. Nos-

otros pertenecemos a la raza de los dominadores. Esa plebe no distingue entre los diversos países: americanos o europeos, somos "Occidente", culpable de veinte injusticias. Y la propaganda comunista, activísima en todo el Próximo Oriente, ha soplado y sopla sobre el fuego, porque para el Soviet es esencial desterrar la influencia capitalista, y cuanto a ella se parezca, de la zona árabe, y en especial de la vecina al canal de Suez. A decir verdad, muchos cargos se formulan contra los "occidentales", y particularmente contra Gran Bretaña, y no todos carecen de fundamento. Pero es imposible no recordar que durante largos siglos todos los puertos del Mediterráneo, desde los Dardanelos hasta Tánger, fueron otros tantos apostaderos de piratas que asaltaron sin piedad las poblaciones ribereñas europeas, y que hasta durante la primera mitad de la pasada centuria, la navegación en aquel mar fué insegura. Si se realizara un completo balance histórico, dudo mucho de que resultaran con saldo deudor los "occidentales". Pero, en fin, el hecho actual está ahí; salta a los ojos, y es ciertísimo que, si les fuera posible, las poblaciones árabes, y más en general las musulmanas, caso de que sus fuerzas y su capacidad organizativa, que hoy no es grande, se lo permitieran, acabarían hasta con el último rastro no sólo de predominio sino aun de simple influencia europea. Aquí en Egipto comienza ya a sentirse la verdad de aquel dicho creo que de Kipling: "Oriente es Oriente, y Occidente es Occidente, y nada es capaz de llenar el abismo que los separa".

¿Nada? Quizás un cristianismo íntegramente vivido por unos y otros, aunque a decir verdad los cismas y divisiones que entre cristianos orientales y occidentales existieron desde el siglo IV nos impiden ser muy optimistas. De todos modos, hasta en el caso de una hoy improbabilísima unificación religiosa, la división,— por no decir la oposición—, tradicional, se mantendría latente; la misma historia de Alejandría, que antes de la invasión musulmana fué uno de los puntos de contacto entre Oriente y Occidente, así nos lo demuestra.

ENTRE LAS RUINAS

Tomo las notas de este párrafo en el Cairo, a mi regreso de un viaje que más allá de Luxor nos ha llevado hasta Assuan, en el Alto Egipto, junto a la primera catarata del Nilo. La noche es tibia, tranquila y estrellada. Desde mi balcón del hotel *Semiramis* veo, durante las horas del día, en primer plano el río, del otro lado una faja de ciudad y más allá el desierto; cerrando el cuadro, asoman en el horizonte las pirámides de Ghizet. Como el toque de queda suena a las veintidós, desde este momento no circulan coches ni peatones, y viene a mi memoria el verso de Ovidio: *jamque quiescebant voces hominumque canumque*, ya descansaban las voces de hombres y perros. Todo es silencio, y el pensamiento discurre libremente sobre cuanto percibieron los ojos.

Quien quiera descripciones, búsquelas en los innumerables manuales y guías de Egipto que año a año se publican; aquí me contento con apuntar simples impresiones de viajero. Ellas nacieron de haber contemplado ruinas de templos, sepulturas de faraones y estatuas de monarcas, y de haber procurado entender el sentido de esa viejísima civilización que todavía aflora.

Egipto es y ha sido siempre geográficamente un valle fértil entre dos desiertos. Aquél ha sido ensanchado, en los tiempos modernos, por los trabajos efectuados en el cauce del Nilo para regularizar el caudal de sus aguas, mas los segundos permanecen en acecho a uno y otro lado, aguardando el menor descuido de los hombres para ahogar la civilización que a orillas del río se desarrolla. Pero en esa lucha, la civilización, —o sea aquí los hombres colectivamente considerados—, si bien ha sido maltrecha por las potencias del desierto, no fué aniquilada, y sobrevive en los monumentos de todo género que todavía subsisten. No me refiero ahora a lo greco-romano, que en Egipto es bien poco, ni a lo musulmán, que es relativamente de ayer, sino a los tres períodos brillantes, separados por dos épocas de casi tinieblas, en que se divide lo que podríamos globalmente llamar la cultura faraónica.

Las tres etapas susodichas se distinguen por numerosos caracteres que abarcan no sólo la técnica sino los conceptos básicos, pero ofrecen, en mi sentir, rasgos comunes que anhelo destacar. Entre ellos sobresalen, en cuanto alcanzo a ver, el titanismo y la impasibilidad.

Templos como los de Karnak o Luxor, tumbas como las que se encuentran en el Valle de los Reyes, obeliscos como el inacabado de Assuán, estatuas como muchas de las concentradas en el Museo del Cairo, colosos como los de Memnón, las pirámides de Ghizet, la Esfinge, y muchos otros monumentos que cabría citar, son desmesurados, no aspiran a la gracia humana, sino a la enormidad, a lo gigantesco, se sitúan fuera de nuestras dimensiones, despiertan el asombro pero no la simpatía, la admiración mas no el amor, constituyen un alarde de potencia casi inconcebible pero no poseen lo poemático que se halla por ejemplo en el Acrópolis. Quizás nuestros ojos no están acostumbrados a esas inmensidades y por esto se sienten casi heridos, como en un orden completamente distinto se retraen al principio ante la fealdad de un hipopótamo o la tosquedad de un rinoceronte. Nos cuesta salir de lo *acostumbrado*. Y sin embargo es posible adaptarse a ello, como lo vamos haciendo con los rascacielos, cuyo titanismo es inferior estéticamente al de los monumentos egipcios.

Diversos factores han impulsado, —según creo—, la civilización faraónica, —pueblos y reyes—, al gigantismo. Y el primer lugar la índole misma del suelo en que moraban.

Todo es enorme en Egipto: el Nilo, ambos desiertos, de diestra y siniestra, y por fin el cielo casi siempre sereno. Conozco los principales ríos de Europa. No hablo ya del Tíber, el Sena, el Tajo o el Támesis, que frente a los grandes son simples arroyos; me refiero a los dos mayores, el Rin y el Danubio: en algún punto de su trayecto son más anchos quizás que el Nilo aun cuando nada tengan de comparable con su delta; son en cambio infinitamente más cortos, comparten su majestad propia con la que poseen las montañas que los cercan. Ninguno tiene una presencia tan abrumadora y desnuda como la del río egipcio, tendido sobre un panorama casi sin relieve. Y tanto el desierto de Libia cuanto el de Arabia, se midieron, en los tiempos faraónicos, por las infinitas jornadas a lomo de camello, necesarias para cruzarlo. Todo es horizontal o apenas ondulado, indefinido, inestable. Constrúyanse allí los monumentos de Grecia, y se pierden dentro del espacio sin límites ni relieve, devorados por el

primer médano. Había que vencer en cierto modo la extensión, la inmensidad, y ello sólo podía lograrse con fantásticas construcciones que en medio de la arena movediza y chata infundieran la impresión de lo sólido y lo enorme. Tal fué la obra faraónica en Egipto. Otro tanto ha ocurrido con las civilizaciones antiguas en la Mesopotamia.

Pero en este orden de cosas creo que no puede irse más lejos. En Assuán, muy poco por debajo de la primera catarata, a más de un kilómetro del río, y por encima de los doscientos metros de altura, hállase un obelisco inconcluso: la talla fué suspendida a medio terminar porque se descubrió una falla en la piedra. Es, que yo sepa, el mayor de los obeliscos egipcios. Ahora bien, se conoce la técnica empleada en esa época: casi no existían todavía instrumentos de hierro, la labor se realizaba con punzones de sílex; los transportes en tierra se llevaban a cabo sobre rodillos de madera, y el traslado a lo largo del río sobre jangadas de madera cuyas piezas estaban machimbradas o unidas con cuerdas. Ninguna máquina intervenía para enderezar semejantes piezas, como tampoco para superponer las piedras con que están construídos los templos de Karnak, de Luxor, o las pirámides: todo se reducía a sogas, planos inclinados de tierra (que luego se deshacían), y fuerza humana. Cuando se contemplan, cuatro o cinco mil años después de terminadas, estas construcciones titánicas, no puede menos de sentirse asombro ante lo gigantesco de los esfuerzos realizados para levantarlas. La causa es tan desmesurada como el efecto.

Pero los faraones dispusieron de todos los medios necesarios para erigir los monumentos que hoy nos asombran. Y ante todo, de arquitectos extraordinarios tanto desde el punto de vista de la imaginación cuanto desde el de la técnica. Muy poco sabemos de sus teorías científicas, mas no cabe duda de que un templo como el de Amón en Karnak, por ejemplo, requiere en los hombres que lo concibieron y levantaron no sólo una capacidad de fantasía sino también un técnica de la construcción, cálculo de la resistencia de materiales, equilibrio de las masas y otros puntos similares, no por cierto inferior a la exigida por los grandes edificios modernos. Ametonés, arquitecto de Aménofis III, cuya estatua se halla en el Museo del Cairo, o algunos de los que asesoraron a Ramsés II, el faraón constructor por excelencia, no debieron ser inferiores a Miguel Angel, puesta la grandiosidad, armonía y habilidad de sus edificios.

A ello, como elemento insustituíble pero abundantísimo, se agregó un factor que tornó hacedera la obra: el trabajo material ilimitado tanto de los esclavos cuanto de los naturales. La esclavitud fué lacra de los pueblos antiguos y alcanzó en Egipto una extensión pavorosa. No me refiero sólo a los prisioneros de guerra reducidos a servidumbre sino a los mismos hombres nativos del país, sobre todo si eran de estirpe extranjera, sometidos a prestaciones casi insoportables, como nos lo relatan los primeros capítulos del *Exodo*, confirmados por toda la documentación contemporánea. Recuerdo un bajo relieve de El-Berschek, que nos muestra a ciento ochenta hombres arrastrando pesadamente una estatua gigantesca: calcúlese lo que importaba el traslado de un obelisco. No faltan quienes han sostenido la relativa dulzura del gobierno faraónico, y yo mismo hube de discutir este punto con un guía por lo demás muy instruído. Para responder a sus afirmaciones bastóme mostrarle, en un templo de Luxor que estábamos visitando, la imagen en relieve de un monarca sentado en su trono con un montón de lenguas a un lado, de ojos a otro, arrancados a sus enemigos; rememoréle la escultura que en el Museo del Cairo representa a Aménofis III aplastando bajo las ruedas de su carro a vencidos siríacos y etíopes, e hícele presente que una de las insignias de la soberanía faraónica era el látigo. Ello, por lo demás, no debe sorprendernos, ya que la crueldad es común a todos los pueblos antiguos, menos al hebreo que trataba a los esclavos y razas sometidas con alguna consideración. Egipto ha conservado todavía hoy los rastros de un régimen feudal que fué muy duro, y ningún motivo hay para creer que los *fellah*, los campesinos, fueran tratados hace cuarenta siglos mejor que hoy día. Ahora bien, es suficiente ver qué existencia llevan en nuestros tiempos para vislumbrar qué fué de ellos otrora.

EL DIOS DEL NILO

Pero, no olvidemos un punto esencial: *los faraones eran dioses en el sentido estricto de la palabra*. El pueblo romano conoció la *apoteosis* de sus emperadores, esto es su colocación en el número de los dioses; Domiciano y sus sucesores se hicieron llamar *deus ac dominus noster*, dios y señor nuestro, pero todo ello no pasaba de una fórmula reverencial, claro está que exagerada, y que no se tomaba al pie de la letra. No ocurre otro tanto en Egipto: a través de más de tres mil años, a pesar de otros cambios fundamentales, la divinidad de los faraones nunca fué puesta en duda. Relatos alusivos a los tres primeros monarcas de la quinta dinastía, veinte y siete siglos antes de Cristo, nos dicen que ellos nacieron del dios Ra, o sea el sol, y de la mujer de un sacerdote de éste; en un templo de Luxor, perteneciente a la décima octava dinastía, quince centenarios antes de la era cristiana, se nos muestra la intervención personal del dios Amón-Ra en la procreación de la reina Hatshepsut y del rey Aménofis III, y esa inquebrantable tradición llega hasta vísperas de la Redención, pues idéntico carácter se atribuye a Cesarión, el hijo de Julio César y Cleopatra; siempre es el dios supremo quien se encarna en el soberano y de este modo fecunda directamente a la reina. Por supuesto que no me corresponde exponer aquí la religión egipcia con las evoluciones que tuvo a través del tiempo, abundan al respecto los tratados excelentes; quiero tan sólo destacar el hecho mencionado, por lo que socialmente importa. Claramente nos lo dicen los documentos: un bajo relieve de la duodécima dinastía, mil setecientos años antes de Cristo, dice que el Faraón es el sabio por antonomasia, que penetra en la conciencia de cada individuo; es Ra en persona, que ilumina con los rayos del sol, que hace germinar la tierra bajo el benéfico influjo de la inundación periódica, que nutre y compensa, que crea. De su voluntad, de sus prácticas mágicas dependen el beneficio de las llanuras fecundadas, la abundancia de las cosechas, en una palabra, la propiedad y dominio de la tierra y de las aguas; sopla fuego la serpiente con que se ciñe las sienes, y su voz aterroriza a los enemigos como trueno celeste. Documentos paralelos nos afirman que todos los hombres no sólo le deben obediencia, sino que están obligados a reconocer en él al dominador sobrenatural de quien depende toda salvación y gloria, y que ante él se aniquila el hombre,

y postrados en el polvo no se atreve a mirarlo ni a hablarle ni a formular un pensamiento cualquiera. Y es en virtud de esta divinidad absoluta que las estatuas y bajo-relieves de los faraones ostentan los mismos símbolos que caracterizan a los dioses de Egipto: el disco de oro sobre la cabeza y el *ureus*, el aspid enroscado en torno a ella y adelantando su cuello henchido y su testa amenazadora. No conozco en literatura religiosa o política de las que he leído alabanzas más desmedidas, adoraciones más absolutas, actos de sumisión más profundos, obsecuencia más extremada, aniquilamiento de sí mismo más total que las halladas en los escritos egipcios al referirse al faraón. La fórmula fascista *il duce sempre ha raggione*, parece, en su cotejo, de una parquedad inconcebible, y los saludos de los cortesanos de Luis XIV no van más allá de ser una serie de insolencias.

Imagínese lo que puede haber sido el totalitarismo de esos soberanos que se sentían estrictamente dioses y eran venerados como tales por todas las clases del pueblo. La frase que en su *Nabuco* hace pronunciar Verdi al monarca enloquecido, *io non son uom, son dio*, yo no soy hombre soy dios, constituye en Egipto la suprema verdad político-religiosa, por nadie discutida durante treinta siglos. Ahora bien, sabe todo el mundo ser característica de los grandes dictadores emprender obras públicas monumentales que perpetúen su memoria: así ha ocurrido desde Nerón y Calígula hasta Hitler y Stalin; no podía menos de acontecer otro tanto con los reyes de Egipto. En el gran templo de Amón, situado en Karnak, el nombre del faraón constructor es repetido tantas veces como el del dios. Y por inevitable rivalidad el continuador de la obra borra el de su predecesor para sustituirle el propio. Disponiendo libérrimamente de la riqueza de todo un país, hecho a una autoridad ilimitada, teniendo a sus órdenes técnicos y obreros sin número ¿cómo no había de traducirse la soberbia del monarca en esos monumentos inmensos, que lo satisfacían tanto más cuanto que ponían en relieve su índole religiosa, su relación personal e inmediata con la divinidad? Estos edificios valían para los faraones más que los de aspecto puramente civil, por la fundamental razón de que la vida egipcia individual y colectiva se basaba totalmente en la creencia: puesta su deidad, el soberano se encontraba en su casa mejor aún en el tiempo que en el palacio.

Pero aquí se encuentra la explicación de la extraordinaria impasibilidad que se observa en el rostro de todas las estatuas de lo faraones. Nótasela admirablemente en la serie enorme de ellas reunidas en el Museo del Cairo, pertenecientes a casi todas las dinastías. Como tamaño suelen ser sobrehumanas, pero lo que atrae es el rostro, en el que vaga siempre una tenue sonrisa, que tiene más de indiferente o despectiva que de benévola, que sitúa a su autor en un plano colocado a una inmensurable superioridad, al que no llegan las pasiones humanas ni importan los padecimientos o las alegrías comunes. Nada, ni siquiera la cólera, alcanza a descomponer un instante los rasgos fisonómicos del soberano que ha sido en cierto modo embalsamado, momificado por su orgullo: participa en la vida de los dioses y no de los hombres. Por lo cual hasta en su tumba está fuera de la humanidad. Basta considerar las pirámides por una parte, por otra los sesenta y dos subterráneos conocidos en el Valle de los Reyes, alguno de los cuales, el de Setí por ejemplo, alcanza ciento cincuenta metros de desarrollo, para darse cuenta de que esos jefes de estado hacen converger sobre su persona toda la vida espiritual y material de un país. Las consecuencias están a la vista en su historia, y son catastróficas.

Es curioso observar que el arte egipcio, frío e imponente en lo grande, podría sin embargo haber sido capaz de cierta ternura por lo menos en lo pequeño. Entre los abundantísimos objetos extraídos de la tumba de Tutankamón, que se encuentran en el Museo del Cairo, hállase una estatuita deliciosa. Representa el cadáver del monarca tendido en su lecho mortuorio, y a los pies de él un ave, expresión del alma (sin entrar en detalles acerca de las creencias religiosas), que lo visita, lo conserva, y parece decirle: "heme aquí ¿ves? no te abandono; no temas, estaré contigo para que no seas destruido". No recuerdo otra nota de este género en todo el arte del país: convengamos en que es bien poca cosa.

Al terminar este capítulo rememoro lo que ví en esa ciudad sagrada de Tebas, que en egipcio se llamaba acertadamente Nut-Amen, "el dominio de Amón", y cuyo punto culminante se halla en el templo consagrado al dios en Karnak. Prescindiendo de los edificios privados, el conjunto de los religiosos cubre casi veinte y cinco hectáreas; desde Luxor hasta el santuario, una doble hilera de esfinges con testa de carnero, de las que subsisten algunas, constituía, sobre una longitud de tres kilómetros, asombrosa avenida; la sala central, llamada "hipostila", elevaba sus coronamientos sobre ciento sesenta y cuatro columnas de piedra: las doce centrales tienen veinticuatro metros de alto y diez de cincunferencia: en Roma no hay más que una equivalente, la Trajana; los obeliscos, los pórticos, las estatuas colosales de faraones, los santuarios, los bajo-relieves hacen de todo ello una agrupación de monumentos que no tiene igual en el mundo: su imponencia es tal que el general Desvernois, cuyas memorias leí poco antes de embarcar y que formaba parte de la expedición napoleónica a Egipto, narra cómo al llegar frente a las ruinas, la tropas sobrecogidas instintivamente cerraron filas y echaron armas al hombro mientras las trompetas tocaban diana...

Y, sin embargo mi espíritu se halla insatisfecho. No se trata de discutir la verdad de la religión egipcia ni tampoco la magnificencia de la obra: la primera está descartada por inconsistente, y sólo quien estuviera falto de todo sentido artístico podría poner en duda la ciclopea grandeza de la obra faraónica. Pero quizás el largo hábito de estudiar los problemas sociales principalmente desde el punto de vista humano me impida ver un monumento sin pensar en las condiciones que acompañaron su erección. No encontramos en Egipto —que yo sepa—, un sólo edificio público religioso ni civil que haya brotado de la voluntad popular ni respondido a una iniciativa de la muchedumbre ni sido construído por manos que en alguna forma no fueran esclavas. El hombre *soportó* el esfuerzo, pero no pasó de ahí. Habituadas milenariamente esas gentes a mirar siempre a su dios de la tierra, extinguióse en ellas progresivamente toda capacidad de reacción personal y veleidad de independencia. El sobrehumano despotismo faraónico que debía al parecer conferirles un vigor extraordinario al unificar totalmente su régimen acabó por postrarlas en una incurable pasividad. Con todo su aparente po-

La literatura narrativa católica de post-guerra en Italia

VALERIO VOLPINI

Fano (Pesaro)

LA presencia de una literatura "narrativa católica" propiamente dicha en Italia es por cierto motivo de discusión, ya que resulta difícil señalar y valorar sus límites con exactitud; y, si además se quiere abarcar el campo de la poesía con argumento religioso, con datos específicamente ortodoxos, debe notarse sin más su exigüidad. No queremos con esto insinuar un reproche para los escritores católicos, ya que existen causas para que ello suceda, y con seguridad que son justificadas; pero, si nos ceñimos a una interpretación estricta de la palabra "narrativa" podemos señalar muy pocos nombres que tengan resonancia nacional, y que no estén circunscriptos a cenáculos intelectuales o a ciertos círculos limitados de lectores. En efecto, algunos libros que han tenido considerable éxito entre ese público, han interesado muy poco a la crítica oficial y no han salido de las fronteras de una "provincia literaria", en otras palabras, no han incidido sobre la masa de los lectores.

Pero este aspecto nos llevaría demasiado lejos, y deseamos desarrollar el tema en un sentido más general, reuniendo aquí los exponentes más calificados y significativos de esa literatura, no sin advertir que muchos nombres que no podemos mencionar (por razones de espacio) tienen importancia aún cuando no figuren entre los de primera línea.

DESPUES de la guerra, GIOVANNI PAPINI ha sido objeto de una crítica a veces despiadada y eso por razones vanas o equivocadas; hoy ya se ha disipado casi por completo ese error, dejando ver hasta qué punto su personalidad de escritor es permanente y todavía necesaria en el mundo de las letras italianas. Su palabra franca y sin sobreentendidos ha brindado por cierto a los jóvenes esa contribución de presteza que entre las generaciones anteriores algunos habían demostrado no poseer. Aunque sus páginas polémicas y ciertas violencias han sido hirientes, había siempre en ellas una humanidad profunda que hacía válida y oportuna la forma que revestían. Los católicos no pueden olvidar al maestro florentino, porque en toda forma —y si se quiere, con todos sus errores también— ha contribuido a especificar el carácter de la renovación espiritual buscado por todos.

Los "Lettere agli nomini di Celestino sesto" (Vallecchi, 1946) han sido la demostración de la continuidad de su fuerza intacta de hombre y de cristiano que no permanece sordo ante el requerimiento de los tiempos nuevos. Europa, frente a la tremenda posibilidad del Apocalipsis es puesta sobre aviso en cada página: nos referimos a la Europa cristiana. En otro aspecto, su "Michel Angelo" (Garzanti, 1949) ha dado a la literatura el ejemplo de un género casi olvidado, la biografía crítica y humana, histórica y novelesca. Estos dos libros son sus obras principales en estos últimos años —y la crítica ha debido reconocerlo y aceptarlo— pero no podemos dejar de mencionar también otros textos que son siempre de la mejor calidad literaria. Así "Passato prossimo" (L'Arco, 1948) de recuerdos literarios y biográficos, y "Santi e poeti" (Fiorentina, 1948) a el que se trazan rápidos cuadros, polémicos y esquemáticos retratos de "lo vivo". Con "Le pazzie del poeta" (Vallecchi, 1950) ha vuelto en cambio a la anotación meditada de los puntos más diversos, elegidos de la fantasía, de la generalidad de la participación humana que sigue siendo, como se ha dicho, una de las características más notables del viejo maestro, siempre joven cristianamente.

NICOLA LISI ha testimoniado las tribulaciones de la triste época de la guerra en "Amore e desolazione" (Vallecchi, 1946), y en su reciente antología "La nueva tebaida" (Vallecchi, 1950) ha agregado aún nítidas visiones en las que la imagen de una belleza natural se confunde con la de la creación purificada, y la santidad con la fábula. Lisi sabe aprovechar los medios más surrealistas, sin restar nada empero, a su inspiración fundamental y a su clásico equilibrio. Una frescura de narración renacentista aparece unida a la tonalidad mística, aún estando orientada más hacia la ingenuidad que hacia la ortodoxia.

PIERO BARGELLINI es por cierto el autor más fecundo y sistemático entre los que presentamos aquí; su obra de mayor aliento, y que ha desencadenado la ira y el entusiasmo de los críticos es su historia de la literatura italiana, "Pian dei Giullari" (Vallecchi) en la que añade a la fría noticia histórica y biográfica, el sabor de la narración cumplida y tranquila. Ha escrito además un libro notable sobre el Pontífice "Pío XII" (Sansoni) y muchos otros que sería largo enumerar.

El viejo "selvático" (como se lo ha definido) Do-

---

derio resistió mal Egipto las invasiones extrañas: los hycsos, raza del todo inferior culturalmente, lo redujeron a servidumbre ya diez y ocho siglos antes de Cristo, y recobrada la independencia los asirios más de una vez lo conquistaron, los persas lo dominaron, Alejandro Magno lo sometió e impregnó su religión de helenismo, Roma lo convirtió en colonia, y finalmente los legítimos descendientes de los antiguos egipcios, que son los coptos, fueron sujetados por los islamitas que hasta ahora señorean. El nacionalismo actual de Egipto es árabe y no egipcio en el sentido estricto del término. Un episodio harto significativo demuestra la exactitud de cuanto expongo. Cuando en el siglo XIV antes de Cristó se le ocurrió al faraón Aménofis IV sustituir el tradicional culto de Amón por el de Atón, dios local de Heliópolis, todo el pueblo le obedeció; y cuando su hijo Tutankamón, llamado primero Tutankatón, resuelve volver al dios de sus abuelos movido por un grupo de sacerdotes, toda la muchedumbre fué en su seguimiento.

Por esta razón me parece que la frialdad del arte egipcio, a pesar de su magnificencia, nace sobre todo de su falta de contacto con el pueblo. Encuentro allí una inhumanidad, originada en que no pensaron sus autores en las almas, en la intimidad de las conciencias: no hay en él —por lo menos no lo hallé—, una nota de amor. Y veo constantemente al esclavo que arrastra la piedra, y al cómitre que le amarga el latigazo... ❖

MENICO GIULOTTI es hoy más leído que nunca, y los editores reimprimen sus obras, acogidas puntualmente por sus fieles lectores. En "Nuovi pensieri di un mal pensante" (Il Crivello) ha revelado su antagonismo ante lo que hay de decadente y banal en las cosas de los hombres y del mundo, imbuído de fe y de amor hacia Cristo y hacia los hermanos más humildes y desconocidos. NINO SALVANESCHI ha escrito un bellísimo libro sobre la Virgen; pleno de sensibilidad y con mesurado acento poético, obra fiel a su vena de frescura y humildad artística. ICILIO FELICI ha escrito nuevamente como en el pasado sus completísimos libros: es el suyo un arte sereno y abierto que se apoya más sobre el fluir de un relato que sobre los acontecimientos narrados, es decir, sobre los motivos internos más que sobre los externos y llamativos. Recordemos a nuestros lectores "Angeli Bianchi" y "Fiele e Aceto", ambos editados por Mistri-Lischi de Pisa. CESARE ANGELINI representa en nuestro mundo literario lo más adicto a la tradición de las páginas bellas, escritas con esmero, rebuscadas y casi sublimadas en su estilo, como un diamante. "Il regno dei Cieli" (Garzanti, 1950) es una variación acerca de la vida de Jesús, pero que alcanza relieve por todas las diversas consideraciones que interesan al escritor, cuya prosa puede considerarse como una verdadera y lucidísima poesía. EUGENIO VAQUER en dos novelas construye motivos dramáticos con la verdad cristiana en la vida cotidiana; el tema del pecado y la redención inspira la primera novela ("Il procuratore", Bompiani) y el del perdón la segunda, que transcurre entre los acontecimientos políticos de la post-guerra ("Settenta volte sette", Casini, 1951).

Un lugar destacado espera al joven LUIGI SANTUCCI, de la generación más reciente, que en sus libros muestra ese espíritu jovial y risueño que sentimos en Chesterton. Su interpretación de la doctrina cristiana por medio de este buen humor no pierde por ello su significación sobrenatural y ortodoxa, significativo porque se trata de un ejemplar único, más bien que raro, en la esfera de los literatos católicos. Citemos "Misteri gaudiosi", "In Australia con mio nonno" (Mondadori, 1947), y el más reciente, "Lo zío prete" (Mondadori, 1951) que reúne las figuras más diversas y curiosas de religiosos.

También dentro de la literatura narrativa, señalemos los cuentos de TELIO TADDEI, y su novela "Anime alla Badía" (Il Messagero di San Antonio) que concentra en la figura del protagonista, un sacerdote, todo el mundo de los últimos años con sus trágicos acontecimientos y sus crisis religiosas y morales. GIORGIO PETROCCHI en cambio, en su único libro "La caritá" (De Silva, 1948) enfrenta el tema especificado en el título de la obra: los protagonistas son tres jóvenes seminaristas, dibujados con suma eficacia. CARLO COCCIOLI después de una rápida carrera nos ha dado en "Il cielo e la terra" (Vallecchi, 1950) la figura del sacerdote de nuestra época. La influencia de los escritores franceses Bernanos y Mauriac es evidente, pero ello no resta valor a la obra, traducida ya a varios idiomas.

Libros dignos de ser leídos y comentados han escrito también NELLA BATHER, LUISA SANTANDREA, ORSOLA NEMI, OLGA VISENTINI, EMILIA SALVIONI, MARÍA RAGAZZI.

Entre tanto, nuevas promesas de la literatura católica se están formando en las páginas de los periódicos y revistas, numerosos y apreciados en todos los sectores de la cultura nacional. ❖

Prudencio en el Breviario Romano

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Córdoba.

LA fuerte poesía de Prudencio (poesía naturalista, según Menéndez y Pelayo) conjuga la letra de Horacio con algo del espíritu de Lucrecio, y recogiendo en su prosodia las últimas esencias de un arte exhausto a fuerza de haber prodigado sus virtualidades expresivas, se entrega sumisamente a la poderosa fecundación de la verdad evangélica y del entusiasmo apostólico, y ofrece a nuestra vista, en el confuso marco de un siglo que aún cantaba por boca de Claudiano los últimos triunfos de los héroes de Roma, la noble imagen de un poeta levantado sobre aquel ruinoso mundo para exaltar las victorias de los primeros mártires de Jesucristo, y para celebrar en ellos el nuevo rumbo de un imperio que, después de haber sido todo lo glorioso que un imperio puede ser en la tierra, se transfiguraba místicamente en la Iglesia Católica, y emprendía, con el coraje y la abnegación de sus primeros soldados, la conquista de lo único que a Roma le faltaba conquistar para ser verdaderamente grande y verdaderamente gloriosa: la conquista del cielo. Prudencio realizó en el orden del saber poético algo semejante a lo que por entonces hizo San Agustín en el orden del saber filosófico y teológico: la síntesis de lo mejor que el conocimiento antiguo podía ofrecer a un mundo que acababa de descubrir su anhelada razón de ser y que se disponía a comprenderla en sus más íntimos alcances y a vivirla hasta en sus más dramáticas consecuencias. San Agustín bautizó la sabiduría platónica. Prudencio cristianizó la retórica horaciana. Y si aquél, el sublime obispo de Hipona, logró levantar a la esfera sobrenatural de la gracia un sistema mental que no había trascendido las fronteras de la naturaleza, éste, el gran poeta latino-español, consiguió nada menos que espiritualizar la vida, vigorosa pero meramente física, del armonioso lenguaje poético que tan brillantemente había culminado en las epístolas y en las odas magistrales. Leyendo el *Peristephanon* llega uno a la conclusión de que la sangre de los atletas cristianos allí celebrados sirvió no sólo para cubrir de gloria a quienes la derramaron y para enriquecer el tesoro de méritos de los fieles todos, sino también para vivificar con su torrencial energía el cuerpo claudicante de una literatura enferma de profanidad y para redimir el alma de un arte cuyas formas estaban subordinadas al abyecto culto de la letra por la letra misma. Y repasando el *Cathemerinon* y la *Apotheosis* resulta fácil comprobar el grado de excelsitud expresiva que puede alcanzar un idioma poético en postración cuando quien lo anima y lo empuja y lo remonta es una inteligencia poseída por la pasión de la verdad y una voluntad arrebatada por el fuego del amor. De toda la poesía de Prudencio, pocos son los versos incorporados a los libros litúrgicos de la Iglesia, quizá porque, aunque más refinados que los ambrosianos, no se adaptaban tan bien como éstos a las necesidades de la función coral. Entre los que merecieron el gran honor de figurar en el Breviario Romano conviene recordar tres himnos excelentísimos por su calidad conceptual y estilística: el ALES DIEI NUNTIUS (que fué trasladado al francés por Racine en una paráfrasis que se inicia de este modo: "*L'oiseau vigilant nous réveille...*"); el SALVETE FLORES MARTYRUM, que integra el oficio de los Santos Inocentes; y el QUICUMQUE CHRISTUM QUÆRITIS, correspondiente a la fiesta de la Transfiguración del Señor. A fin de que el lector aprecie, siquiera sea pálidamente, la belleza de tan sublime poesía, doy aquí ahora la versión castellana que hice (para mi libro en prensa "Himnos del Breviario Romano") de las piezas citadas en segundo y tercer término, las cuales son fragmentos del *Cathemerinon* y muestras extraordinarias de uno de los genios más altos de la lírica católica de todos los tiempos.

SALVETE FLORES MARTYRUM

SALVE, pequeñas flores de los Mártires,
Que apenas en la puerta de la vida
Fuisteis deshechas, como por el viento,
Por quien a Jesucristo perseguía.

Vosotros, que ayer fuisteis los primeros
Inmolados por Dios y por su gloria,
Hoy jugáis ante el ara del Altísimo
Con vuestras santas palmas y coronas.

Gloria a Jesús, que para bien del mundo
Nació del vientre puro de una Virgen,
Así como a su Padre y al Paráclito
Por los siglos de un tiempo inextinguible.

QUICUMQUE CHRISTUM QUÆRITIS

TODOS los que buscáis a Jesucristo
Alzad los ojos y mirad de frente,
Para poder gozaros contemplando
Una señal del esplendor perenne.

El fulgor que destella en las alturas
Es de una luz que no padece ocaso,
De una luz cuyo brillo es más antiguo
Que el firmamento y anterior al caos.

Ese es el Rey de todos los gentiles,
Ese es el Rey de todos los hebreos,
Que le fué prometido a nuestro padre
Abrahán y a sus hijos y a sus nietos.

Ese es a quien, después de los Profetas,
El Padre eterno rinde testimonio,
Y a quien, por su mandato soberano,
Debemos fe y acatamiento todos.

Glorificado seas, Jesucristo,
Que te revelas a los más pequeños,
Y que sean también glorificados
Tu Padre y el sagrado Paracleto. ✦

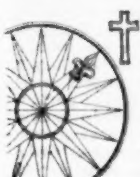
(Versión libre del latín y nota preliminar por
Francisco Luis Bernárdez)

ORIENTACION SOCIAL

ESQUIU SIMBOLO Y ESPERANZA PARA LOS ARGENTINOS

JOSE ANTONIO ALLENDE

Córdoba.



I. — *Un deber Histórico*: Los grandes hombres alcanzan a veces la consideración y el respeto de sus contemporáneos, pero a la posteridad corresponde consagrarlos. En este acto de justicia, la iniciativa y la responsabilidad es de los medios cultos y se acentúa cuando una coincidencia ideológica los une aún más al prócer; a ellos incumbe el estudio y la difusión del personaje para presentarlo al pueblo como ejemplo y fuente de perenne inspiración. Si una Nación cuenta en su historia con una figura de indiscutibles méritos morales, intelectuales y cívicos, la indiferencia que rodee su memoria es un fenómeno digno de meditarse, porque puede ser síntoma de un estado moral en sus clases dirigentes.

El estudiar a Esquiú lleva a la dolorosa comprobación del cauto silencio que se observa alrededor de su personalidad (1). Sus coetáneos se adelantaron al juicio de las generaciones y le hicieron objeto de los mayores homenajes; su muerte acongojó al país de un extremo al otro, que reveló su pesar sin distinción de clases sociales; la prensa y los escritores rivalizaron en el elogio. El tiempo, en vez de afianzar este sentimiento colectivo de solidaridad en la admiración, lo ha ido adormeciendo: su Causa de Beatificación ha promovido manifestaciones aisladas que buscan un apoyo para su activación (2); con mayor o menor éxito diversos escritores se han ocupado de su persona desde distintos puntos de vista (3); algunas obras biográficas despertaron una pasajera atención entre el público acostumbrado de los autores (4); recopilaciones de sus famosos sermones y de sus cartas, pastorales, etc., merecieron el apoyo oficial de la Nación y de las Provincias (5). No obstante, todas esas demostraciones particulares no han logrado conmover a la sociedad en la medida que Esquiú merece. Se le conoce y admira como en una especie de leyenda; se admiten, sin discusión, sus excepcionales dotes de orador y sus virtudes franciscanas, no se oye a nadie negarlas; pero se le ignora casi en absoluto; escaso número de personas han leído su "Sermón de la Constitución", y menos aún sus otras producciones. Quizá contribuya a acentuar esta apatía esa misma unanimidad de juicio, que hace aceptar como algo natural y lógico la "santidad de Esquiú": no se concibe que pudo no haber sido santo. Quienes así piensan, olvidan que era hombre y un hombre profundamente humano. Es, precisamente, esta cualidad la que seduce; esa ininterrumpida lucha entre su espíritu y sus tendencias naturales; entre lo divino y lo temporal, que es la tragedia de su vida interior. La perfección espiritual de Fray Mamerto Esquiú, es obra de su esfuerzo personal y con razón ha podido decirse que "no tenía naturaleza de santo, sino que se hizo santo".

El ejemplo compromete, obliga o por lo menos molesta cuando nos apartamos del modelo; sin embargo, los católicos argentinos no debemos ignorar a este fraile y ciudadano ejemplar; y, conociéndole, no podemos mezquinarle el homenaje más justo: la difusión de sus virtudes y de sus ideas.

II. — *La actitud del sacerdote*: "Ser los sacerdotes otros nuevos Cristos en el mundo, como algún santo Padre lo llama, todo esto pide una caridad extraordinaria"; así se expresaba Esquiú en su primera pastoral al clero de la Diócesis de Córdoba; y añadía más adelante, recordando al apóstol, "nadie debe arrogarse el honor del sacerdocio, sino el que es llamado por Dios como Aarón; de lo cual se sigue nadie, absolutamente nadie, puede estar en el sacer-

(1) Este fenómeno ya lo advertía en 1921 Joaquín V. González, que en el plan de una conferencia, se proponía como punto a desarrollar: "Razón del desconocimiento u olvido de su grandeza moral, intelectual e histórico-política" (ver Obras completas, tº XXII, pág. 571).

(2) La iniciativa de promover la Causa de Beatificación corresponde al Franciscano R. P. Fray Luis Córdoba; la presentó al III Congreso Terciario Uruguayo Argentino en Buenos Aires, en 1921; suscitó un movimiento de adhesión; los detalles pueden verse en la obra del mismo padre Córdoba: "El Padre Esquiú - Vida, virtudes, fama de santidad y milagros del siervo de Dios Fr. Mamerto Esquiú", pág. 319. En 1946, el Senador de la Nación Julio Herrera, presentó un proyecto para activar oficialmente la Beatificación (fundamentos en CRITERIO, año XIX, nº 965, pág. 254).

(3) Son recomendables: El estudio de Esquiú como orador que hace Goyena, reproducido en la obra de Alberto Ortiz: "El Padre Esquiú - Obispo de Córdoba, sus sermones, discursos, cartas pastorales, Oraciones fúnebres, etc.", tº I, pág. XXIX y sgtes. El ensayo de Nicolás Avellaneda, publicado por la Biblioteca Argentina, en el tomo intitulado "Diez Ensayos", pág. 57 y sgtes. El discurso pronunciado en el Senado de la Nación, por Joaquín V. González "(Obras Completas", tº XXII, pág. 207); y el artículo de Monseñor Franceschi, en CRITERIO, nº 965, bajo el título de "Fray Mamerto Esquiú o el Civismo Cristiano".

(4) Biografías, propiamente dichas, sólo son la del Padre Córdoba, cit. y la de Manuel Galvez, "Esquiú", edic. Cóndor 1933. Fr. Mamerto González O. F. M. ha publicado un tomo de correspondencia, Córdoba 1906; un tomo "Fr. Mamerto Esquiú y Medina, su vida pública", Córdoba 1914, que es una relación documentada de su vida y un tercer tomo, con su vida privada, que contiene el "diario" de Esquiú y otros documentos. Félix Avellaneda tiene una biografía cronológica publicada en Catamarca en 1917.

(5) Ortiz op. cit. págs. II y sgtes.

docio ni venir a él por su propio bien, no digo temporal, de honores y comodidades y allegar dineros, lo que es horriblemente abominable, sino que ni aún por su propia y exclusiva santificación. El sacerdote, es verdad, debe ser santo; pero no es para eso el sacerdocio, sino, para que siendo santo el que lo tiene, esté consagrado al amor y a la grande obra de la santificación de sus prójimos". Esquiú, sin saberlo, traducía en estos conceptos la definición de lo que había sido la misión de su vida: renuncia de sí mismo para entregarse a la santificación del prójimo por amor a Dios.

En los sermones en que desarrolla asuntos de política temporal comienza con un exordio en el que fija la razón de ser de su preocupación por el tema y el carácter con que habla: éste es siempre el de "Ministro de Cristo". El 9 de julio de 1853, invoca la autoridad de esta augusta función y continuamente ha de destacarla en todas sus oraciones públicas, por sencillo que sea el motivo de sus palabras.

Entregado por entero al ejercicio de la caridad, la vida de Esquiú es un perpetuo renunciamiento a los halagos temporales que su talento y su fama le facilitaban conquistar. Ningún sacerdote, en nuestra historia, recibió tantos honores de su Gobierno y de su pueblo; a ninguno se le dieron más testimonios del sentimiento de superioridad intelectual y moral que despertaba su persona; y nadie como él rechazó más distinciones y goces terrenales, con una humildad y sinceridad tan conmovedora (6). Mientras más le reclamaba el mundo, más de él, huía Esquiú para refugiarse en su dolor interior; atormentado por estas atracciones que veía como duras pruebas dispuestas por la providencia divina. Nueve veces figuró, sin desearlo, en ternas para la provisión de obispados (7); renunció al arzobispado de Buenos Aires, y aceptó la diócesis de Córdoba por sumisión a la Santa Sede.

Es un ejemplo de piedad, de adhesión a su Fe y de dignidad. Nunca habla para afianzar situaciones particulares o ensalzar hombres con la autoridad de su hábito, sino para reclamar por el principio olvidado o violado y pedir la vuelta a Cristo. No adula ni al gobernante, ni al pueblo; prodiga el elogio a quien le corresponde y esgrime la Verdad por sobre todas las cosas. Afirma que se "trata de edificar la República Argentina y la religión envía el don de sus verdades" (8); pensamiento que reiterará en su último sermón sobre política temporal al expresar ante su asombrado auditorio (9) "Permitidme, señores, que con la franqueza propia y obligatoria del sacerdote cristiano, os diga que sin profanación de este sagrado lugar, no podría decirse ninguna cosa que sólo se inspire en el respeto humano o en los hechos e intereses de la política. Todo esto podrá acaso bastar para un manifiesto o artículo de periódico, más o menos razonable; pero en un discurso, por humilde que sea, hecho en nombre y con el acento de la verdad cristiana, el uso de esa sola inspiración me derribaría de esta cátedra, y me colocaría en el rango que yo jamás envidiaré de partidario político".

Entre su vida privada y su compostura exterior existe una perfecta adecuación, una evidente armonía y es esta su mayor fuerza moral, la que mereció el respeto de sus conciudadanos y el reconocimiento de sus críticos.

El mayor bien que un ciudadano puede hacer a su país, en las funciones cívicas, es servirle desde la posición en que se haya colocado dentro de la sociedad; sin herir o escandalizar ese orden natural. En esto, Esquiú es modelo: ha sabido ser un ciudadano ejemplar, sin dejar de ser un sacerdote admirable; ha cultivado dos amores, dos ideales: patria y religión; ha fundado uno en el otro, afirmando en sublime inspiración el triunfo del espíritu, al no cesar de repetirse a sí mismo: "Omnia vestra in charitate fiant; todo cuanto hacéis, hacedlo en la divina caridad" (10).

III. — *Su concepción de la democracia cristiana*: No ha dejado Esquiú un libro o tratado de derecho público o de política. Su producción intelectual es siempre el resultado de las exigencias de la acción; nunca lo mueve un afán puramente científico. La forma de su oratoria, sencilla y sin demostraciones de erudición, y la ausencia de citas, impiden conocer con exactitud el grado de sus conocimientos teóricos. El medio cultural en que se formó y lo azaroso de su vida hacen pensar que en este aspecto tuvo ilustración, pero que más debió al talento y a su genial inspiración. Felizmente la dispersión de sus obras se ve compensada por la unidad de pensamiento que nos descubre una verdadera concepción de la democracia cristiana (11). A su sermón del 9 de julio de 1853, que es realmente el "chispazo" del genio, podemos considerarlo como el plan intelectual de su vida en este orden de ideas y no encontraremos casi sermón, discurso o artículo posterior, al que no podamos advertir en germen en esa pieza notable.

La organización institucional de la República enfrenta al joven sacerdote con las concepciones políticas del debatido siglo XIX; no escapaba a su intuición que el régimen "político liberal", había adquirido, en su época, jerarquía de representación de vida; pero, tampoco se le ocultaba que él encerraba conceptos de raíz cristiana, indebidamente desfigurados, y a los que era necesario reivindicar para volverlos a su verdadero contenido. Estas ideas bullen en su sermón famoso y se ven confirmadas años más tarde cuando emite un juicio sobre su siglo que, por su agudeza y precisión, nos vemos obligados a transcribir: "Hay dos cosas en el presente siglo que, sino me engaña mi corta vista, son los más pronunciado y digno de atención que él ofrece a las edades venideras: la primera es su inefable mali-

(6) Fué ésta la actitud de su vida: rechazó los m$n. 25.00 que le quiso abonar el Gobierno por su sermón notable del 9 de julio de 1853, veinte y siete años después, destinaría a la caridad todos los presentes que recibió con motivo de su consagración episcopal. Sabido es que nunca usó sino el traje Franciscano y de los ornamentos de dignatario eclesiástico ,sólo los imprescindibles.

(7) F. Avellaneda, op. cit. pág. 62 y sgtes.

(8) Sermón del 9 de julio de 1853, en Catamarca.

(9) En la Catedral de Buenos Aires, el 8 de diciembre de 1880.

(10) Es el epígrafe de su primera Carta Pastoral.

(11) Los principales antecedentes para un estudio de las ideas políticas y sociales de Esquiú son: El sermón del 9 de julio de 1853, en Catamarca con motivo de la jura de la Constitución Nacional; en la misma Ciudad, el 28 de marzo de 1854, con motivo de la instalación de las autoridades nacionales; en la misma Ciudad, el 27 de octubre de 1861, pro paz de la república; en la misma Ciudad el 25 de mayo de 1856, primer gobierno constitucional de Catamarca; en la misma Ciudad el 24 de octubre de 1875, reforma de la constitución provincial; y en Buenos Aires el 8 de diciembre de 1880, por la capitalización de esa Ciudad. Además, podría hacerse un estudio más minucioso, de su labor de legislador y constituyente de su provincia natal y teniendo presente diversos artículos o escritos sueltos como los titulados: "la Verdad Católica y la Política Católica"; "Estudio del Artículo "La Iglesia y el Estado", que se publicara en la "Revista Argentina"; "La Religión y la Patria"; "La Educación", etc. En las citas no sigo ningún orden cronológico, ni me refiero a un sermón o artículo determinado considerándole en especial; ello es posible por la unidad de pensamiento a que hago referencias.

cia; la segunda una prodigiosa riqueza de bienes escondidos; una y otra de cierto no presentan su última faz, pero también nunca la humanidad se ha mostrado más poderosa en blasfemia, ni más cínica en su hipocresía como en el presente siglo; ni se vió tampoco venero más oculto ni más rico de bienes como el que por todas partes se beneficia en el mundo cristiano... Esto se ve en imponentes dimensiones, allí donde está el núcleo del siglo XIX, en la Europa Cristiana; en nosotros, que somos su fruto tardío e imperfecto y como el satélite de un planeta, hay igualmente, aunque en menor escala, ese mismo fenómeno de contraste, de horribles males y de latentes y preciosos bienes..." (12). Esta dicotomía espiritual que él presentía en su época, nos explica su alborozada esperanza ante el nuevo Estatuto, aunque no tranquilizara totalmente sus exigencias ortodoxas.

Conocedor de nuestros hábitos e inclinaciones, con aptitud de pensador y de sociólogo, señala como origen de todos los males sociales nuestra particular interpretación de la "Independencia"; ésta, es para nosotros el "árbol del bien y del mal"; determinó la ruptura de los lazos que nos unían al conquistador y en su nombre se justificaron los mayores excesos; ella engendró el espíritu de anarquía y de rebelión, un estado de continua revolución y desprecio de toda autoridad legítimamente constituída. Tenía ante sí, el sacerdote imberbe, el espectáculo del país deprimido por treinta años de luchas fratricidas y lo resume en frase lapidaria: "Conquistamos la Soberanía Nacional, después la Provincial y sino es la debilidad de nuestras campañas habríanse erigido en nuestro suelo desierto cien estados soberanos" (13). Para Esquiú, el "mayor enemigo de la justicia y de la felicidad pública es la revolución", es "el triunfo de la fuerza bruta sobre el orden y la ley". Traza un retrato exacto de nuestras revoluciones y déspotas: "A la verdad, toda revolución es un traidor, es un Caín Fratricida; sus factores invocan principios, prometen largamente, y en pos de las promesas vienen la violencia en lugar del gobierno y una copa inagotable de males aplicada a los labios del pueblo iluso" (14). Se pregunta con qué derecho el jefe revolucionario trastorna el orden público y nos enseña: "su respuesta será como siempre, que ha oído el gemido de sus hermanos y viene a ponerlos en libertad, defendiendo los principios y derechos del pueblo". Creía, firmemente, que a todos esos males habíamos sido llevados invocando la voluntad del Soberano, que se identifica con el pueblo. No ignora que el derecho público de la sociedad moderna fija en el pueblo la soberanía, pero —agrega— "la religión me enseña que es la soberanía de intereses, no la soberanía de autoridad; por éste o por aquel otro medio, la autoridad viene de Dios". Esboza claramente la distinción entre "masa" y "pueblo": "el pueblo no es chusma, no vive de caprichos, ni es agitado de la inconstancia del demagogo. En nuestro pasado una de las cosas que más se ha profanado ha sido el nombre y la voz del pueblo; no ha habido revolución, partido, ni acto inícuo sobre quien no se invoque este nombre venerando; lo han tirado al suelo, lo han hollado, se han cometido tantas iniquidades y tropelías bajo su éjida, hasta dejar en las masas una honda prevención a las invocaciones de PATRIA y PUEBLO" (15).

Contempla la sociedad como un hecho natural de la Creación del que no puede sustraerse el hombre; por otra parte, la vida social requiere la existencia de la autoridad; estas circunstancias, vuelven imperiosa la necesidad de un orden legal, como el que ofrecía la Constitución de 1853; y este orden, este estado social, traen el problema del individuo en frente del Estado. Para Esquiú en toda sociedad debe haber dos "Independencias": la política del Estado (Soberanía) y la del individuo (libertad individual); el desequilibrio entre una u otra conduce a la anarquía o al despotismo. Así nos dice: "que el individuo, el ciudadano no sea absorbido por la sociedad, que ante élla se presente vestido de su dignidad y derechos personales; que éstos queden libres de la sumisión a cualquiera autoridad!! esto es igualmente equitativo y el carácter prominente de los pueblos civilizados es esta noble figura... He aquí señores, esta doble Independencia, la única verdadera libertad, la que es fundamento de las naciones y elemento de que viven; la preciosa libertad que apenas conoce nuestra patria" (16).

Con precisión, no superada, indica cuál es la base del gobierno y el punto de equilibrio entre in-

(12) En "El Cruzado" (diario por él fundado), 15 de septiembre de 1868; reproducido por Fr. M. Gonzáles, en "Vida Pública".
(13) Sermón del 9 de julio de 1853.
(14) Sermón del 25 de mayo de 1856.
(15) Sermón del 25 de mayo de 1856.
(16) Sermón del 9 de julio de 1853.

dividuo y autoridad: "Las bases del Gobierno no son el apiñamiento de todas las personas, de todas las vidas, de todos los intereses, que haría el trono de un dictador, sino las mismas garantías del ejercicio de nuestras facultades, el uso libre y cumplido de todos nuestros derechos, ese es el único camino de llegar al recinto de la autoridad..." 17).

Con claridad y síntesis, expone las características del sistema republicano de gobierno, que determina que el pueblo obre siempre por representación y que el gobierno encuentre su verdadera y justa realización en la división de poderes, en la periodicidad de funciones, en la publicidad de los actos (18).

Es una tendencia evidente del Derecho Constitucional moderno, la de variar las formas o estructuras de sus Leyes. De Códigos de grandes principios, bajo cuya tutela debía desenvolverse la legislación común y que admitían todas las variaciones del progreso y de las nuevas representaciones de vida —siempre que fueren compatible con el régimen de libertad y con la forma democrática de gobierno—, se trata de pasar a una especie de casuística institucional. Pareciera que los inspiradores de la reforma presintieran la fragilidad de sus concepciones y quisieran imponerse al cambio de los tiempos, estampándoles un sello formal de inmutabilidad al incorporarlas solemnemente a las constituciones. No se advierte que tal afán es contrario a la permanecia de esas Leyes. Esquiú vislumbraba el peligro: el 9 de julio de 1853, recuerda que "la vida y conservación del pueblo argentino depende de que su constitución sea fija, que no ceda al empuje de los hombres"; y más adelante, previene, que no rechaza "modificaciones en las leyes por sus órganos competentes; los tiempos, las circunstancias, el interés común tal vez lo reclaman; pero si es para ensanchar la órbita de nuestra libertad, por contemporizar intereses partioulares de cualquiera, fácil es preveer la eterna dominación de dos monstruos en nuestro suelo: anarquía y despotismo" (19).

Era un espíritu amplio por excelencia; nunca se aparta de la ortodoxia de sus ideas, sin despojarse por ello del equilibrio y serenidad de juicio, necesarias para la debida apreciación de las circunstancias temporales que le toca interpretar. Aunque la Constitución no llenaba todas sus aspiraciones de sacerdote, reclama la sumisión a la ley y lo hace en nombre de su propia religión: "os digo católicos, someteos, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"; y concluía, en bellísima frase: "la religión quiere que obedezcáis, jamás ha explotado en favor suyo ni la rebelión, ni la anarquía; cuando la arrojaban de la faz de la tierra, se entraba silenciosa en lóbregas cavernas, en las obscuras catacumbas y allí era más sublime que cuando los reyes la cubren con su manto de púrpura" (20). El reconocimiento por la ley del carácter católico de nuestro pueblo, no podía significar ningún peligro para la libertad individual, en este caso representada por la esencial libertad de cultos; explicaba que el legislador "al decir libertad quería decir tolerancia, esto es que profesando todo el país el culto católico, se prescribía tolerar o sufrir la privada y pública profesión de los demás cultos, sin excepción ninguna" (21). Identificaba, con justa razón, "libertad de cultos" con "tolerancia".

Sus ideas religiosas no le impedían apoyar una democracia moderada como la que se propiciaba; pero, esas mismas ideas, le hacían ver que ni la Constitución, ni el régimen que ella implantaba, podían ser suficientes para concluir con el despotismo y la anarquía; para desterrar el odio, la pasión y los intereses de grupos como móviles políticos de los partidos. Enfrente de ese materialismo era necesario algo más, un aliento espiritual: introducir el AMOR en la vida pública; dar a la vida cívica argentina un sentido de piedad cristiana, reconociendo así su verdadero fundamento: "Todo lo que es estable —diría— todo bien, toda verdad, la justicia, el derecho, el deber, el orden, la vida, todo subsiste en Jesucristo. Omnia in ipso constat. ¿Tratáis de la Constitución de este pueblo? pues su fundamento es Jesucristo". Esta base cristiana de la vida política impone derechos y obligaciones: "Jesucristo ha hecho desaparecer la fuerza como título de derecho... Jesucristo da a la autoridad una firmeza que es superior a todo y a la sumisión y obediencia un mérito divino" (22). Pero si obliga al gobernado, no en menor grado exige virtudes al gobernante y entre ellas, como primordial, la del ejercicio de la verdad y de la lealtad en la función pública; el destierro del fariseísmo político: "Basta de palabras que no han salvado a la patria", dirá en 1853, y, años después, luego de recordar la hipocresía del déspota, añadirá: "sé que no hay en nosotros tanta virtud, ni tan verdadero patriotismo, pero, al menos, no se insulte a la humanidad diciéndole vida y libertad, al mismo tiempo que se le aherroja en duras cadenas y se le propina el veneno" (23).

Seis siglos antes el "Poverello" de Asís enfrentó las disensiones y el materialismo creciente de su mundo y su única arma fué Cristo; El era su inspiración y su meta; con El desató un proceso de dignificación humana; puso su acento en el hombre para advertirle que lo más precioso, lo que le impedía agotarse en sí mismo, lo que le abría la posibilidad de trascender hacia Dios, no eran los poderes o fuerzas temporales, sino sus valores espirituales, su libertad interior. Su discípulo más fiel en nuestro medio, no era ajeno a su enseñanza; no se puede comprender a Esquiú, a su personalidad o al sentido de su obra, sin aprender antes la lección espiritual de Francisco de Asís.

Esa inspiración cristiana, ese sentido de piedad, se encuentra en todos los escritos y sermones del padre Esquiú (24) y es sin duda su aporte fundamental para el civismo argentino. Ese sentimiento supera los límites de la Nación; en Esquiú, el amor a la patria fundado en el amor a Dios, origina un sano nacionalismo, en ninguna forma incompatible con la fraternidad universal.

IV. — *Actualidad de Esquiú*: La validez universal de su prédica, su profundo conocimiento de nuestro pueblo, de nuestra historia, del carácter de nuestros hombres representativos, mantienen la actualidad de sus ideas. Los hechos, sin duda, han variado en su presentación; sin embargo, la lucha se mantiene entre los dos términos irreductibles: persona y estado. A la libertad como entidad política, definitivamente conquistada, se la ha reemplazado por la preocupación de la libertad económica

---

(17) Sermón del 28 de marzo de 1854.
(18) Sermón del 25 de mayo de 1856; Mensaje a la Conv. Constituyente de 1879.
(19) Sermón de 9 de julio de 1853.
(20) Sermón del 9 de julio de 1853.
(21) Sermón del 24 de octubre de 1875.
(22) Sermón del 24 de octubre de 1875.
(23) Sermón del 25 de mayo de 1856.
(24) Este sentido de piedad en la vida cívica que apoyaba Esquiú, ha sido destacado por Monseñor Franceschi en su art. cit.

COMENTARIOS

Profilaxia...

VUELVEN a la superficie proyectos relativos a la profilaxia social; dejando de lado tapujos verbales que nada encubren, hay quienes pretenden que los hombres incapaces de contener sus instintos carnales puedan satisfacerlos en las mejores condiciones de seguridad desde el punto de vista higiénico. No sin motivo, en el mundo entero, y todos sus continentes, se ha dado el nombre de tratantes en blancas a los individuos que se ocupan en proveer de mujeres a los irrefrenados, y que lucran con semejante negocio. La impunidad, y hasta en cierto modo el favor es indispensable, según parece para que los tales —a quienes el lenguaje universal equipara a los tratantes en negros, es decir a los capturadores antiguos de esclavos— puedan llevar adelante fructíferamente su inmundo comercio. El asunto es de tal gravedad que debe tratárselo en estas páginas con total franqueza, si bien con brevedad porque la solución salta a los ojos de toda persona que conserve el buen sentido.

No trato la cuestión desde el punto de vista católico sino desde el simplemente humano. Claro está que quien sustenta la tesis de la profilaxia social, aun cuando cargue escapularios, oiga misa todos los domingos y se profese creyente no es católico, porque apostata de las doctrinas más explícitas del catolicismo, que al respeto son terminantes. Si la tesis sustentada por los que afirman la necesidad de la prostitución es exacta porque es imposible a los hombres ser castos, Jesucristo se ha equivocado al proclamar la posibilidad y la necesidad de la castidad; por lo tanto hay que elegir entre una cosa y la otra porque dos contradictorias no pueden ser verdaderas al mismo tiempo. Salgo, pues, del terreno religioso y permanezco en el profano.

¿Cuál es el único argumento confesable que pueden aducir los partidarios de la ley? Uno, y no más que uno: es el de que a los hombres les es físicamente imposible la continencia, y que por lo tanto, si son solteros, hay que proporcionarles mujeres en las mejores condiciones fisiológicas; de lo contrario corre peligro la salud pública. Por lo cual dícese, el Estado bajo cualquiera de sus formas: gobierno central, o provincial, o municipal, debe tomar las medidas convenientes: control, inspección médica, autorización, y lógicamente fomento, a fin de que la higiene popular quede asegurada, exactamente como si se tratara de panaderías o farmacias.

Pero ¿es verdad que la castidad sea físicamente imposible al sexo masculino? Ninguna Academia de Medicina, ningún Congreso Científico serio ha afirmado jamás semejante tesis; ningún verdadero hombre de ciencia ha podido ni intentado probar técnicamente que el funcionamiento normal del organismo, en un no demente (y para los locos hay manicomios) exige el acto sexual bajo pena de peligro para la salud física o mental. Hasta un Mantegazza, a quien Papini, en un inolvidable artículo, llamó "el senador erótico", jamás se atrevió a afirmar que la castidad era imposible fisiológicamente. Dejemos una vez por todas esas charlas de incompetentes que bajo un palabrerío seudo-científico encubren su real desconocimiento del asunto. Lo que existe en muchos es una debilidad espiritual, una falta de resistencia en la voluntad, una carencia de energía ante las incitaciones internas o externas, o sea que el mal no es fisiológico sino psicológico, está en el alma y no en el cuerpo, responde a una mala educación moral. Y es absurdo imaginar que el Estado deba ceder ante lo que es sencillamente una falla en un número mayor o menor de ciudadanos: hacerlo equivaldría a mostrar una lamentable flojedad o a ser presa de una desastrosa demagogia.

En un opúsculo editado hace pocos meses he leído que "en casi todos los países de Europa y dentro del continente americano existen casas de prostitución autorizadas y reglamentadas por el Estado; pues no veo entonces la razón por la que no las debe haber en nuestro país". Dejo de lado el ridículo afán de imitación. Acudo a una ponencia presentada al primer Congreso de Sociología de Méjico por la Dra. Victoria Kent, que no es por cierto una mujer de derecha, pues formó parte de las más notorias republicanas españolas. Veo allí entre otros datos los siguientes: Noruega suprime las casas de tolerancia en

---

de la nación, como expresión colectiva, y del individuo, como integrante de aquélla; pero, en el fondo, el problema, cono distinto enfoque, es el mismo: las dos "Independencias" de que hablaba Esquiú. El sistema representativo, republicano y federal de gobierno, rectamente interpretado y aplicado, se nos muestra cada día más como consubstancial con nuestro ser histórico. Por último, la piedad en el civismo, con su aliento moralizador de la vida pública; la paz por el destierro del odio y de las pasiones de la política; y la lealtad y sinceridad en el gobernante, son virtudes que un país exige constantemente y sólo en una democracia de inspiración cristiana pueden cristalizar. Por todo ello, las enseñanzas de Esquiú deben vivir en nuestros sentimientos e inteligencia; así, alcanzaremos el grado de civilización, de progreso y de paz que anheló como sacerdote y como patriota.

V. — *Esquiú-símbolo y esperanza para los argentinos.* En presencia de graves problemas públicos, temporarios o accidentales, es común en la gente temer tanto al problema como a su solución. El argumento es simple: al problema lo conocemos, vivimos en él; la solución nos trae lo ignorado y no vemos el "hombre", falta el estadista. Esta explicación generalmente, es la justificación del pusilánime o la egoísta defensa de alguna situación personal en sus sostenedores. En 1853, la república se veía abocada a la necesidad de su organización institucional y, la estabilidad de ella, dependía de la de su constitución ya sancionada; faltaba el estadista, el hombre genial que, apoyado en una fuerza moral indiscutible, llevara la serenidad a los ánimos por la prédica de la sumisión y del respeto; nadie lo presentía. En un remoto rincón de la patria, un miembro de la más humilde de las órdenes religiosas; un joven casi imberbe, se revela a los ojos asombrados de sus conciudadanos; trae la paz a los espíritu (25) y su palabra no tiene más autoridad que los principios en que se apoya y el talento extraordinario que la inspira. Es así, el caso de Esquiú, una lección para los escépticos, una esperanza para los argentinos.

Creo haber demostrado, suficientemente, que Esquiú representaba las virtudes sacerdotales y ciudanas, en su más alta expresión, por el culto a dos amores: patria y religión. Es así, un símbolo de caridad cristiana y de patriotismo.

(25) El terminar con la resistencia de un vasto sector de los argentinos, a la nueva constitución, es un mérito que le reconocen Navarro Viola, Vélez Sársfield Joaquín V. González y otros.

1890, el cantón de Zurich en 1897, Dinamarca en 1901, Finlandia en 1907, Bulgaria y los Países Bajos en 1911, Rusia en 1918, Suecia suprime las cartas de prostitución (casas nunca tuvo) en 1919, Checoeslovaquia en 1922, el cantón de Ginebra en 1925, la república alemana en 1927, en 1933 se firma un Convenio Internacional para la supresión de la trata de blancas, que es base de la prostitución; en 1946 Francia acaba con las casas de prostitución, lo mismo hace Bélgica en 1948. Inglaterra no las tiene, el senado italiano vota en 1949 el artículo esencial del proyecto abolicionista. ¿Cómo, entonces, yendo contra los hechos más evidentes, un escritor, y lo que es más un jurista, afirma que "en casi toda Europa existen casas de prostitución autorizadas y reglamentadas por el Estado" lo que es contrario a los hechos? Hasta en Egipto han sido suprimidos los prostíbulos en 1949. ¿Es que moral y fisiológicamente la Argentina es inferior a ese país?

Cuando en todos estos países se suprimió la prostitución oficializada ¿hubo alguna sociedad científica que levantó la voz para decir que ello era peligroso desde el punto de vista higiénico? Ninguna. ¿Hubo algún centro jurídico que afirmó se multiplicarían los crímenes, como lo vienen diciendo algunos entre nosotros? Que nos lo citen. Y ahora vamos más allá.

La Asamblea General de la O. N. U., de que forma parte la Argentina, en su reunión 264ª, de diciembre 2 de 1949, "aprueba el siguiente convenio y propone que sean partes de él cada uno de los miembros de las Naciones Unidas y cada uno de los Estados no miembros", es decir todos los pueblos del Orbe. Funda su resolución en un serie de considerandos de los cuales dice el primero: "considerando que la prostitución y el mal que la acompaña, la trata de personas para fines de prostitución, son incompatibles con la dignidad humana y ponen en peligro el bienestar del individuo, de la familia y de la comunidad"; y los dos primeros artículos afirman: "art. 1º Las Partes en el presente Convenio se comprometen a castigar a toda persona que para satisfacer las pasiones de otra: a) concertare la prostitución de otra persona, la indujere a la prostitución o la corrompiere con objeto de prostituirla, aun con el consentimiento de tal persona; b) explotare la prostitución de tal persona, aún con el consentimiento de ella. Art. 2º Las Partes en el presente Convenio se comprometen asimismo a castigar a toda persona que: a) mantuviere una casa de prostitución, la administrare, o a sabiendas la sostuviere o participare en su financiamiento; b) diere o tomare a sabiendas en arriendo un edificio u otro local, o cualquiera parte de los mismos, para explotar la prostitución ajena"; a lo cual se añaden muchos otros considerandos y artículos cuya enumeración completa hallará el lector en la entrega Nº 1122, fecha 24 de agosto de 1950, de la revista CRITERIO. No se olvide que la Argentina forma parte de las Naciones Unidas. ¿Y se la pedirá no ya sólo que prescinda de este compromiso, sino que volviendo sobre sus pasos y borrando con el codo lo que escribió con la mano, suprima las disposiciones con que eliminó los prostíbulos y los registros de prostitución, y los restablezca? Téngase en cuenta que en la Asamblea de las Naciones Unidas figuraban no sólo países católicos, sino también protestantes, ortodoxos, musulmanes, budistas, y hasta positivamente ateos como la U. R. S. S.: sin embargo todos coincidieron en que la prostitución reglamentada va contra la dignidad humana. ¿Se levantará, como lo piden algunos, la Argentina para declarar a la faz del mundo que esa violación de la dignidad humana es indispensable para la salud de sus hijos?

El argumento de la salud es en efecto esgrimido por muchos como razón suprema en virtud de la cual debe el Estado autorizar y reglamentar la prostitución: afírmase que si no hay semejante organización, la clandestinidad, con su falta de vigilancia médica, habrá de multiplicar las enfermedades venéreas. Desdichadamente para quienes tal cosa proclaman, los hechos van contra ellos. Ya en 1949 Bessières, revisando en Ginebra los legajos relativos a treinta de las naciones que abolieron el vergonzoso comercio, comprobó que en todas ellas el porcentaje de dichos males había disminuído, y recientemente, cuando en el senado francés, un Sr. Durand, invocando idéntico motivo, pedía la supresión de la ley que acababa con las casas de tolerancia, le fué respondido aduciendo las estadísticas oficiales que demostraban una rebaja hasta de treinta por ciento en las citadas dolencias. Lo que es muy fácil de comprender: el prostíbulo constituye la ocasión fácil y abaratada, el compañero que arrastra, la falta absoluta de responsabilidad por el acto que se realiza, es decir la ruina de las voluntades débiles y de los individuos sin carácter; de ahí que necesariamente contribuya a la propagación de las enfermedades venéreas. Y no se nos diga que la inspección médica las evita: ¿Qué representa una inspección médica semanal, cuando cada acto, repetido varias veces por día, constituye un peligro de contacto para los clientes sucesivos? "Pero —dicen algunos—, si se suprime la prostitución reglamentada y recluída, habrá la de la calle, la clandestina que constituye un escándalo público. Dejemos, por Dios, esos melindres verbales que no pasan de huero palabrerío. ¿Acaso antes de la prohibición y a pesar de todos los reglamentos no ocurría exactamente lo mismo? Todo se reduce a una cuestión de policía. Si se proporcionan a ésta los instrumentos legales y los lugares de reclusión necesarios (insuficientes hoy) no habrá escándalos callejeros promovidos por las clandestinas como no los hay

causados por hombres que circulen desnudos por la calle. Todo es cuestión de buena voluntad y de decidirse a la represión: la policía, si dispone de medios, reprime lo que quiere.

Esclavitud de la mujer he dicho antes, y he aquí un punto esencial. La prostitución, en efecto, es residuo de los tiempos en que existía la esclavitud de la mujer, sirviendo ésta de instrumento de placer a su dueño. Hoy día ya no es un individuo, son organismos internacionales los que engañan a las incautas que, una vez caídas en sus redes, ya no pueden librarse de ellas, y que se verán sometidas por largos años al infame comercio. Numerosísimas encuestas, oficiales y particulares, llevadas a cabo en todos los continentes, han demostrado la existencia de estas sociedades, más poderosas y peligrosas todavía que las expendedoras de estupefacientes, que por una parte atrapan a las mujeres, y por otra pagan protecciones, corrompen funcionarios, adquieren conciencias, y de este modo aseguran por una parte la impunidad de su comercio, y por otra la servidumbre de sus víctimas femeninas. Recuérdense ciertos casos ocurridos en nuestro mismo país antes de la abolición de los prostíbulos, y se verá que el peligro es real. Y nos consta que a esta hora son los traficantes en carne humana los que más instan para la reapertura de las casas de tolerancia, porque al cerrárseles en el mundo otros mercados, necesitan de éste para mantener su negocio.

Ridícula figura, y repugnante sobre toda ponderación, harían los que por una parte peroran en favor de la liberación femenina, si por otra quisieran la esclavitud de millares de mujeres al pedir a voces la reapertura de los prostíbulos. Y han sido precisamente instituciones femeninas del mundo entero las que levantaron y levantan todavía la voz en defensa de sus hermanas, sin distinción de razas ni condiciones. No quieren que muchas incautas, acosadas por la miseria, engañadas por promesas seductoras, a veces de matrimonio como ocurrió antes de la abolición en Buenos Aires, puedan ser reducidas a tan innoble servidumbre. Son las mujeres especialmente quienes ya en la antigua Sociedad de las Naciones, y luego en la O. N. U., han librado el combate en favor de la extinción de ese cáncer social. Han comprendido que el honor femenino estaba empeñado en ello, se han dado cuenta de que no podía hablarse de dignidad allí donde las mujeres eran víctimas de aquellos que no sabían contener sus torpes impulsos, y avanzan victoriosamente en su lucha contra los tratantes en blancas y contra quienes medran con los favores económicos que éstos les brindan. Y en el esfuerzo se han unido sin distinción de tendencias ideológicas, y vemos a católicas fervientes batallar al lado de comunistas ardientes: para defender a sus hermanas olvidan las divergencias de otro género. Y los hechos, la legislación, las medidas internacionales constituyen la demostración más acabada de que, antes de mucho, la prostitución dejará de ser un problema, porque ya no existirá en ninguna parte como práctica organizada, controlada por el Estado.

¿Constituirá la República Argentina una excepción, un islote negro en el mundo libertado de la prostitución reglamentada? Nos resistimos a creerlo; no podemos imaginar que reincida en aquello que, en tiempos no muy remotos, le proporcionó una fama no envidiable. Se ha salvado del sello ignominioso que le impusieron los tratantes en blancas; no permita que sus manos impuras, servidoras de una avaricia sin límites, lo impriman otra vez sobre su rostro; no admita que el mundo la señale como uno de los pocos lugares en que la mujer corra peligro de quedar esclavizada para que los hombres sin freno moral puedan saciar sus pasiones.

Nuestras razones en lo social

EL 15 del corriente se ha cumplido un nuevo aniversario de la promulgación de la encíclica de León XIII "Rerum novarum" sobre la condición de los obreros en todo el mundo. Hace más de sesenta años, pues, que la Iglesia por oficio del Papa, trató especialmente esta ardua cuestión contemporánea, y dió para la posteridad las normas sobre las que se deben fundamentar las relaciones entre patronos y obreros, así como la función que le cabe al Estado en las mismas; y de un modo tan claro y razonado lo hizo que desde entonces no hay duda respecto a la única solución para proceder de acuerdo a la verdad y a la auténtica justicia.

De entonces a nosotros se extendió por el orbe entero el pensamiento pontificio sobre ese problema, al que se le ha denominado doctrina social de la Iglesia, que los sucesivos Pontífices fueron confirmando, hasta culminar con la "Quadragesimo anno" de Pío XI. Ya ningún sociólogo moderno, ni estadista que se precie de tal, ignora el cuerpo de esa doctrina, y se sabe cuánta influencia ha ejercido sobre la organización social de muchos países en esta pos-guerra. El auge preponderante de los partidos políticos de orientación social-cristiana en Europa señala esa verdad, y allí donde sus principios se han adoptado, surge indudable el beneficio que para la sociedad representa la aplicación del cristianismo social.

No obstante, todavía es poco lo hecho, y la enseñanza del actual Pontífice sigue insistiendo sobre la necesidad de extender más profundamente las directivas de aquellas encíclicas, como la única manera de alcanzar la paz social allí donde los conflictos entre patronos y obreros alcanzan crisis tan agudas que, por decir así, absorben las mayores preocupaciones de los Estados junto a la defensa de la paz internacional. A veces, asimismo, esa doctrina social ha sido desviada en sus fines últimos y en sus medios, y tomada como pretexto para una defensa tal de los derechos de las masas asalariadas que han revolucionado la conciencia de éstas hasta el punto de hacerles olvidar sus naturales deberes frente a los patronos y frente a la sociedad entera, y volcar de esta suerte el cauce del ordenamiento jurídico y social hacia un estado de cosas más lamentable aún que el que le precediera. El Estado en estos casos ha olvidado su función de garante del bien común, exacerbando los intereses (y no siempre los derechos) de una sola de las partes con evidentes móviles de proselitismo.

Ha perdido de vista asimismo y sobre todo que un espíritu, y no sólo la materia, compone al ser humano; así ha podido decir S. S. Pío XII recientemente en un discurso a los representantes de empresas (Cf. CRITERIO Nº 1162) que "la gran miseria del orden social contemporáneo está en que no es profundamente cristiano, ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico", en el mejor de los casos.

Hay una perfección del orden social en favor del cual la Iglesia interviene con derecho, pues toca a la esencia misma de la persona humana que no es sólo materia sino también espíritu, y cuyos intereses morales se hallan implicados.

El laicado cristiano, haciéndose eco de esa preocupación doctrinaria y moral de la jerarquía eclesiástica, al margen de toda intención política, ha procurado difundir la doctrina social cristiana; y, al menos por esas mismas ideas que sustentan, al decir de León XIII, son los católicos los más indicados para influir con ellas en el gobierno de los pueblos. Y sin comprometer a la Iglesia —ajena a todo partidismo— obrando como miembros de la comunidad temporal, de hecho han actuado, y su actuación se ha hecho sentir como imprescindible; tal es el caso de algunas naciones europeas entre las cuales podríamos citar especialmente a Italia, donde el partido demócrata-cristiano se ha convertido en la valla más eficaz para contener el ataque temible de su oponente político, el partido comunista.

Es así como, tanto desde el púlpito —dentro de su esfera doctrinaria y moral— el sacerdote puede y debe referirse a las cuestiones planteadas por un ordenamiento social determinado, como los laicos desde la prensa, la organización sindical libre, y por medio de asociaciones, de congresos, de conferencias y asambleas, pueden difundir la doctrina social-cristiana, y ningún Estado, salvo que sus miras se dirijan netamente, aunque solapadamente, contra los derechos fundamentles de la persona humana y de la Iglesia y los cristianos, podría sentirse molesto por esa actuación, cada vez más necesaria.

Palabras de un asesino

"PARECE bueno el viejito. No creo que me de más de diez años". Pertenecen estas palabras al autor del asesinato de una muchacha en Palermo y fueron pronunciadas al terminar la reconstrucción del crimen. El "viejito bueno" era el juez de instrucción. Su aspecto sereno, de hombre habituado a estas diligencias judiciales, había engañado al asesino que dedujo del gesto atento y exento de cecijundeces, la lenidad de un fallo que al fin de cuenta no ha de prounciar él sino el juez de sentencia. Pero la frase, que todos los diarios divulgaron, tiene su miga. Así piensan los criminales. Cuentan con la bondad de la justicia, con blanduras y consideraciones sentimentales. Se equivocarán como en este caso, que por sus características particularmente brutales, no ha de escapar a la prisión perpetua. Pero, al fin y al cabo no se sienten ni antes ni después de la perpetración de sus hechos, intimidados por la pena con que puedan sancionarlos los jueces ni por la ejecución de la misma en los establecimientos penales. Un concepto indebidamente generalizado que hace de todo criminal un enfermo de la conducta ha borrado el efecto intimidatorio que tuvo antes el castigo legal.

Por otra parte, los indultos, las rebajas de pena, la condena condicional hacen de una pena severa en la letra de la sentencia, un período harto breve para que la posibilidad de su aplicación contenga el impulso homicida o delictuoso.

Nosotros aceptamos como cristiana esa política carcelaria que no se abisma en vendetas irremidibles sino que con propósitos salvadores va a la recuperación del que extravió la senda del bien y cayó en el delito. Pero creemos que los términos legales de la pena no debieran ser reducidos sino en casos de notoria y probada enmienda. De lo contrario siempre habrá quien luego de dar rienda suelta a su brutalidad e instintos perversos espere hallar en sus jueces y ejecutores de la acción penal "viejitos buenos" que sancionen con lenidad sus crecientes fechorías.

DE NUESTROS LECTORES

A propósito de Teatro Cristiano

CORDOBA, 5 de mayo de 1952. - Sr. Luis Di Cecco. - De mi consideración:

Aunque algo se ha escrito ya sobre el teatro católico en nuestra patria, bien ha caído en la última entrega de CRITERIO, la reseña crítica sobre el movimiento escénico cristiano en estos últimos años. Naturalmente la sustancia del artículo es justa y no pretendo, con estas líneas, desvirtuarlo en lo que tiene de medular. Algunos detalles, con todo, quisiera poner en claro a fin de evitar torcidas inter-

pretaciones en buena parte de los lectores no muy avezados en la función crítica y que podrían acentuar en ellos el pesimismo que en estas lides es el peor enemigo.

Copio textualmente: ..."todo teatro que se representa en parroquias y colegios conocido por salesiano... es aburrido... y no es arte?...".

Esta afirmación que aparece tan categórica a primera vista merece con todo un distingo. Es cierto que, por desgracia, no todo teatro representado en parroquias es del todo divertido y artístico como sería dable desear, pero estas manifestaciones no trascienden la opinión popular y sólo se efectúan ante espectadores indulgentes que justifican su presencia tratando de hallar en ellos, la seguridad moral que otros teatros no le pueden brindar, aun renegando de la calidad artística del espectáculo. En estos casos el espectador de conciencia sabe sobrepesar los valores y acepta gozoso el esfuerzo de aquellos que hacen obra positiva aunque ella sea no tan perfecta.

Quisiera distinguir en esa expresión que he copiado de su artículo, la designación de "salesiano" que da usted al teatro de parroquias y colegios indistintamente y que podría originar malestar en más de uno, dado el corolario que establece gratuitamente.

Los salesianos como usted no ignorará, son religiosos educadores que tienen en el teatro uno de los tantos medios para educar a la niñez, apartándola así de los pasatiempos peligrosos. Con esto creo señalar el fin principal de la incorporación de este arte a su sistema: la preservación del espectáculo provocador. Escribía San Juan Bosco a este respecto a sus hijos espirituales: "Elegid las obras para los niños, independientemente de las personas mayores que pueden asistir a nuestras veladas". Si tal el lema y la norma de conducta de estos religiosos ¿qué tiene de vituperable su obra si ella tampoco pretende la sanción popular?

Los salesianos con todo han hecho su obra de divulgación artística de acuerdo a los recursos de su medio y han brindado en diferentes oportunidades piezas católicas a la consideración del público porteño. La última de estas manifestaciones tan ponderada desde las páginas de esa misma revista ("no hay criterio en quienes juzgan") ha sido "La Gloria de Tomás de Aquino" de Henry Gheon llevada al escenario del antiguo Municipal en 1946.

Por lo demás no se puede, con unas palabras que saben a injustas, desconocer la obra de los salesianos en pro del teatro no sólo católico sino argentino como bien lo ha reconocido el escritor Marsilí en su obra "Orígenes del teatro argentino".

El otro punto que quiero puntualizar en todo su valor es el juicio, a mi parecer despiadado, del gran Paul Claudel ("Escribe para el teatro pero no escribe teatro").

Cito al respecto "Confesiones de un autor dramático" de H. R. Lenormand. "Una carta de Paul Claudel agradeció a Marie Kalff su amable y generosa idea. En esa carta, el poeta deja traslucir una extrañeza y una modestia reveladoras de su actitud primera ante su obra publicada. Escribía así: Aparte de un círculo muy limitado de amigos muy íntimos no estoy lo bastante acostumbrado a recibir de fuera algo de cordialidad y simpatía como para que su valentía no me conmueva hondamente... ¿Cree usted que el público pueda ver en mis dramas otra cosa que unas extravagancias, y, por si poco fuera, perfectamente aburridas...?".

Lo que el gran escritor atribuía a un público común y falto por lo menos de sensibilidad artística ¿podemos atribuirlo ahora a un crítico teatral?

Algunos renglones más adelante dice Lenormand ..."La crítica hubiera seguramente despedazado una obra maestra..." (y la obra de marras es nada menos que "El Anuncio a María").

El hecho de que un "regisseur" de la talla de Lugné-Poe halla encontrado en esta obra la teatralidad necesaria



para representarla en el "Oeuvre" de París dan la medida exacta del criterio en su juicio exacto.

El gran Copeau le representa "Intercambio" y Fernand Divoire y André Arnyvelde le demostrarán el afecto a su obra al desempeñar los papeles masculinos de "Reparto de Mediodía". ¿Escribirá Claudel teatro o estos conocedores del arte han equivocado tan torpemente?

Termino estos renglones tan deshilvanados como sinceros agradeciéndole la valentía en sus críticas y abogando un optimismo sobre tanto bueno que se ofrece por nuestros tablados cristianos.

José CALVO

BUENOS Aires, 8 de mayo de 1952. - Ilmo. Mons. Dr. Gustavo J. Franceschi. - Buenos Aires.

Distinguido Monseñor: Leí con cierto interés en la entrega nº 1162 de su Revista el artículo "Teatro Cristiano en Buenos Aires", firmado por un señor Luis Di Cecco y al acabarlo, encontrados sentimientos y opiniones me decidieron a escribirle. Ante todo le ruego me disculpe el atrevimiento, pero me parecen necesarias algunas aclaraciones.

Es evidente, como S. R. bien dice en un artículo (CRITERIO nº 485, pág. 437), que el teatro cristiano, el verdadero teatro cristiano no considera como tal "esas pequeñas tonterías escritas para niños de patronato y que hacen dormir hasta a las buenas señoras invitadas a soportar aquello". Y en eso estamos de acuerdo todos los que en él no sólo vemos una manifestación artística cuyas raíces están metidas en el más fecundo venero espiritual que la Santa Iglesia nos ofrece como uno de nuestros

mayores patrimonios, sino también vemos uno de los más eficaces medios de apostolado moderno.

Pero ahora una pregunta: ¿Se ha querido hacer teatro cristiano con las publicaciones y representaciones de colegio de la Galería Salesiana? Creo que no, porque la idea directriz de tal empresa fué la sola utilización interna en los colegios de dicha Congregación para entretenimiento sano y provechoso de sus alumnos. Jamás se ha tenido intención de dirigir ese teatro para el gran público y dentro de lo que ellos quisieron hacer, ese tipo de teatro llenó su cometido. No creo pues, que éste entre en el tema que se propuso el autor del artículo.

Pero como eso es accidental me aboco ahora a la aclaración propuesta por esta carta. ¿Qué entiende el señor Di Cecco por Teatro Cristiano?

Según se desprende de sus palabras considera Teatro Cristiano toda obra teatral que en el plano de una verdadera creación artística encarne un pensamiento de orden sobrenatural. Es decir, como afirma S. R. en otro artículo (CRITERIO nº 826, pág. 413), "hecho por quienes conocen la técnica del escenario y que, aun cuando no siempre profesionales de la dramaturgia, ven con justeza la perspectiva de la obra tal cual lo pide la encarnación de una idea en los diálogos y gestos que pueden exigirse a actores de buena actuación".

Esa concepción se desprende a lo largo de todo el artículo del señor Di Cecco, pero aunque buena, es incompleta.

Teatro Cristiano no es sólo la obra, cuyo valor es importante sí, pero insuficiente. El verdadero Teatro Cristiano, según la concepción que se tiene y debe tenerse hoy de él, incluye también los actores, la dirección, la representación toda, cuya intención fundamental sea la de poner al servicio del fin apostólico todas las voluntades actuantes. Teatro Cristiano como tal, cuando se quiere entender como instrumento, como medio de apostolado, requiere como conditio sine qua non el sentido y el espíritu apostólico, es decir que incluye todo, no sólo la obra en su texto y por su contenido espiritual, sino también la representación con espíritu cristiano.

Un conjunto teatral profesional o de aficionados puede representar —en buena hora— una obra católica, de contenido religioso, pero si lo hace por el valor artístico o teatral que ella tiene no es Teatro Cristiano. Es simplemente teatro en base a una obra católica, nada más, y a eso no se lo puede considerar Teatro Cristiano porque sólo se busca el efecto teatral y el goce estético que el autor, un verdadero artista, ha sabido aprovechar en un todo al concebirla.

De ahí que al hablar de Teatro Cristiano no podemos incluir, como lo hace el señor Di Cecco, trabajos como los del Elenco Juvenil del Teatro Municipal al representar "La Anunciación a María" de Claudel; el de La Cortina con "El Paso del Puente del Diablo" de Gheón o los del Seminario de Arte Dramático con "La Compasión de Nuestra Señora" de Chancerel y "El Pan Amargo" de Claudel.

Ninguno de ellos pretendió hacerlo aunque la obra utilizada fuese de las que consideramos como tal y de autores que conocemos como ortodoxos en el tema y en la finalidad apostólica de su producción. Y una prueba al canto: el estreno de "La Compasión de Nuestra Señora" se llevó a cabo por iniciativa de la Asociación de Fomento y Propaganda de Bariloche, durante la "Semana de Bariloche", el 7 de diciembre de 1949. He aquí la intención: "Al deslumbrante espectáculo del paisaje que la rodea, San Carlos de Bariloche, la lejana ciudad patagónica, quizá unir el espectáculo de una representación dramática que conjugara con la belleza de ese escenario natural en cuyo elogio se han dicho ya las mejores palabras". (Boletín de Estudios de Teatro nº 27, pág. 153).

¿Es eso Teatro Cristiano?

Si tal fuera, si por cualquier motivo yo tomo una obra de esas y la represento con elementos humanos que no persiguen otro fin que el de la obra por sí misma y el del lucimiento de dotes artísticas o de concepciones escenográficas de cierto valor estético, ¿hago Teatro Cristiano? Sinceramente no, aunque la obra fuese de Gheón, de Bruchet, de Chancerel o de cualquier autor católico que la escribiera como tal.

Finalmente y para terminar, unas palabras para el Tablado de Nuestra Señora. Lo conozco desde sus comienzos, he valorado siempre como católico y como amigo de tales obras sus esfuerzos y su labor meritoria; asistí a varias de sus representaciones que he gustado y aplaudido con entusiasmo y por ello lamento que un artículo como el que comento, que termina alabando y divulgando su obra, utilice, para precederle, argumentos negativos e incompletos con cierto rigor casi excesivo que lo único que consigue es no despertar simpatía.

Le ruego, Monseñor, sepa comprender mi intención aclaratoria y reciba cordialmente mis saludos afectuosos y cordiales y mis humildes oraciones.

José A. B. COUSELO COSTA

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso de S. S. Pío XII a las congresistas de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas

En la audiencia que el Santo Padre acordó a los asistentes al Congreso de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas el 18 de abril ppdo., les dijo en francés:

BIENVENIDAS, amadas hijas de la Federación Mundial de las Juventudes Femeninas Católicas. Nos os saludamos con el mismo placer, la misma alegría y el mismo afecto con que hace cinco años os recibimos en Castel- Gandolfo con ocasión de la gran asamblea internacional de las mujeres católicas.

Los estímulos y consejos de sabiduría que os ha dado ese Congreso, así como las palabras que Nos os dirigimos entonces no han dejado de producir su fruto. Sabemos que durante este intervalo vuestro esfuerzo ha procurado realizar los objetivos precisos de los cuales teníais clara visión. Es lo que nos prueba también la memoria impresa que nos habéis remitido con motivo de la preparación del Congreso actual: "La fe de las jóvenes - Problema de nuestro tiempo". Sus 32 páginas pesan como un gran volumen, y Nos lo hemos leído con gran atención, pues resume y sintetiza las enseñanzas de encuestas numerosas y variadas sobre el estado de la fe en la juventud católica de Europa y cuyo resultado es particularmente instructivo.

La serie de cuestiones allí tratadas, Nos mismos las tocamas en nuestra Alocución del 11 de septiembre de 1947, que vosotros escuchásteis, y en otras muchas alocuciones anteriores y posteriores. Hoy, Nos querríamos aprovechar de esta reunión con vosotras para decir lo que pensamos de cierto fenómeno que se manifiesta por todas partes, en la vida de fe de los católicos, que afecta a casi todos, pero particularmente a la juventud y a sus educadores, y del cual vuestra memoria muestra su huella en diversas páginas, así como cuando decís: "Confundiendo al cristianismo con un código de preceptos y de prohibiciones, los jóvenes tienen la impresión de ahogarse en este clima de **Moral imperativa** y no son pocos los que arrojan por la borda **el bagaje molesto.**

Una nueva concepción de la vida moral

Podríamos denominar a este fenómeno "una nueva concepción de la vida moral", por cuanto se trata de una tendencia que se manifiesta en el dominio de la moralidad. Ahora bien, sobre las verdades de fe se basan los principios de la moralidad, y vosotras sabéis bien que importancia fundamental, para la conservación y desarrollo de la fe, tiene la formación temprana de la conciencia del joven, y que ella se desenvuelva según las normas justas y sanas. De esta manera, la "nueva concepción de la moralidad cristiana" toca muy directamente el problema de la fe los jóvenes.

Nos hemos hablado ya de la "nueva moral" en Nuestro Radiomensaje del 23 de marzo último a los educadores cristianos. Lo que decimos hoy no es solamente continuación de lo que Nos dijimos entonces; Nos queremos descubrir las fuentes profundas de esta concepción. Se podría calificarla de "existencialismo ético", de "actualismo ético", de "individualismo ético", entendidos en el sentido restrictivo que Nos vamos a decir, y tal como se los encuentra en lo que se ha llamado en otras partes "Situationsethik — Moral de situación".

Signo distintivo de la "Moral de situación"

El signo distintivo de esta moral es que no se funda, en efecto, sobre las leyes morales universales, como por ejemplo, los Diez Mandamientos, sino sobre las condiciones o circunstancias reales y concretas en las que se debe actuar, y según las cuales la conciencia individual tiene que juzgar y elegir. Este estado de cosas es único y válido una sola vez para cada acción humana. Por lo cual la decisión de la conciencia, afirman los partidarios de esta ética, no puede ser condicionada por las ideas, los principios y las leyes universales.

La fe cristiana basa sus exigencias morales sobre el conocimiento de las verdades esenciales y de sus relaciones; como hace San Pablo en la Epístola a los Romanos (1. 19-21) para la religión como tal, sea cristiana o anterior al cristianismo: a partir de la creación, dice el Apóstol, el hombre entrevé y palpa en cierto modo al Creador, su poder eterno y su divinidad, y eso de manera tan evidente que se sabe y siente obligado a reconocer a Dios y a rendirle culto, de modo que descuidar ese culto o pervertirlo en la idolatría es grave culpa para todos y en todos los tiempos.

La ética, de la que Nos hablamos, no dice esto. No niega, sin más, los conceptos y los principios morales generales (aún cuando muy cerca esté de semejante negación), los desplaza, sin embargo, del centro hacia la extrema periferia. Puede suceder que la decisión de la conciencia corresponda a ellos, a menudo; pero no son, por decir así, una colección de premisas, de las que la conciencia saca las consecuencias lógicas en el caso particular ,el caso "único". ¡No! En el centro se encuentra el bien, que es menester realizar o conservar en su valor real e individual; por ejemplo, en el terreno de la fe, la relación personal que nos liga a Dios. Si la conciencia seriamente formada decidiera que el abandono de la fe católica y la adhesión a otra confesión acerca más a Dios, esta actitud se encontraría "justificada", aun cuando generalmente es calificada de "defección en la fe". O también, en el dominio de la moralidad, el don de sí corporal y espiritual entre jóvenes. Aquí la conciencia seriamente formada decidiría que en razón de la sincera inclinación mutua son lícitas las intimidades del cuerpo y de los sentidos, y éstas, admisibles solamente entre esposos, vendrían a ser manifestaciones permitidas. La conciencia laxa de hoy decidiría de esta manera, porque de la jerarquía de los valores saca este principio: los valores de la personalidad, siendo los más altos, podrían servirse de los valores inferiores del cuerpo y de los sentidos o bien descartarlos, según lo sugiere cada situación. Con mucha insistencia, se ha pretendido que, precisamente según este principio, en materia de derechos de los esposos, en caso de conflicto, debería dejarse a la conciencia seria y recta de los cónyuges, según las exigencias de las situaciones concretas, la facultad de hacer directamente imposible la realización de los valores biológicos, en provecho de los valores de la personalidad.

Dictámenes de conciencia de esta naturaleza, tan contrarios como a primera vista parecen a los preceptos divinos, valdrían, sin embargo, delante de Dios, porque, se dice, la conciencia sincera seriamente formada priva ante Dios aún sobre el "precepto" y la "ley".

Una decisión así, es pues, "activa" y "productiva", no "pasiva" y "receptiva" de la decisión de la ley, que Dios ha escrito en el corazón de cada uno, y menos todavía de la del Decálogo, que el dedo de Dios ha escrito en tablas de piedra, con cargo a la autoridad humana de promulgarlo y conservarlo.

La "nueva moral" es eminentemente "individual"

La ética nueva, (adaptada a las circunstancias), dicen sus autores, es eminentemente "individual". En la determinación de su conciencia el hombre singular se encuentra inmediatamente con Dios y se decide ante El sin la intervención de ninguna ley, de ninguna autoridad, de ninguna comunidad, de ningún culto o confesión, en nada y de ninguna manera. Solamente están el **yo** del hombre y el **yo** de Dios personal; no del Dios de la ley, sino de Dios Padre, con quien el hombre debe unirse con amor filial. Vista de esta manera, la decisión de conciencia, es pues, un "riesgo" personal, de acuerdo con el conocimiento y la apreciación propias, con plena sinceridad delante de Dios. Esas dos cosas, intención recta y respuesta sincera, son lo que Dios considera; la acción no le importa. De modo que la respuesta puede ser la de cambiar la fe católica por otros principios, de divorciarse, de interrumpir la gestación, de rehusar la obediencia a la autoridad competente en la familia, en la Iglesia, en el Estado y así todo lo demás.

Todo eso convendría perfectamente a la condición de "mayoría de edad" del hombre y, en el orden cristiano, a la relación de filiación que, según la enseñanza de Cristo, nos hace decir "Padre nuestro". Esta visión personal ahorra al hombre el deber medir a cada instante si la decisión a tomar corresponde a los párrafos de la ley o a los cánones de normas y reglas abstractas; lo preserva de la hipocresía de una fidelidad farisaica a las leyes; lo preserva, tanto del escrúpulo patológico como de la ligereza o de la falta de conciencia, porque hace descansar personalmente sobre el cristiano la entera responsabilidad delante de Dios. De esta manera hablan los que predican la "nueva moral".

La "nueva moral está fuera de la fe y de los principios católicos

Expuesta bajo esta forma, la ética nueva está de tal manera fuera de la fe y de los principios católicos, que aún un niño, si sabe su catecismo, lo sentirá y se dará cuenta. No es difícil reconocer que el nuevo sistema moral deriva del existencialismo que, o hace abstracción de Dios,

o simplemente lo niega, y en todo caso remite el hombre a sí mismo. Las condiciones presentes hayan, quizás, inducido a intentar transplantar esta "moral nueva" al terreno católico, para hacer más soportable a los fieles las dificultades de la vida cristiana. De hecho, a millones de ellos se les pide hoy, en grado extraordinario, firmeza, paciencia, constancia y espíritu de sacrificio, si quieren permanecer íntegros en su fe, sea bajo los reveses de la fortuna, sea en un medio que pone a su alcance todo lo que aspira y desea el corazón apasionado. Semejante tentativa, sin embargo, no podrá nunca triunfar.

Las obligaciones fundamentales de la ley moral

Podrá preguntarse cómo la ley moral, que es universal, puede ser suficiente, y asimismo obligatoria en un caso singular, el cual en su situación concreta es siempre único y se presenta "una vez". Precisamente, a causa de su universalidad la ley moral comprende necesariamente e "intencionalmente" todos los casos particulares, en los cuales sus conceptos se verifican. Y en casos muy numerosos ella lo hace con una lógica tan concluyente, que aun la conciencia del simple fiel ve inmediatamente y con plena certeza la decisión que debe tomar.

Esto vale especialmente para las obligaciones negativas de la ley moral, las que exigen un no hacer, un dejar de lado. Pero no únicamente para aquéllas solas. Las obligaciones fundamentales de la ley moral se basan sobre la esencia, la naturaleza del hombre y sus relaciones esenciales, valen, por consiguiente, en cualquier parte donde el hombre se encuentre; las obligaciones fundamentales de la ley cristiana, por lo mismo que exceden a las de la ley natural, se basan sobre la esencia del orden sobrenatural constituído por el divino Redentor.

De las relaciones esenciales entre el hombre y Dios, entre el hombre y el hombre, entre los cónyuges, entre los padres y los hijos; de las relaciones esenciales de comunidad en la familia, en la Iglesia, en el Estado, resulta, entre otras cosas, que el odio a Dios, la blasfemia, la idolatría, la defección de la verdadera fe, la negación de la fe, el perjurio, el homicidio, el falso testimonio, la calumnia, el adulterio y la fornicación, el abuso del matrimonio, el pecado solitario, el robo y la rapiña, la sustracción de lo que es necesario para la vida, la defraudación del salario justo (Iac. 5, 4), el acaparamiento de los víveres de primera necesidad y el aumento injustificado de los precios, la quiebra fraudulenta, las maniobras injustas de la especulación, todo esto está gravemente prohibido por el Legislador divino. No hay nada que revisar allí. Cualquiera que sea la situación individual, no hay otra solución que obedecer.

Por lo demás, Nos, oponemos a la "ética de situación" tres consideraciones o máximas. La primera: Nos concedemos que Dios quiere ante todo y siempre la recta intención; pero ésta no basta; quiere también la obra buena. La segunda: no está permitido hacer el mal a fin de que de él resulte un bien (Rom. 3, 8); pero esta ética obra —sin darse cuenta, tal vez— según el principio de que el fin santifica los medios. La tercera: puede haber situaciones, en las que el hombre y, especialmente el cristiano, no puede ignorar que debe sacrificarlo todo, aún su vida, para salvar su alma. Todos los mártires nos lo recuerdan. Y éstos son muy numerosos aun en nuestros días. Pero, la madre de los Macabeos y sus hijos, las santas Perpetua y Felicitas, a pesar de sus recién nacidos, María Goretti y millares de otros hombres y mujeres que la Iglesia venera, ¿habrían, pues, contra lo que dice la "situación", padecido inútil y equivocadamente la muerte sangrienta? Ciertamente que no; son, con su sangre, los testigos más elocuentes de la verdad contra la "nueva moral".

La formación de la conciencia

Donde no hay normas absolutamente obligatorias, independientes de toda circunstancia o eventualidad, la situación "de una vez" en su unicidad requiere, ciertamente, un examen atento para determinar cuáles son las normas a aplicarse y de qué manera. La moral católica ha tratado siempre y con detenimiento este problema de la formación de la propia conciencia con el examen previo de las circunstancias del caso. Todo lo que enseña ofrece una preciosa ayuda a las determinaciones de conciencia, tanto teóricas como prácticas. Es suficiente con citar las exposiciones, no superadas, de Santo Tomás sobre la virtud cardinal de la prudencia y las virtudes conexas (S. Th. 2ª 2ª, p. q. 47-57). Su tratado revela un sentido de la actividad personal y de la actualidad que contiene todo lo que hay de justo y de positivo en la "ética según la situación", aunque evitando sus confusiones y desviaciones. Por consiguiente, le bastará al moralista moderno continuar en la misma línea, si quiere profundizar los nuevos problemas.

La educación cristiana de la conciencia está muy lejos de descuidar la personalidad, aún la de la joven y la del niño, y de estrangular su iniciativa. Como toda sana educación tiende a hacer, poco a poco, innecesario al educador y al educando independiente dentro de justos límites, eso vale también para la educación de la conciencia por Dios y la Iglesia: su finalidad es, como lo dice el Apóstol (Eph. 4, 13; cfr. 4, 14), el "hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo", por consiguiente, el hombre adulto, que tiene además el ánimo valeroso de la responsabilidad.

¡Se necesita, solamente, que esta madurez se sitúe en el justo plano! Jesucristo sigue siendo el Señor, el Jefe y el Maestro de cada hombre individual, de cualquier edad y cualquier estado; por medio de su Iglesia, en la cual continúa obrando. El cristiano, por su parte, debe asumir la grande y grave función de hacer valer en su vida personal, en su vida profesional y en la vida social y pública, tanto cuanto de él dependa, la verdad, el espíritu y la ley de Cristo. La moral católica es ésto, y deja un campo vasto libre a la iniciativa y a la responsabilidad personal del cristiano.

Los peligros para la fe de la juventud

He aquí lo que Nos queríamos deciros. Los peligros para la fe de nuestra juventud son hoy extraordinariamente muchos. Todos lo sabían y lo saben, pero vuestra memoria es particularmente instructiva a este respecto. Nos pensamos, sin embargo, que pocos de esos peligros son tan grandes y tan cargados de consecuencias como los que la "nueva moral" hace correr a la fe. Los extravíos a que conducen tales deformaciones y tales debilitaciones de los deberes morales que se deducen naturalmente de la fe, conducirían con el tiempo a la corrupción de la fuente misma. Así muere la fe.

Dos conclusiones

De todo lo que Nos hemos dicho de la fe, sacaremos dos conclusiones, dos directivas que, para terminar, queremos presentaros para que orienten y animen toda vuestra acción y toda vuestra vida de cristianos valientes:

La primera: la fe de la juventud debe ser una fe orante. La juventud debe aprender a rezar. Que ello sea siempre en la medida y la forma que respondan a su edad; pero siempre con conciencia de que sin la oración no es posible permanecer fiel a la fe.

La segunda: la juventud debe estar orgullosa de su fe y aceptar que ella le cueste alguna cosa; debe acostumbrarse desde la primera edad a hacer sacrificios por su fe, a marchar delante de Dios en rectitud de conciencia, a reverenciar lo que El ordena. Entonces crecerá espontáneamente en el amor de Dios.

Que la caridad de Dios, la gracia de Jesucristo y la participación del Espíritu Santo (cfr. 2 Cor. 13, 13) estén con todas vosotras, Nos os lo deseamos con el afecto más paternal. Y para atestiguarlo, de todo nuestro corazón os damos a cada una de vosotras y a vuestras familias, a vuestro movimiento, a todas sus ramas en el mundo entero, a todas vuestras compañeras que a ellas pertenecen, la Bendición Apostólica.

Carta Pontificia de S. S. Pío XII sobre la adaptación de los Estatutos del Apostolado de la Oración a las formas más recientes del apostolado católico

A nuestro querido Hijo Juan Bautista Janssens, Prepósito general de la Compañía de Jesús y director general de la Asociación del Apostolado de la Oración

PIO XII, PAPA

Querido Hijo, Salud y Bendición apostólica

A fin de responder mejor a las necesidades de los tiempos, diversas instituciones del celo pastoral piden a veces —conservando enteramente su carácter y su espíritu propios— ser adaptadas a las condiciones de nuevas circunstancias.

Este ha sido el caso de la piadosa Asociación del Apostolado de la Oración. Después de un comienzo modesto, seguido de más de cien años de amplísimo y fecundo desenvolvimiento, ha debido, en varias ocasiones (la última vez en 1896), para adaptarse a situaciones nuevas, reconsiderar sus estatutos, sin tocar, empero, los puntos esenciales.

En el curso de los últimos cincuenta años, la Sede apostólica ha publicado sobre los diversos géneros de apostolado, muchos documentos y alientos que hacen gran elogio de esta piadosa Asociación, que juzga muy oportuna en nuestro tiempo. Sus directores han pensado,

pues, muy prudentemente que ella sería mucho más eficaz todavía en lo futuro si se asimilara la fuerza de estos Actos de la Santa Sede y se penetrara íntimamente de ellos. En consecuencia, sus estatutos han sido cuidadosamente revisados y, bajo su nueva fórmula, propuestos a la Santa Sede.

Nos conocemos muy bien los frutos abundantísimos de esta forma particular de apostolado. Más de una vez Nos las hemos recomendado muy calurosamente. Obedeciendo, pues, a Nuestro celo para el bien de las almas y la extensión del reino de Dios, Nos hemos hecho examinar los estatutos últimamente revisados. Ellos nos han parecido dignos de Nuestra plena aprobación.

En efecto, ponen en viva luz la importancia y el valor de la piadosa Asociación. Considerada la salud individual de los fieles o la carga pastoral universal, muestran en el **Apostolado de la Oración** un instrumento eficacísimo para el ministerio apostólico de hoy.

Tres puntos importantes

Tres puntos en los nuevos estatutos del **Apostolado de la Oración**, Nos parecen exigir ser recomendados con particularísima insistencia a la carga pastoral.

Vida interior

Ante todo, invitando y estimulando a los fieles a ofrecer a Dios sus oraciones, sus trabajos, sus penas y sus sacrificios para ayudar al ministerio de la Iglesia y colaborar de esta manera a la extensión del reino de Cristo, esta Asociación no se limita a despertar en ellos el celo de las almas y la preocupación intensa de la salvación eterna del prójimo; ella alienta también y desarrolla el empleo de los medios y de las fuerzas sobrenaturales, de las que dependen la eficacia y el éxito de todo trabajo apostólico. Por esta razón, impide que el apostolado se reduzca a un despliegue de actividad puramente exterior y se prive de resultados durables.

Sentido sacrificial del apostolado

Además se debe una mención especial a la manera perfecta con que el **Apostolado de la Oración invita a sus** asociados a orar y a consagrarse como apóstoles. Pues no se les pide únicamente recitar tal o cual fórmula de oración: se los invita también a convertir toda su vida en una oración que suba hacia Dios y en un sacrificio de sí mismos para el apostolado. Por el ofrecimiento cotidiano, que es el elemento esencial del **Apostolado de la Oración**, y que completan otros ejercicios de piedad, teniendo sobre todo por objeto el Sagrado Corazón de Jesús, toda la vida de los asociados se transforma en un sacrificio de alabanza, de satisfacción y de súplica. Así pasa completamente a los hechos lo que ha sido comenzado en el Bautismo. La vida de un cristiano debe ser, en efecto, como un sacrificio ofrecido en Cristo y con Cristo, para el honor de Dios Padre y para la salvación de las almas. Los diversos ejercicios de piedad en uso en el **Apostolado de la Oración**, para completar y perfeccionar la ofrenda son, tomados en conjunto, una verdadera suma de la perfección cristiana; dan a los cristianos todo lo que es necesario para santificar su vida por el "sentido sacrificial del apostolado" y, por la santidad de su vida, ellos multiplican los frutos de este apostolado.

"Suma" de acción pastoral

Por el hecho mismo de que propone "una forma muy perfecta de vida cristiana" (Carta de S. S. Pío **XII** al Prepósito general de la Compañía de Jesús, 19-IX-1948. A. A. S., a XL, vol. XV, p. 500), el **Apostolado de la Oración** contiene también una "Suma" y como un directorio abreviado de la carga pastoral, "Suma" que, en medio de la gran variedad de las obras apostólicas, puede ser de un uso muy útil a los buenos pastores.

Si conducen las ovejas que les han sido confiadas a cumplir regular y cuidadosamente los actos propuestos por el **Apostolado de la Oración**, esos pastores habrán, sin duda alguna, cumplido ellos mismos una parte importante de su propio deber.

Si, estimular a los fieles a hacer piadosamente su acto cotidiano de ofrecimiento, es formarlos y alentarlos a considerar su vida como un **sacrificio** que debe ser ofrecido con **Cristo** a **Dios Padre**, y a desear mucho más cada día una perfección cristiana que hará verdaderamente de la vida de cada uno una ofrenda menos indigna de Dios.

Cuando invitan a los asociados a unir esta ofrenda al sacrificio eucarístico y a aproximarse tan frecuentemente como puedan a la **Santa Mesa**, "en espíritu de reparación", esta invitación tiene por objeto ayudar a los fieles a hacer del sacrificio incruento del altar, el **centro de su vida**.

Cuando los exhortan a hacer su **ofrenda por María** y, como hijos muy amantes, y en señal de su afectuosa confianza en el Corazón muy compasivo de Nuestra Madre, a recitar piadosamente y con gusto el Rosario, ellos los forman en una piedad activa y sólida hacia la Virgen Madre de Dios.

Cuando enseñan a los asociados que deben ofrecer cada día sus oraciones, sufrimientos y trabajos por las necesidades de Nuestra Santa Madre la Iglesia, como lo desea el Vicario de Jesucristo en la tierra (o a sus intenciones, como se dice), éstos no se enfervorizan solamente a sí mismos en el **amor de la Iglesia** y en pleno acuerdo con ella, sino que fortifican, como hijos obedientes, esta **adhesión devota al Soberano Pontífice**, sin la cual no puede haber unión verdadera entre los miembros y la cabeza del Cuerpo Místico de Cristo.

En fin, por una ardiente piedad hacia el **Sagrado Corazón de Jesús**, alma de la piadosa Asociación, los fieles son convidados a una unión completamente íntima con Cristo: su caridad para con el prójimo se hace más ferviente; sus oraciones, sus trabajos y sus sufrimientos se elevan al más alto grado de eficacia; se aviva en ellos el deseo de consagrarse al divino Corazón y de darle asiduadamente esos testimonios de amor reparador, gracias a los cuales, según sus propias promesas, Nos sabemos cuántos torrentes de misericordia y de gracia deben derramarse sobre los hombres, abatidos por tantas miserias, y de hecho, se difunden sobre ellos de todas partes.

No se debe olvidar que esta Suma —ese directorio abreviado de la carga pastoral, como Nos hemos dicho—, gracias a las "secciones" particulares que organiza la Asociación —tales como las "Ligas del Sagrado Corazón" para hombres y la "Cruzada Eucarística" para la juventud, ya elogiada por la Sede Apostólica—, puede adaptarse más fácilmente a las diversas categorías de fieles, de modo que responda al carácter de cada uno, a sus deseos y a sus necesidades.

Puesto esto, Nos aprobamos de buen grado con Nuestra autoridad los nuevos estatutos de la piadosa Asociación del **Apostolado de la Oración** y así organizada la recomendamos encarecidamente a los obispos, con la firme convicción de que cada uno pondrá de su parte cuidado y diligencia para propagarla. Ahora bien, Nos alimentamos la firme esperanza de que, lejos de molestar a las otras obras apostólicas en sus tareas, o de absorberlas, más bien las elevará a un alto grado de perfección, penetrándolas a todas con el espíritu de santidad y de amor de Dios y de los hombres que no cesa de vivir en el Corazón Santísimo de Jesús y que estimula a la actividad que conviene.

Como prenda de gracias celestiales y en señal de Nuestra paternal benevolencia, a vos, querido Hijo, a cada uno también de los directores y miembros de la Asociación, Nos acordamos con gran afecto en el Señor la Bendición Apostólica.

Dada en Roma, junto a San Pedro, el veintiocho de octubre, en la fiesta de Cristo Rey Nuestro Señor, año MCMLI, décimotercero de nuestro pontificado.

PIO XII, PAPA

TRANSCRIPCION

Visita a Maritain

TRISTAN DE ATHAYDE

Wáshington.

CON Maritain la excepción vence a la regla de que más vale conocer a los grandes de lejos que de cerca. Se llega a él y aumenta entonces, en mucho, lo que nos dejan sus libros. La presencia es mayor aún que el pensamiento. Este nos lleva a una adhesión a la realidad, tan objetiva, ¡tan cuidadosa, ¡tan respetuosa de todos los meandros del ser, que sólo los espíritus prevenidos por prejuicios e irremediablemente estrechos o fanáticos, pueden resistir a sus argumentaciones. Pero como su argumentación no es fácil, como su estilo no hace concesiones y permanece, casi siempre, en el plano de la abstracción, comprendo que mucha gente se sienta poco inclinada a leer sus libros.

Mas su presencia, lejos de ser una decepción, como lo fué para mi, en el caso de Fulton Sheen es una transfiguración.

Lo había visto, de pasada por Río, hace 15 años. No pude ir a verlo a Roma como Embajador. El año pasado, cuando estaba seguro de encontrarlo en París, encontré en **Eau Vive** sólo su sombra, en San Maximino su centro dominico de irradiación, y en París... su ausencia.

Cuando una gripe me hizo retrasar por ocho días, la ida a Princeton para verlo, pensé supersticiosamente que un hado malo me impediría volver a verlo. Pero fueron apenas ocho días de aplazamiento para saborear mejor la presencia de una de las creaturas intelectualmente más perfectas y personalmente más encantadoras que Dios colocó sobre la faz de la tierra.

Cuando se piensa en el mundo de luchas, de intrigas, de mezquindades que la pasión política desencadenó contra el autor de "Humanismo Integral" en países como España, Portugal, un poco Italia durante el fascismo, Argentina, Chile y Brasil hasta hoy, y se ve la figura admirablemente espiritualizada de Jacques Maritain, tan superior a todo eso, tan alto, tan lejos, tan cerca de la Fuente de toda Bondad, de toda Inteligencia y de toda Belleza, se logra comprender mejor lo que es la mediocridad de los hombres comunes y la grandeza de los verdaderos grandes hombres. Maritain es, pues, de la categoría de los que, lejos de desilusionar por la presencia, estoy seguro vencerían muchas resistencias.

Aquí, en los Estados Nnidos, no hay un "problema Maritain". Tanto en los medios católicos, como en los no católicos, tanto en los medios eclesiásticos como laicos, su figura es indiscutida. Está por encima de las discusiones. No que todos acepten sus ideas, especialmente los no católicos, sino que todos lo reconocen como la mayor expresión moderna de la filosofía tomista de la vida.

Y es como tal que la Universidad de Princeton, uno de los centros otrora más estrictos del protestantismo presbiteriano ,espontaneamente le ofreció una cátedra de filosofía, no sólo en su famoso Instituto de Estudios Avanzados, donde están algunos de los más eminentes científicos del mundo moderno, incluso Einstein, sino también en el propio curso regular de la Universidad.

Fué en Princeton, a tres horas y media de Wáshington, donde lo visité. Es la primera ciudad universitaria de los Estados Unidos que conozco. Y sentí enseguida cómo conserva el estilo de las viejas Universidades inglesas. Oxford es incomparable, pues nadie puede construir colegios del siglo XIII, ni prados de cuatrocientos años. Guardo de Oxford la impresión de uno de los lugares más perfectos para vivir la más auténtica vida de la inteligencia, que existe sobre la tierra. A Princeton le falta, naturalmente, lo que Nabuco llamaba la "perspectiva histórica". Pero lo que en realidad le falta es la perspectiva histórica medieval. Pues ya tiene doscientos años de historia universitaria en su glorioso pasado, y el ambiente que nos rodea ,el paisaje donde se vive, el aire que se respira, las personas que se encuentran, todo nos habla de ese ambiente universitario auténtico que hace decir a los americanos que por ella pasan, que esos son los años más felices de su vida. Más tarde, el terrible ambiente moderno los envuelve y comienza, entonces, la vida dura del profesor, tan dura aquí como en todas partes, a despecho de sus incontestables compensaciones. Y queda, entonces, de los tiempos universitarios, una memoria como de un paraíso perdido, lo que explica la importancia aquí de los "alumnos", de los exalumnos, siempre unidos al "alma mater", por lazos indelebles de gratitud y simpatía.

Princeton está sobre un pequeño ramal de Pensylvania Railway. Es preciso hacer dos transbordos para llegar allá. Eso ayuda para que el ambiente sea de paz, de meditación, de estudio. Es una maravilla. Frente a la pequeña estación de campo, muy limpia y bonita, existe una especie de catedral sin terminar, por cuyos altos muros de ladrillos suben las enredaderas. Más adelante, la más deliciosa de las hosterías, la "Princeton Inn", cuyo nombre, como los emblemas blancos de la entrada, recuerdan las tabernas inglesas de los grabados antiguos. En medio de un campo verde, en suaves ondulaciones, dominando el horizonte en curvas leves, con su techo de tejas, su pórtico colonial de columnas blancas, los muros de piedra, las enredaderas trepando, las ventanas pequeñas con sus cortinitas blancas y por dentro los techos bajos, las lámparas discretas, los pisos crujientes, los vastos sofás, los suaves escalones de una sala a la otra, los cuartos pequeños y "cosies", el salón comedor de amplias ventanas abiertas hacia el valle verde, con sus inmensos campos de "golf", un retazo de aguas tranquilas al fondo, entre álamos, y, a lo lejos, en otra cuesta, la torre gótica de una de las facultades, componiendo el paisaje como un grabado. Una delicia..

A unos dos kilómetros, el "campo" universitario. La vieja casa llamada de "Nassau", que es la casa matriz de la universidad y data de 1746, aparece hoy tal como en los grabados antiguos. En torno a ella se fueron construyendo los edificios de las Facultades, todos en un gótico inglés muy simple, tocado de colonialismo americano y de las líneas geométricas de la arquitectura más moderna, con la nueva e inmensa biblioteca de tipo "open door" de donde se llevan los libros a voluntad, desde que se tiene el certificado de matrícula como estudiante, y que a la noche fulgura con las luces inflamadas de sus amplias ventanas sobre la noche princetoniana, sumergida toda en el estudio y en la meditación.

Estamos en realidad, en el ambiente ideal para que los hombres comprendan el verdadero sentido de la vida. Y es fácil, caminando por sus calles amplias, pero desiertas, bordeadas por los edificios de las facultades o por los coches de los profesores y alumnos, es fácil entender por qué un hombre como Maritain acaba de rechazar el ingreso al Collége de France, de donde, por otra parte, habría de salir al cabo de una año, por límite de edad.

Tuve con Maritain la más larga conversación continuada que jamás mantuve con persona alguna. Nó soy hombre de mucha conversación. Me gusta más oír que hablar. Y tengo la impresión de que la mayor parte de las conversaciones que mantenemos son perfectamente inútiles y sólo nos hacen perder el tiempo y la paciencia. Aunque continúe siendo perfectamente exacta la sentencia de Musset de que una de las buenas cosas de la vida es sin duda "avec un vieil ami, boire en liberté".

¡Pasé Diez horas seguidas, desde las once y media de la mañana a las nueve y media de la noche, conversando con Maritain! Al principio con él mismo, y luego con él, con Raissa y con su cuñada Vera, el mismo trío que León Bloy, en 1906, recibiera, como padrino, en el seno de la Iglesia y que Dios permitió no se separasen hasta hoy, a despecho de todas las vicisitudes. Imposible, sin duda, reproducir una conversación. Y comienzo por acordarme de una observación de Maritain, cuando le pregunté si era exacto haber encontrado a Jean Paul Sartre, en el castillo de un amigo común, en Alsacia, y el haber dicho que Sartre se estaba convirtiendo al Catolicismo.

"Hoy, como siempre, me dice, hay un grano de verdad en esas mentiras de los periódicos. Es el mal de esas conversaciones que se tienen particularmente y luego son reproducidas en letras de molde. En realidad, la última vez que volví a Francia, como todos los años lo hago en mayo, un periodista me preguntó, al desembarcar, qué pensaba de Sartre. Hice entonces los elogios convencionales, dije que se trataba de un pensador poderoso y original e insistí, algo irónico, que la preocupación de Sartre con el Ente era tan grande que yo aún esperaba verlo un día tomista. Nada más. En cuanto al encuentro en Alsacia, pura fantasía. Realmente, todos los años, con ocasión de mi vuelta, acostumbro a pasar algunos días en la casa de mi amigo Alexandre Grunelius, en Kolbstein, Alsacia. Allá nos reunimos entonces, algunos tomistas, los más estrechamente unidos en pensamiento —el P. Journet, que viene de Lausanne; el Padre Phillip, O. P., de Saulchoir y del Instituto Católico de París; el filósofo Olivier Lacombe, que está enseñando en Iille; el P. Labouidette, O. P., de San Maximino, y otros— pero sólo los que están realmente en nuestra línea de pensamiento rigurosamente tomista, para durante algunos días, discutir nuestros trabajos y nuestros problemas. Allí no va ningún extraño".

Estamos conversando en el delicioso "hall' de la "Princeton Inn" esperando la hora del almuerzo y sumergiendo los ojos por los largos prados verdes que terminan, al fondo, con los edificios góticos de la Facultad de los Graduados, a donde un mes más tarde iría yo mismo a hablar. La piedra de Princeton es igual a la de Ouro Prêto (1).

(1) Es una hermosa ciudad colonial, en el estado de Minas Geraes, al Norte de Río de Janeiro, con importantes yacimientos de oro, llamada antes Villa Rica. (N. del T.).

roja y verde. Y de la combinación de esos dos tonos nace el color de todas las construcciones aquí. Mas, en realidad, es la palabra de Maritain la que me cautiva, y su mirar azul de inmensa bondad, su largo mechón blanco y su mosca también blanca en el mentón, su estatura alta un poco curvada hacia un lado tal como se me apareció en la estación a mi llegada.

Conversamos sobre todos los temas. Dos de ellos procuro acentuar: qué piensa de los Estados Unidos y qué piensa del problema comunista y de la situación del mundo en general.

"Aún antes de venir a vivir aquí, ya tenía una gran simpatía por este pueblo. La primera vez que fuí al Canadá, en 1932, al Instituto de Estudios Medievales de Toronto, la niña de los ojos de Gilson, me invitaron a dar una conferencia en Chicago. No sabía una palabra de inglés. Escribí a Raissa que había quedado en Francia. (Y, cuando después del almuerzo fuimos a su casa y allá pasamos, en un ambiente adorable de intimidad, estudio, simplicidad familiar y buen gusto el resto del domingo, ésta me recordó el susto que había tenido cuando supo que "Jacques" aceptaba la invitación). Resolví aceptar. Me di cuenta que era una partida decisiva la que jugaba. El amigo que me invitó, un convertido admirable, fallecido poco después, me tradujo la conferencia ,colocó en el texto los acentos y todas las indicaciones que me pudiesen guiar. Por la mañana del día fatal, fuimos a Misa y nos quedamos largo tiempo en oración, pidiendo el amparo del Espíritu Santo. Eramos los únicos en la iglesia. El sacristán fué a prevenir al vicario que había dos bebidos durmiendo en la iglesia. ¿Qué debía hacer? Felizmente el padre conocía a mi amigo y nuestra "borrachera" se explicó. Era el miedo por las responsabilidades el que nos hizo olvidar la hora y quedarnos con la cabeza entre las manos tanto tiempo. Gracias a Dios todo fué bien. Y a las inevitables preguntas que aquí acompañan a todas las conferencias, fuí respondiendo como pude, con amplios "Yes" y "No". El hecho es que sentí ese día que los Estados Unidos se transformaban para mí en un nuevo campo de apostolado".

Y entonces me confirmó Maritain, de viva voz, la impresión que yo había tenido en Francia el año pasado y, registrada en un artículo, "Ausencia de Maritain" aún inédito, saldrá en estos días en el libro "La Europa de Hoy".

"Sentí que Francia me era hostil o indiferente. Los católicos buscaban, aún entre los filósofos católicos, otros sistemas que no fuese el tomismo riguroso que desde hace tiempo yo adoptara. Los hombres que influyeran sobre la nueva generación debían ser grandes espíritus, como Maurice Blondel y su filosofía de la Acción, Gabriel Marcel y su "existencialismo cristiano". Conmigo quedaron sólo los dominicos de San Maximino y un grupo de filósofos dispersos a los que aludí. Por su parte el Collège de France se negó a crear una cátedra de filosofía para mí. A menos que el gobierno crease seis nuevas cátedras de ciencia. Y como el gobierno, que propusiera mi nombre, no estaba en condiciones financieras para crear esas seis cátedras, el proyecto cayó. Fué precisamente cuando, después de tres años en la Embajada en el Vaticano, obtuve mi exoneración de la diplomacia, para volver a mis libros. Vine entonces, como siempre, al Canadá y, pasando por Nueva York ,el día del embarque de regreso, el Rector de Princeton fué en mi busca y me ofreció esta cátedra de filosofía con la libertad de pasar todos los años cuatro meses en Francia. No vacilé sino el tiempo necesario como para asegurar que encontraría una casita en Princeton, lo que no es muy fácil".

Y como yo alabase la deliciosa decoración de las pequeñas habitaciones bajas, de tono canario, con pinturas modernas en las paredes y hasta en la chimenea y en el pequeño comedor, con deliciosos paisajes del Sena, de la Cité, de Montmartre, me explicó: "Es un pintor francés, Richard, que estuvo aquí con su mujer durante nuestra ausencia, quien así la decoró". Una delicia. Clara. Simple. Alegre. Humanísima. Un ambiente perfecto para el filósofo que nos mostró la perfecta **modernidad** de la más **tradicional** de las filosofías y la perfecta adecuación a los problemas locales y particulares de la más universal de las metafísicas.

Y continuó con la apología del pueblo americano: "Es un pueblo ávido de espiritualidad. Hace cinco años que enseño aquí. Tengo siempre alumnos propios y de otros cursos. Algunos, grupos difíciles, heterogéneos, impregnados del positivismo lógico que domina en las cátedras de filosofía. Otros, excelentes y homogéneos, como el de este año. Entre los alumnos hay uno que será carmelita. Todos, ávidos de un pensamiento ordenado y abierto para la religión. Son, en general, de una gran pureza. De vez en cuando pierden la cabeza. Hacen entonces una gran farra. Pero antes tienen el cuidado de hacer grandes libaciones que les oscurece el espíritu. Cuando vuelven en sí, es como si nacieran de nuevo. Es, al contrario de lo que se piensa, una juventud muy pura. Y hay en todo el país una inmensa sed de espiritualidad. Los seminarios están repletos y rechazan candidatos. Las órdenes religiosas se hallan en plena florescencia"...

Hablábamos, entonces, de la gran sed de espiritualidad por la que atraviesa todo Estados Unidos. La observación que hiciera hace días, y lo dijera en los artículos anteriores, es ampliamente confirmada por la ya larga experiencia de Maritain.

"Aquí me quedé, porque sentí realmente que había en disponibilidad un amplio campo para trabajar. El renacimiento de la metafísica es un hecho entre las nuevas generaciones de filósofos, aunque lo que domina sea aún el culto de la ciencia".

—¿Es aún grande la influencia de Dewey? —le pregunto.

—"Sí, pero en los medios pedagógicos. Fuera de ellos es Bertrand Russel, es Cárnap, es la logística, es el nuevo positivismo científico. Mas el realismo y el idealismo metafísicos también toman nuevo incremento. Hace poco fuí a Nueva York para hablar en una sesión de una nueva Sociedad de Metafísica, recientemente fundada. Cuando, el año pasado, el Instituto Tecnológico de Massachussets, que aquí es el gran centro del espíritu científico y pragmático, realizó un "Symposium" sobre las corrientes modernas del pensamiento, fuí invitado a tomar parte en el seminario, junto a un materialista, a un protestante y a un agnóstico. Una especial simpatía me ligó siempre a la Universidad de Chicago, pues allí tuve mi primer contacto con los universitarios americanos. Usted sabe que su famoso rector, Hutchinson, que desde hace veinte años venía revolucionando la enseñanza universitaria en el sentido humanista, con el auxilio de un tomista no católico, Mortimer Adler (que descubrió a Santo Tomás por acaso y absolutamente solo, enseñando en la Universidad de Columbia, donde, por otra parte, también yo enseñé y donde encontré, como estudiante aún no católico, al hoy universalmente famoso trapense Thomas Merton), Hutchinson, pues, dejó Chicago para asumir la dirección de la "Ford Foundation".

Entre paréntesis, la Ford Foundation es una nueva "Rockefeller Foundation". Ford hizo lo que hizo el viejo fundador de la Standard Oil. Dejó una inmensa fortuna para estimular la cultura. Contó su presidente a uno de mis amigos aquí, que tres meses después de hacerse cargo, ya había recibido 15.000 pedidos de financiación de obras culturales.

Pero continuemos oyendo a Maritain, ya en otro tema, el de la situación del mundo. ¿Paz o guerra?, le pregunto.

"Sigo creyendo, piamente, que será posible evitar la tercera guerra mundial. Y que debemos hacer todo para que la catástrofe no venga. Desgraciadamente, algunos de nuestros amigos comienzan a desesperar. Ahí está el caso de Gilson. Acaba de renunciar a su cátedra en el "Collège de France" porque considera la guerra inevitable y no quiere vivir una vez más bajo una segunda ocupación extranjera. Viene hacia el Canadá con sus hijos, a instalarse definitivamente en su Instituto de Estudios Medievales de Toronto. Gilson parte de lo que el llama: el principio del **automatismo**. Dice que, una vez entradas las naciones en el terreno de la competición armamentista, nada hay que pueda evitar la caída en el abismo. Fué, continúa Gilson, lo que le sucedió a los Estados Unidos. No querían por nada la guerra. Pero a hora, lanzados al terreno de la oposición armada al imperialismo soviético, nada los detendrá. No pienso sin embargo así, comenta Maritain, aunque antes fuese más optimista que hoy. Tengo aquí amigos muy queridos —como por ejemplo los dirigentes del admirable movimiento obrero católico nucleado en torno a la revista "The Catolic Worker", en un barrio popular de Nueva York, que Ud. no puede dejar de conocer personalmente, como también el movimiento del "reveille for radicals" de Alinsky en Chicago—, tengo amigos que me acusan de "nacionalista" porque admito el armamento defensivo. Ellos llegan al extremo del absoluto desarmamentismo, partiendo del ejemplo de San Francisco de Asís. Pero el problema es otro. Lo discuto en mi libro "Man and the State", del que acabo de recibir los primeros ejemplares. Mas no creo como Gilson que todo esté perdido, y que la invasión soviética de Europa sea un hecho inevitable. Es preciso oponer una barrera de fuerza a las fuerzas que se levantan contra nosotros. Pero siempre haciendo todo para la verdadera acción, que es la conversión de los hombres, de todos los hombres, de este lado o de aquel lado de la cortina de hierro.

"El movimiento comunista de occidente está en pleno estancamiento, o en receso. Aquí en los Estados Unidos nunca tuvo expresión alguna. Y en la propia Europa está parado. De ahí también la preocupación de los rusos. Y el peligro de una guerra preventiva por parte de ellos. Pero no creo que Rusia quiera la guerra. No se siente bastante preparada. Y los Estados Unidos están hoy empeñados en un programa de preparación que tornaría muy problemática una victoria rusa. De ahí el "stale-mate", la indecisión ,la demora, que nos permite esperar que la solución pacífica será encontrada. De cualquier modo no participo del pesimismo de mi amigo Gilson, que además ha sido intensamente atacado en Francia como aquí, inclusive por aquella carta a que Ud. acaba de referirse de mi amigo Waldemar Gurian, profesor de Política en la Universidad de Notre-Dame y hombre tan notable por sus ideas cuanto violento de temperamento, por el choque de las sangres que hay en sus venas".

Y Maritain prosigue, pues procuro hablar lo menos posible y sólo provocando su locuacidad:

"Me ofrecerán ahora el lugar de Gilson en el Collège de France. No voy a aceptar. Tengo 69 años (¡no lo parece!) y el límite de edad es 70. Dejar esta cátedra, esta Universidad, donde al principio los profesores de filosofía hicieron una huelga pacífica contra mí y hoy aprendieron a respetar al tomismo aunque no simpaticen con él; dejar a este país donde hay una inmensa necesidad de apostolado tomista y una sed infinita de espíritu religioso, para pasar un año en Francia, donde los nuevos buscaron otros maestros, no me seduce. Paso en Francia un tercio del año con mi curso de verano en "Eau-Vive", pero no puedo desprenderme más de lo que considero mi misión en América".

Y Raissa me contó entonces que donde "Jacques" va a hablar hay siempre salas que rebalsan. Dos, tres mil personas, para oír al "filósofo tomista" que habla un lenguaje tan actual y que encontró en el más austero de los pensadores medievales, nuevos fundamentos tanto para la teoría y la práctica del gobierno del pueblo para el pueblo como para las inquietudes estéticas más modernas.

Terminada la sencilla narración de mi larga charla con Maritain, le pregunto:

—¿Cuáles son sus proyectos?

—"Además de mi libro sobre "El Hombre y El Estado", tengo en París, listo para salir, "Nueva Lección Sobre los Conceptos Primaciales de la Filosofía Moral" (que ya apareció). Estoy haciendo un curso sobre "Poética", en el curso general de Crítica Literaria que Fergusson, uno de los mayores representantes del movimiento del "New-Criticism", está dando aquí en Princeton".

Y Raissa recuerda que Allen Tate —uno de los críticos más destacados de ese mismo movimiento, que Afranio Coutinho viene divulgando en el Brasil y a quien Maritain tiene en el más alto aprecio— acaba de convertirse al Catolicismo.

"Tengo un compromiso, prosigue Maritain, para dar este año, en abril, en la "National Gallery" de Wáshington, un curso de estética. Aprovecharé ciertas lecciones de este año, basadas principalmente en la Poesía, para, el año que viene, acentuar su base en las artes plásticas. ¿Nos encontraremos aún en Wáshington? "Es posible", concluyó. "Un año no siempre son doce meses exactos..."

—¿Y cuáles son sus cursos actuales?

—"Sobre filosofía moral. Tengo una cantidad de notas para corregir. Inclusive el tercer volumen de los "Elementos de Filosofía", donde aprovecharía para discutir las nuevas y agresivas posiciones de los "semánticos" que pretenden destruir toda la lógica aristotélica".

Insistí mucho para que así lo hiciese.

"¿Por qué no interesa en ello a su amigo Gustavo Conçao —continúa—. Voy a recomendar a Ives Simon, en Notre-Dame, que lo haga. Es un logista notable y ya tiene un núcleo de alumnos y exalumnos que podrían emprender todo un movimiento para oponer una barrera a la nueva disolución del pensamiento que la logística anti-aristotélica y anti-tomista pretende emprender para facilitar aún más la vuelta del mundo al caos".

Y termina nuestra larga e inolvidable conversación, dándome los nombre de las Universidades, de los profesores, de las revistas, de los obispos, como el obispo Sheil, auxiliar de Chicago, o el obispo Wright, de Worcester, de los hombres, de los monasterios, de las comunidades religiosas y seculares que están aquí emprendiendo un movimiento que corresponda a la avidez de espiritualidad que el exceso de teología y de pragmatismo llevó a un punto tan admirable.

"Aproveche su venida a ésta para tomar contacto con esa gente. El pueblo en general y esos centros de renovación espiritual católica y también no católica, como los casos de Mortimer Adler, de U. Neff o de Alinsky, son la gran esperanza del mundo, en esta hora terrible en que todo lo peor puede suceder".

La noche hacía mucho había descendido sobre la docta ciudad. Todos aquí se recogen temprano. Por diez horas seguidas habíamos descontado lo atrasado de catorce años y tratado de confrontar nuestras posiciones de discípulo y maestro, siempre tan espontáneamente uniformes. Cuando Maritain me habla sobre un capítulo de su libro, aún desconocido para mí, le anticipo mi posición y él exclama: "Usted verá que es precisamente lo que yo digo, vea lo que es partir de principios comunes".

Y así nos separamos, en el silencio de la noche, ya de nuevo estrellada, pues el sol evitó, durante el día, mis vanas tentativas de captar en una vieja Kodack una recordación fotográfica de este día 25 de febrero de 1951.

Las amplias ventanas de la nueva y suntuosa biblioteca de Princeton, la más moderna de los Estados Unidos y la que yo iría a visitar algunos días después, brillan en la noche, y muestran, a través de sus vidrios, las cabezas dobladas sobre los libros, de esa juventud que Maritain tanto estima. Y, antes de acostarme, me sumerjo en la lectura de algunos libros de historia y de iconografía princetoniana, que me hacen sentir más viva aún la razón por la que veo llegar a estos lugares, no al acaso, sino obedeciendo a una misión providencial, a una de las más perfectas expresiones de la Sabiduría eterna y contemporánea, al mismo tiempo que la mayor potencia del mundo puede llevar a la humanidad hacia la destrucción o hacia un nuevo renacimiento. Y si esta segunda fuese la respuesta al dilema planteado por la Providencia, no habrá sido en vano que el Collège de France cediera a la Universidad de Princeton al príncipe de los filósofos contemporáneos.

Tradujo del portugués José Antonio Brovelli
(De "A ORDEN", Vol. XLVI, Nos. 3-4)

VIDA INTERNACIONAL

XIII Congreso Internacional de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas

EL día 21 de abril se inició en la ciudad de Roma el XIII Congreso de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas con una nutrida concurrencia de Delegadas de 35 países.

El tema central fué "La paz del mundo y la contribución que a ella deben aportar las mujeres católicas".

Después del acto de apertura que fué honrado con la asistencia del Cardenal Protector S. Ecia. José Pizzardo se realizaron las cuatro jornadas de estudio.

Cada una fué iniciada con un discurso doctrinario.

El primero a cargo de S. Ecia. Mons. Siri, Arzobispo de Génova, quien habló de "La paz fruto de la Justicia".

El segundo día tuvo a su cargo el desarrollo del tema la Sra. Gerald Bennet, Presidenta de las Mujeres Católicas Norteamericanas, disertando sobre "La miseria humana obstáculo para la paz".

El tercer día el tema central fué tratado por el Sr. A. J Vanistandael, Secretario General de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos; versó sobre "Los grandes esfuerzos que se realizan en el mundo de hoy para la asistencia técnica y el progreso humano".

El último tema, que sintetizaba los anteriores y buscaba su aplicación a la Mujer, estuvo a cargo de la Srta. Celina Piñeiro Pearson, miembro del Consejo Directivo de la U M. O. P. C. y tuvo como epígrafe "Misión propia del laicado católico en medio de estas actividades y responsabilidades femeninas".

Después del tema central de cada día se desarrollaban las reuniones de estudio en forma de carrefours; por la mañana, divididos en grupos lingüísticos y por la tarde en reuniones plenarias a donde se llevaban las impresiones generales, los aportes más destacados y las conclusiones a que arribaron los diversos grupos lingüísticos que eran en cinco idiomas.

Los problemas estaban divididos en: religiosos, morales, culturales y económicos sociales.

Las resoluciones de carácter general versaron sobre:

Que la obra de justicia y de paz debe hacerse respondiendo a las concepciones de vida de los pueblos y salvaguardando los valores espirituales que son los elementos indispensables para un verdadero progreso humano.

Que este progreso humano no puede ser realizado únicamente por la actividad del Estado sino que exige imperiosamente un esfuerzo de "auto-ayuda" por parte de los propios interesados. De ahí que debe suscitarse por todos los medios adecuados un esfuerzo personal de parte de los pueblos mismos, especialmente las mujeres.

Que, entre los problemas sociales actuales, debe preocupar muy especialmente a las mujeres, el acaparamiento cada día mayor, de la madre de familia en la tarea de la producción y su actividad en trabajos asalariados fuera del hogar, lo que amenaza seriamente la estabilidad de la familia.

Por ello la U. M. O. P. C. solicita a sus organizaciones afiliadas que tomen cada vez mayor conciencia de las responsabilidades que incumben a las mujeres católicas en la obra de justicia social y de caridad, que se realiza en el plano mundial para la elevación del nivel de vida y el desarrollo plenamente humano de las masas rurales y urbanas.

Y las resoluciones del grupo lingüístico hispano-americano destacaron los siguientes puntos:

Que debemos darnos cuenta cada vez con mayor claridad que no bastan sólo la buena voluntad y el celo apostólico sino que se necesita una formación técnica adecuada para asegurar el éxito de las obras sociales.

Que deben crearse Institutos de Orientación Profesional para las Mujeres, que asesoren sobre las carreras y oficios que les permitan ganarse ampliamente el sustento sin verse obligadas a abandonar el hogar.

Que se nota un empobrecimiento general de la clase media, ya que un obrero y más aún especializado, gana más que un empleado. De ahí que un inmenso número de madres de familia de la clase media se vean obligadas a dejar el hogar para completar el sueldo insuficiente del marido.

Que dado la influencia enorme que los progresos de la ciencia y de la técnica moderna ponen a disposición de la propaganda (prensa, cine, radio y televisión) es urgente saber utilizarlos para formar la conciencia en los principios cristianos frente a los errores innumerables del mundo de hoy.

El último día se realizaron las elecciones para el nuevo Bureau, resultando electas por orden de cantidad de votos obtenidos las siguientes: Celina Piñeiro Pearson (Argentina), Rossi (Italia), Mannix (EE. UU.), Wolf (Austria), Delosillas (España), De Romer (Polonia), Woodruff (Inglaterra), Hone (Canadá), St. Maurice (Francia), Zillken (Alemania), Lararin (Chile), Schumaker (Luxemburgo), Van Zeller (Portugal) y Zeebroeck (Bélgica).

Luego de reunida la nueva Comisión incorporó en su seno por "cooptación" a la Srta. Du Rostu (Francia), quien había estado en ejercicio de la Presidencia durante el año anterior y que no podía figurar en la lista de los candidatos por haber ya cumplido tres períodos dentro del Bureau. Esta Señorita fué elegida Presidenta de acuerdo con el nuevo Estatuto, quedando la Comisión constituída en la siguiente forma:

Presidenta: Srta. Du Rostu (Francia); Vicepresidentas: Srta. Celina Piñeiro Pearson (Argentina) y Sra. Mannix (EE. UU.); Secretaria General: Srta. St. Maurice (Francia); Secretaria Adjunta: Srta. Swagemakers (Holanda).

El día 24 de abril las congresistas fueron recibidas en audiencia oficial por S. S. Pío XII quien en una vibrante Alocución enfervorizó a las oyentes y las estimuló a trabajar con todas sus energías por la paz basada en la justicia y en el amor fraterno entre todos los hombres, destacando que precisamente en la consecución de la paz El veía la obra más amplia que hasta ahora la Providencia haya señalado a la mujer, la más social y saludable que jamás haya tenido en el pasado.

El Santo Padre señaló que la civilización cristiana —sin desconocer los valores, tanto externos como internos, que las antiguas civilizaciones reconocieron en la mujer— descubrió y cultivó en ella misiones y oficios que son el verdadero fundamento de su dignidad y la razón de su más auténtica exaltación.

CELINA PIÑEIRO PEARSON (Bs. As.)

DOCUMENTOS

La Unidad en la Iglesia

Carta pastoral de Monseñor Mauricio Feltin, Arzobispo de París

Mis hermanos:

EL año pasado, hablándoos del "Sentido de la Iglesia", os anunciaba que volvería sobre el tema de su unidad. Lo hago este año, para cumplir mi palabra, pero también con el propósito de responder a un requerimiento de mi conciencia, ante un estado de cosas muy actual.

¿De qué se trata? ¿De hacer la unidad de la Iglesia? No, pues somos incapaces de ello: Jesucristo, y solamente El, la ha hecho de una vez por todas, reuniendo la inmensa familia de sus discípulos en una sociedad de gracia y de amor.

Y, por otra parte, ¿en qué época esta unidad fué tan manifiesta como hoy? El mismo **Credo** es cantado, aceptado, vivido en todas partes y por todos; el Papado es respetado, admirado; el Papa es visitado, consultado, escuchado por todo el mundo. Las reglas de la Iglesia tienen un alcance universal; la liturgia, los sacramentos permiten a cada fiel encontrarse en cualquier parte como en su propia casa, cuando desciende del tren, del barco, del avión. Los obispos, los sacerdotes, los religiosos del mundo participan en el mismo sacerdocio y trabajan con los laicos el campo de un mismo apostolado. Congresos eucarísticos, organismos internacionales, clero indígena, cardenales de todas nacionalidades, ¿qué falta, pues, a la unidad de la Iglesia Católica?

Nada para ella misma; mucho para nosotros, que tenemos por tarea expresarla y vivirla. ¿Basta, en efecto, seguir en todos los puntos del globo la misma misa, recibir la misma absolución, la misma Hostia, para ser católicos unidos? Sería como decir que todos los franceses se entienden, bajo pretexto de que hablan la misma lengua, cantan el mismo himno nacional, usan la misma moneda. ¡La unión supone otra cosa!

Una unidad que reencontrar

Lo que falta a la unidad de la Iglesia es, ante todo, una dimensión: **la dimensión "horizontal"**. Quiero decir con esto que no es suficiente adherir, individualmente, al Jefe, a la Cabeza de la Iglesia, es decir a Cristo, ni siquiera a su cuerpo sin distinción. Es menester, además, sentirse y quererse **solidarios** de los otros católicos, nuestros hermanos; asociarse, unirse a ellos directamente. La unidad católica "horizontal" es la que se manifiesta por cambios mutuos y relaciones de verdadera amistad. Este no es, en general, lo que pasa. Los católicos viven cada uno para sí, su fe común; no la comparten bastante. Se relacionan a la Iglesia por sus sacerdotes, sus obispos, el Papa, en quien sienten verdaderamente al "Padre común"; pero vueltos a sus casas recaen en su vida cerrada, en su tranquila indiferencia con respecto a sus hermanos.

Este "aislacionismo", como se dice en nuestros días, reviste dos grados.

En el plano nacional —y para no hablar sino de Francia—, comprobamos la **división de los católicos** y el malestar que sostienen sus oposiciones, sus querellas. La libertad de pensamiento y de expresión es un gran bien; pero nuestro individualismo impenitente la transforma pronto en sectarismo. Y diariamente damos a nuestros hermanos incrédulos el espectáculo —que los sorprende y desconcierta— de nuestras rupturas sin caridad.

En el plano mundial, asistimos desde el fin del siglo XV, con el advenimiento de los modernos Estados soberanos, a lo que se podría llamar **el fenómeno de las "Iglesias nacionales"**. Empleando este término, me apresuro a precisar que no se trata absolutamente de Iglesias en la Iglesia, como otros tantos Estados en el Estado. Su incorporación a la Iglesia romana no está en discusión. Cada una de ellas vive el mismo cristianismo y participa igualmente del mismo Cuerpo Místico. Pero cada una, también —y allí está el mal—, permanece encerrada en sí misma, sin comunicarse casi con las otras comunidades católicas, más allá de las fronteras. De allí una ignorancia recíproca que entraña desconfianza u hostilidades, críticas larvadas o anatemas virulentos.

No fué siempre así. Debemos reencontrar la unidad perdida. Pero más allá de la nostalgia del pasado, la unidad de los católicos se plantea en nuestros días como urgente imperativo, por la marcha misma de la historia. Lo queramos o no, el mundo va hacia su unidad. Por primera vez, el género humano se convierte en una realidad sociológica cada vez más consciente de sí misma. Los cristianos comienzan a darse cuenta de ello. Tienen que participar en una unidad que está por hacer. Comprenden, por una parte, que esta unidad de civilización, o al menos de técnica, plantea en términos nuevos la unidad en la Iglesia; por otra parte, que ésta tiene una función que desempeñar en este mundo que se hace uno, una función que sería necesario definir. Para no retener demasiado tiempo vuestra atención, me atendré al primer punto: la unidad en la Iglesia.

I. LA DESUNION DE LOS CATOLICOS

La primera unidad desgarrada es, evidentemente, la de los **cristianos separados**. Un real esfuerzo de oración y de interés personal se manifiesta por ese grave problema, particularmente, durante la Semana anual por la Unidad que se celebra en enero. Con todo mi poder apoyo esta gran causa; pero ella no entra en mi tema presente, que se limita a los católicos solamente.

Así limitada, la cuestión puede resumirse como sigue: Hay una desunión real entre los católicos. A esta desunión se proponen falsas concepciones de unidad. El remedio consiste en un retorno a los fundamentos teológicos e históricos de la unidad.

Desde la Acción Católica, y gracias a ella, los católicos están en todas partes: obreros, médicos, agricultores, comerciantes, universitarios, hombres de Estado, etc. Se dan generosamente a sus respectivos ambientes para mejor atestiguar allí el Evangelio. Pero estos medios tienen en el plano social, económico, cultural, contornos marcados a menudo por oposiciones ciertas. La dificultad comienza con el hecho de que esas luchas internas ponen a católicos frente a frente; y —lo que complica todo— los católicos entienden, de una parte y de otra, buscar en su fe la justificación de sus antagonismos.

Estos van desde simples querellas de palabras hasta batallas por la vida. De ambos lados se afirma clamorosamente la fidelidad a la Iglesia, lo que confiere a estas luchas un carácter de guerras intestinas. Salvo eso, se dividen a propósito de cualquier cosa: liturgia, apostolado, teología, moral social, espiritualidad, arte sagrado. ¿Eterna querella de los "antiguos y de los modernos"? Sin duda, pero también resultado inconsciente de la herencia familiar, de los hábitos adquiridos, del medio de trabajo o de vida, del temperamento personal. De allí, inquietud o desaliento en los cristianos comprometidos; incertidumbre y desorden en los fieles; en algunos otros, rebelión o crisis, abierta o silenciosa. ¿Es verdaderamente la unidad querida por Cristo?

II. DOS SOLUCIONES INACEPTABLES

A este estado de tensión y de penosa hostilidad se proponen dos soluciones igualmente inaceptables, porque cada una se funda sobre una falsa concepción de la unidad católica.

Unidad verbal o de compromiso.

La primera ve en esas divisiones algo perfectamente normal. La Iglesia cubre, en efecto, hombres y problemas infinitamente variados. La unidad de la Iglesia consiste en su facultad de englobarlos a todos bajo una misma rúbrica, algo así como un coleccionista coloca en sus vitrinas objetos desímiles. Se considera lamentable que estas discordias sacrifiquen la caridad; pero, con un poco de buena voluntad y de amplitud de ideas, se puede y se debe llegar entre católicos, sino a una concordia perfecta, al menos a una paz de compromiso.

Algunos que lo comprenden así, continúan llamándose y creyéndose fieles porque no han roto con la comunidad de los creyentes. Estiman tener así, el derecho de pensar lo que ellos quieran y fuera del pecado, de obrar a su manera. En algunos otros, eso va mucho más lejos. Poco a poco, introducen bajo la etiqueta común realidades incompatibles con los principios cristianos. Y cuando lo advierten, o bien consideran excesivo el esfuerzo de recobrar el terreno perdido, o bien es muy tarde, de manera que se descubren, después de un lento e imperceptible deslizamiento, adeptos de otra "Iglesia" y especialmente de un sistema del mundo que no se presenta solamente como una doctrina, sino como un todo social y una falsificación, de aspecto seductor, del único pueblo de Dios.

Pero, ¿por qué, mis hermanos, este desafecto hacia la Iglesia? ¿Cómo ese lento trabajo de zapa ha podido desgarrar así un alma en dos: de un lado, la Iglesia de su Bautismo, con la que conserva un vínculo jurídico y una fidelidad "oficial", del otro, "la Iglesia del corazón", en la que se respira, donde se siente mejor que en su casa?

¿Por qué? Por falta de convicciones vigorosas, seguramente; también, empero, por falta de amor y de comprensión de parte del medio católico. Veinte, cien veces, algunos de nuestros hermanos nos han expuesto sus problemas, su suerte y sus opciones trágicas, sus "impasses" de

pensamiento y de acción. ¿Qué hemos hecho? ¿Los hemos escuchado, comprendido? ¿La frontera de la Iglesia no ha coincidido algunas veces para ellos con la de nuestro corazón? No, indudablemente, que debamos renunciar a la intransigencia de nuestra fe y a nuestra adhesión sin reservas al magisterio de la Iglesia, bajo pretexto de hacerles algún bien: eso sería, por el contrario, prestarles el peor servicio y favorecer en ellos el cisma que precisamente querríamos evitar. En el plano de la caridad, sin embargo, si hay en la Iglesia sectarios y amargados ¿no es, a menudo, como consecuencia de una acritud y de un sectarismo opuestos? Toda secta engendra su contrario y toda intransigencia infundada una inflexibilidad simétrica. No habría, sin duda alguna, tantas simpatías hacia ciertas corrientes, comuniddes, sectas y sociedades secretas, que se multiplican en nuestros días, si antiguos hijos de la Iglesia no fueran a buscar allí —por lo demás, en vano—, lo que ellos no encontraron de entrada en sus hermanos en Jesucristo.

Unidad bloque, o de dictadura.

Algunos, en efecto, entienden al revés la unidad católica. Querrían imponerla de manera dictatorial a todos y del mismo modo. Y en todos los dominios. **¿Unidad de doctrina?** No hay nada que decir, muy al contrario, en tanto se trate de la fe. Pero, para ellos todo es de fe y, entre todo, su opinión personal. Esos absolutistas belicosos o hábiles se creerían fácilmente investidos de una misión de seguridad y de ortodoxia en la Iglesia de Dios. ¿Qué más contrario a la auténtica unidad que esta nivelación sin mandato? "No hay nada en el mundo, escribía Lacordaire, que las gentes deben evitar más que transformar las opiniones libres en errores condenables. Se debe tratar a las opiniones como opiniones y no colocarse delante de ellas como un concilio delante de los herejes (Carta a M. de Fallou, 7-10-1848).

La misma observación valdría para **la unidad de acción** que preconizan ciertos cristianos, sin ver en qué despotismo asfixiante concluirían esas prescripciones unilaterales; a qué atolladeros prácticos; ¡a qué negación de las inspiraciones multiformes del Espíritu Santo!

En el fondo, ni unos ni otros hacen cuenta de la unidad católica: para los primeros es una simple palabra, cargada de equívocos; para los segundos, un molde rígido, incapaz de universalidad.

III. FUNDAMENTOS DE LA VERDADERA UNIDAD

La verdad quiere que se asocie los dos aspectos y no se puede hacerlo sino refiriéndolos a la enseñanza de la Escritura y de la Tradición que nos presentan la unidad de la Iglesia como un misterio de gracia y de caridad.

¡La caridad! Esta palabra no viene aquí como una receta, sino como la solución. El error de los antagonismos irreconciliables consiste en colocarse sobre un plano puramente humano y de buscar la paz entre los corazones y los espíritus por medidas "políticas": dictadura o concordatos. Error de óptica. La unidad de los católicos entre sí es cosa muy diferente. Es una **realidad mística,** un don gratuito, una operación invisible de Dios.

Que sean uno.

Abramos brevemente a San Juan y San Pablo. Han recogido y comentado las palabras supremas de Cristo. La lección es formal: a la vez oración a Dios y mandato para nosotros: "Padre que no sean sino uno". Pero, precisa Nuestro Señor, "que no sean sino uno **como nosotros**...; como tú, Padre, tú estás en mí y yo en ti". (Joan., XVII, 11; XVII, 21). Estamos muy lejos de una unidad de "colección", de una pura reunión social. Estamos unidos de una manera absolutamente única y desconocida en el mundo; de una manera misteriosa que, ni nuestra experiencia de la vida en sociedad, ni nuestra voluntad recíproca, ni un decreto humano lograrían jamás realizar. "No es la ley la que ha reunido a la Iglesia, sino la fe de Dios", expresa San Ambrosio. Por consiguiente no es bastante decir que somos "un solo rebaño bajo un solo pastor" (Joan, X, 16). Es menester ir, como nos lo ha revelado Cristo, hasta el misterio —y al más alto de todos: la unión de las tres personas divinas en la Santísima Trinidad. Desde entonces, nuestro amor no es ya solamente fraternal: debemos, por así decir, acoger a todos los otros en nosotros y nosotros vivir en lo más profundo de ellos mismos: a imagen del Padre que vive en el Hijo y del Hijo que vive en su Padre, en unión del Espíritu Santo.

Miembros del Cuerpo

Todo esto, que puede parecernos muy abstracto, mis hermanos, seguramente lo parecería también a los oyentes de San Pablo, puesto que este apóstol, tan profundo, pero tan psicólogo, debió emplear una comparación que, por otra parte, es necesario aceptar como una realidad, y no como una simple imagen o un imposible ideal. Esta comparación es la del cuerpo humano. "Somos **un solo cuerpo en el Cristo,** escribe a los Romanos (XII, 5). El es la cabeza y nosotros los miembros" (I Cor. XII, 12-20). Siempre esta insistencia: no una unidad de muchedumbre, sino una **unidad de vida,** la unidad de un organismo. Una sola vida: la de Dios, fluyendo de la cabeza al cuerpo; una sola vida en los miembros (San Pablo diría seguramente hoy: en las células), aún en los más diferenciados. Esta vida común, a la que nacemos por el Bautismo, se manifiesta por la unidad de alimento: un solo pan; por la unidad de pensamiento: una sola fe; por la unidad de destino: una sola esperanza (I Cor. X, 17). Estamos no solamente unidos, somos "uno", afirma San Pablo (Col. VIII, 28).

Don de unidad, unidad a realizar.

Esta es la unidad profunda, indestructible, definitiva de la Iglesia. Es **dada de lo alto,** gratuitamente, y conservada, a cada minuto de la historia, por Cristo y por el Espíritu Santo. Sin embargo, al mismo tiempo y sin contradicción —al menos a los ojos de los creyentes— esta unidad supone nuestra colaboración, nuestros esfuerzos "de abajo". Como la Iglesia es, a la vez, del cielo y de la tierra. Viene de Dios, pero él quiere que se la pida por la oración. En la Cena, Cristo suplica a su Padre realizarla entre nosotros. Nuestros cismas no pueden destruir la consistencia divina de esta unidad; nuestras divisiones, sin embargo, nuestros pecados, pueden disminuirla, despedazarla, en su manifestación visible. De nosotros, católicos, depende pues, que la Iglesia sea o no sea una; que sea un testimonio de amor o un escándalo a los ojos de los hombres.

Cuando se os habla de la comunión de los santos, pensáis ordinariamente, mis hermanos, en la intercomunicación de los méritos y de las oraciones, y tenéis razón. Pero, ¿habéis pensado en esta solidaridad más profunda, que es su fundamento teológico y que se llama vuestra solidaridad fundamental de **"miembros de Cristo"?** Cuanto más ligados estéis con Cristo por el estado de gracia y por el amor, más estaréis ligados con vuestros hermanos y más os vincularéis entre sí. La unidad en la Iglesia es una **comunión de vivos:** la adhesión consciente y libre de un vivo a una comunidad de vivos. Es, pues, una

unidad que se gana o se pierde, que se conserva, que se acrecienta o que muere, en nosotros al menos. **Nuestra comunión con la Iglesia es un acto humano y no sólo el efecto automático de una inscripción en un registro de bautismos;** depende de nuestras **voluntades** y no de nuestras opiniones o de nuestras simpatías. Como lo canta la liturgia, es una **unidad de amor: "Congregavit nos in unum Christi amor".**

Comprenderéis mejor, ahora, porque San Pablo **insiste** tanto sobre nuestra unión con Cristo para obtener la concordia entre nosotros. Como se lo ha dicho bien: "**Los** cristianos forman un cuerpo, porque ellos son el cuerpo de Cristo, el cuerpo del cual Cristo es la cabeza... **Cortado** este vínculo, todo se desune, se desparrama, como un cuerpo decapitado se descompone y se disuelve (P. de Montcheuil, "Leçons sur le Christ", p. 114).

Insistiendo sobre estos fundamentos teológicos de la unidad —a los que sería menester agregar otros—, he querido, mis hermanos, indicaros el principio de solución. Reside en un retorno a las fuentes. En tanto no se haga un esfuerzo **espiritual por cada uno** en lo íntimo y mejor de su alma, habrá una apariencia o un paliativo de unión, pero no habrá unidad. La experiencia nos da, por lo demás, la contraprueba, tanto en el plano parroquial como en el internacional: cada vez que los católicos se reúnen, después de haber orado, para hablarse, comprenderse, buscar **en común,** las barreras caen; en lugar de mirarse como enemigos, se perciben complementarios. Y si la permanencia de los problemas puede conducirlos a encontrarse legítimamente como antagonistas, no es ya en el plano de la Iglesia y con detrimento de su unidad, sino en el plano de la ciudad temporal y a risego exclusivo de sus opciones.

La realización de este programa, mis hermanos, requiere una doble serie de medios: cualidades personales y un estatuto de aplicación.

Las virtudes de la unión

En primera fila de las cualidades personales ha de colocarse un **esfuerzo del corazón: el "sentido del otro".** No solamente amarlo, sino hacer todo por comprenderlo, para excusarlo si la corteza es rústica, perdonarlo si ha caído en error y, en todo caso, orar por él. **También un esfuerzo de inteligencia.** A menudo, se rompe la unidad por la carencia o el mal uso de esta facultad: se vive en **desinteligencia.** Para entenderse es menester mucha lucidez en el planteamiento de los problemas, sangre fría en su examen, objetividad en la información. Desde este punto de vista son inmensos los desastres psíquicos que causan las titulares enormes de tantos diarios y tantos "slogans" reiterados por la radio. Hay una psicosis generalizada de la información. Se impone una vuelta a la calma, apoyada sobre una documentación seria y tan imparcial como sea posible, que de más posibilidades a la decisión de ser eficaz y justa. **El sentido de lo real** es una de las garantías de la unión.

La voluntad, en fin, será muy necesaria para evitar rupturas debidas al enervamiento; para esperar con paciencia, perseverar sin cansarse, emprender sin ilusión y, en caso de fracaso, recomenzar. **El sentido de la duración está en** la base de la unión.

Y por arriba de este, **la humildad,** que falta muy a menudo en ciertas definiciones de posiciones espectaculares, o en ciertas negativas a dejarse convencer. Los auténticos renovadores no buscan la publicidad; no imponen reformas: proponen modestamente tentativas de soluciones.

Alma abierta.

A estas meritorias virtudes deberá agregarse una abertura, una respiración del alma acordada a los grandes ritmos de la vida de la Iglesia y retomando una confianza feliz en el porvenir de su excepcional historia y en las promesas hechas por Jesucristo a su Iglesia, inmensa familia "difundida y comunicada" (Bossuet, Lettre 23), por toda la tierra.

Esta contemplación de "la Iglesia total" será suficiente para disipar querellas mezquinas. La mayoría de las veces, éstas se producen porque un aspecto particular es erigido en todo. Los problemas inmediatos son también los más sensibles. Es menester subir a una cierta altura para dominar las facciones partidarias, para situar y resolver los conflictos en la línea del bien común de la Iglesia. **El sentido de lo universal** es necesario a la unidad; alimenta una altivez cristiana que no tiene nada de común con el orgullo y sustituirá al espíritu de campanario el "espíritu de cuerpo", el espíritu del Cuerpo Místico.

Se habrá realizado mucho cuando se haya explotado los vínculos, a la vez más oficiales y más personales de la vida cristiana: oración, sacramentos, liturgia. Se hallará, igualmente, una poderosa garantía de unidad y de ortodoxia en la sumisión unánime y filial a la autoridad común, al Papa, a los obispos y a sus delegados los sacerdotes.

(Continuará en el próximo número)

TEATRO

SIETE GRITOS EN EL MAR

Entre los señores Alejandro Casona, autor de **Siete gritos en el mar**, y Jaime Potenze, crítico de teatro de CRITERIO, se han cambiado las dos cartas que reproducimos.

De Alejandro Casona a Jaime Potenze.

Buenos Aires, 5 de mayo de 1952. - Sr. Don. Jaime Potenze. - Revista CRITERIO. - Mi distinguido amigo y compañero:

Leo con sorpresa su crónica de **Siete gritos en el mar** y contra mi costumbre voy a permitirme establecer con usted un pequeño diálogo sobre ella. Nunca me he molestado en escribir dos renglones para protestar de una crítica adversa, actitud debida un poco a mi natural respeto por la opinión ajena, y otro poco a mi perezosa capacidad de desdén. Si rompo este hábito con usted lo hago solamente como un homenaje de amistad, ya que no puedo dudar de la sinceridad de sus palabras, ni de su generosa disposición hacia mi teatro tantas veces demostrada.

Usted no pertenece a esa triste cofradía de críticos teatrales (mejor diría reporteros de bodas, estrenos y bautizos) que van un rato a un ensayo, echan un vistazo petulante desde lo alto de sus pirámides y preguntan al boletero "cómo termina aquello" para poder contar el argumento al día siguiente. Tampoco está entre esos palurdos cazadores de parecidos y reminiscencias, que hacen citas pueriles para exhibir su cultura literaria hecha de películas y novelas policiales. En ese caso yo me limitaría a encogerme de hombros y arrojar su crónica al cesto de los papeles, donde estaría ampliamente acompañada. Pero afortunadamente no es ese el caso. Usted es un hombre leal, capaz de equivocarse como cualquiera, pero capaz también de reconocerlo y declararlo si así fuera. Por eso le dirijo estas líneas.

Lo que me mueve a escribirlas no es el hecho sin importancia de que a usted le guste o no le guste una comedia mía —en el terreno del gusto no cabe discusión— sino la sospecha de que la obra no haya sido esencialmente comprendida; en cuyo caso vale la pena analizar hasta qué punto la culpa puede ser del autor o del cronista.

La acusación fundamental que hace usted a mi comedia es la de "ser superficial en grado sumo y falta de contenido". Por mi parte creo que se la puede acusar de cualquier pecado menos de ese. Analicemos las cosas serenamente.

"Siete gritos en el mar", como toda comedia que se estime, está pensada y desarrollada en dos planos paralelos, íntimamente ligados entre sí, de modo que el uno sea fruto natural del otro y su complemento necesario: el plano "físico" (la peripecia exterior, la trama argumental y sus diálogos) y el plano "metafísico" (el mundo de las intenciones, las ideas y los símbolos, del cual el primer plano es sólo el reflejo material).

Del plano físico no hay para qué hablar. Es el que ve hasta el último espectador miope. Es el que Molière sometía al juicio de su criada. Y es el que la mal llamada "crítica" suele contar al día siguiente del estreno para uso de todas las criadas de Molière que no han ido al teatro. Ese plano elemental de la fábula queda salvado en cuanto cumpla su cometido de sostener airosamente durante dos horas la atención y el interés del auditorio. Nadie puede pedirle más a condición de que el segundo plano exista.

Veamos ahora el segundo. Estamos en Nochebuena. Un barco, sin patria ni bandera conocida, aparece fuera de rumbo, acosado en la noche por la obsesión de la guerra y la muerte. Va cargado con Siete Pecadores (y ya supondrá usted que no son siete por casualidad) y un mundo anónimo de pobres emigrantes de tercera, que cantan ignorantes del peligro.

La seguridad de la muerte inminente provoca la reacción de los siete personajes protagonistas, empujando a unos a la desesperación, y a otros a la confesión pública de sus culpas, acercándolos a la redención por los caminos del arrepentimiento, la expiación y el dolor. Solamente uno de ellos —el armamentista— se aferra enloquecido y cobarde a su vida material sin redención posible; por eso es el único que "muere en la noche".

La Nochebuena termina; va a amanecer Navidad. La obsesión de la muerte y la guerra era sólo una negra pesadilla. Algo nuevo y luminoso va a empezar. Un niño acaba de nacer entre los pobres inocentes. Y la comedia termina con un giro de esperanza, entre alegres villancicos populares que acunan al recién nacido.

Todo esto, ya suficientemente claro por sí mismo, no sólo está presente a lo largo de toda la obra, sino que además está subrayado con palabras en diversos pasajes de la misma. Y ahora pregunto yo, querido Potenze: si el autor descendiera a aclararlo todavía más ¿no sería una ofensa a la cultura y a la imaginación de nuestro público?

¿Hace falta realmente una vista zahorí para descubrir en ese barco sin rumbo la angustia de nuestro mundo actual, cargado de culpas capitales, y obseso por la pesadilla de una guerra que solamente sus provocadores se empeñan en presentarnos como inevitable? ¿Es necesario vestir a los Siete Pecados "que matan el alma del que los comete" con el ropaje tradicional de los Autos Sacramentales, para que los distraídos no tengan que esforzarse? ¿Habrá que señalar en los programas que la Prostituta y la Adúltera son la Lujuria, que el Barón racista es la Soberbia, que la pre-suicida y el asesino moral son la Ira, y el mercader de guerra la Codicia, como aquel inefable Orbaneja cervantino que cuando pintaba un gallo escribía debajo "esto es un gallo"? No, por favor; usted podrá decir, si quiere, que el gallo está mal pintado, pero lo que no puede decir de ningún modo es que el gallo no existe.

Y en cuanto a la intención moral ¿hay que recurrir a las palabras exactas de la ortodoxia para que esas "confesiones dramáticas" revelen su sentido purgativo cristiano? Y ese Niño que nace en Nochebuena acunado por los villancicos de los pobres, como una promesa renovada de redención y de paz ¿necesita también explicaciones? Me niego rotundamente a admitirlo. Una comedia debe expresarse única y exclusivamente con el lenguaje teatral de los hechos. Para ese otro idioma fácil de la exposición doctrinal no hace falta un dramaturgo; basta cualquier conferenciante de balneario.

Usted que aboga apasionadamente por un teatro con ideas, emociones y raíces cristianas ¿cómo ha podido estar tan dormido cuando ese teatro se le ofrece?

Ahora bien: pudiera argüirse en buena estrategia polémica que todo ese segundo plano metafísico, claro en mi propósito, no está suficientemente reflejado en el plano físico; que está fallido en su realización escénica, y que el infierno del arte está tan empedrado como el otro de buenas intenciones. Admitámoslo en principio. Pero lo evidente es que el público lo entiende, lo estima y lo aplaude así como está, sin necesitar mayores aclaraciones oficiosas. Y si al salir del teatro lleva consigo un interrogante nuevo, una inquietud o una comezón de pensar, mejor que mejor. No creo que además de darle el alimento debamos darle ya hecha la digestión.

En nuestro caso personal ¿soy yo el qce ha perdido de pronto su capacidad de expresarse, o usted su capacidad de escuchar alerta, o nos hemos repartido a medias los errores? Estas son las dudas sobre las cuales le agradecería una contestación.

Espero sabrá usted interpretar cumplidamente el alcance de esta carta, que no es otro que un afán de verdad. No se trata de discutir su libertad de opinión, sino de dar cauce a la mía ya que, en buena ley, la misma libertad que tiene la crítica para enfrentar la obra del autor debe tenerla el autor para criticar a la crítica.

Por encima de toda diferencia, con la leal amistad de siempre, salúdale cordialmente.

P. D. - Naturalmente puede usted hacer de esta carta el uso que estime oportuno, incluso su reproducción, sin mutilaciones. — **ALEJANDRO CASONA.**.

De Jaime Potenze a Alejandro Casona

13 de mayo de 1952. - Sr. D. Alejandro Casona. - Buenos Aires. - Querido amigo:

He recibido ,leído varias veces, agradecido y meditado su carta. Sabe usted que todo lo salido de su pluma ha tenido siempre para mí un especial interés pues no en balde he dicho alguna vez en CRITERIO que es usted el primer dramaturgo de habla castellana entre los que viven. Y esta opinión ha sido ratificada en mi palabra "Casona, Alejandro", enviada a la Enciclopedia del Teatro de Roma. Ello quiere decir que por encima de las discrepancias que podamos tener sobre alguna de sus obras, la admiración y el afecto se mantendrán siempre incólumes.

Esta adhesión es aún mayor después de sus líneas, no ya por las cariñosas palabras que dedica a mi labor de crítica, dictadas seguramente más por la simpatía personal que por un sopesamiento estricto de valores, sino porque me parece indispensable que el autor salga a la palestra cuando se siente injustamente tratado, abandonando toda torre de marfil y colaborando con el crítico en la aclaración de conceptos. Porque su carta, querido Casona, no es la del polemista que se defiende y contraataca, sino la del amigo que siente su obra incomprendida y corre en auxilio del compañero para decirle: "Ten cuidado, antes de expresar un juicio tan contundente como el que has arriesgado, entérate de lo que de verdad ocurre en mi comedia. Y porque te quiero, te ayudo".

Esto no suele hacerse en nuestro ambiente, y es una verdadera lástima, porque si es cierto el amor al teatro que declaman autores y críticos, ¿qué mayor prueba de cariño puede haber por el arte dramático que discutir

honesta y fraternalmente sus principales creaciones aunque más ¿o sea que para que los ocasionales contrincantes se conozcan mejor y se unan más?

Y dicho esto, entremos en materia. Lógicamente, he vuelto a ver **Siete gritos en el mar**, y lo hice pluma en mano, acompañado de un amigo que había leído su carta, con ésta sabido poco menos que de memoria, y ansioso por encontrar en la comedia todo lo que usted ha puesto. Y conste que no es esta última una frase de circunstancias, porque como usted muy bien me lo ha dicho, ¿qué mayor alegría que la de encontrar un teatro profundo y cristiano en la obra de un autor al que se quiere y se admira? Porque en lo que toca a mi capacidad de rectificación, ella es grande. Creo sin ninguna modestia que soy de los contados críticos que cuando no comprenden una obra lo dicen, y que cuando se han equivocado no tienen empacho en confesarlo. En ese librito que le adjunto sobre el Festival de Punta del Este, verá usted que la primera vez que asistí a la exhibición del "Diario de un cura de campaña", me pareció un plomo; la segunda, me dormí; y la tercera lo encontré una de las grandes obras del cine de todos los tiempos. En mí, la rectificación no es una cosa inusitada, ni mucho menos.

Y por ello retiro lo de **superficial en grado sumo**. Es un juicio apresurado e injusto. Si tuviera que criticar la comedia de nuevo, diría que la comedia es ambiciosa, pero que su autor no ha conseguido trasladar a las tablas de modo claro sus inquietudes. Pero achacarle superficialidad es otro de los errores que debo agregar a la serie de los por mí cometidos en mi camino crítico.

Vamos, ahora, a su carta. Como usted lo señala, en el plano físico no hay problema. La trama es transparente y —de acuerdo a su vieja costumbre— está narrada en auténtico idioma español, con el conocimiento del oficio teatral que da a sus comedias sinigual amenidad, y pletórica de frases agudas. En esto, me ratifico. Insisto en que los monólogos del segundo acto son excesivamente largos y paralizan la acción, y que formalmente hay personajes suyos cuyo léxico me ha llegado mucho más que estos. Pero lo que importa es el plano metafísico.

El capitán presenta a los personajes: Santiago Zabala y su mujer: Sudamérica, dinero, clima cálido. Barones Pertus: Europa, castillos, criados de librea. Harrison: armamentista internacional. El profesor: libros. Un periodista especializado en reportajes sensacionales. Más tarde, aparece la séptima pasajera, algo indefinida.

¿Son éstos los siete pecados capitales? La nómina católica dice Soberbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Envidia, Gula y Pereza. Comprendo que no tiene usted por qué ceñirse a esta lista, pero como dice en su carta que no son los pecadores siete por casualidad, hice yo un esfuerzo bastante grande para identificar a cada uno de ellos con los vicios máximos.

No hallé candidatos para la avaricia, la envidia y la pereza, por lo que no puedo menos que hacerle el siguiente reproche: si la cifra siete no está puesta por casualidad, debió usted hacer resaltar a los siete vicios conocidos en siete personajes que los representaran sin lugar a dudas. Adivino su contestación: la comedia la escribí yo así y debe usted comentar lo que ha sido y no lo que a su juicio hubiera debido ser. De acuerdo, pero entonces el título de la obra pierde fuerza en cuanto a contenido.

Sigamos. Como habrá usted notado, mi principal objeción es la de que sus personajes no son lo suficientemente universales como para representar vicios capitales. Creo que fuerza usted su proyección. Porque de ponernos a encontrar símbolos, habría que aceptar que el periodista, por su carácter de reportero sensacional, representa a los cuatro evangelistas, y no creo que esto se le haya ocurrido a nadie. Como no se me había pasado por el magín que la pre-suicida representara la Ira. Al contrario: yo la veía sinónimo de la desesperación, pero la escena final en que se acerca al fuego y logra vencer su fobia me la hizo imaginar personaje con ribetes psicoanalíticos, que al enfrentar la realidad pulveriza su sentimiento de culpa. Julia Miranda es un ser bastante misterioso, que aparece después de los otros, y sobre la que flota un halo de "suspenso", para usar una palabra en boga. La Ira se me ocurre más avasalladora y menos complejizada.

Pero hay otro detalle tan importante como estos: el nacimiento del niño. Usted usa la mayúscula para referirse a él. El símbolo es cristalino. En la primera parte, el niño nace, el pasajero de tercera recoge sólo una batita —importante por haber sido tejida con humanidad— y un collar de esmeraldas, y se va. Los demás, a pesar de haberse purificado por la confesión de sus pecados, permanecen insensibles. Luego, viene el torpedo que, suponemos, habrá hecho volar a los siete personajes. ¿Quiere ello decir que el Niño vino sólo para los de tercera? ¿Acaso no "mueren en la noche" —uno antes, pero todos casi simultáneamente— los viajeros de primera? Usted me dirá que purificados, pero yo veo todo muy confuso. Y, en último caso, no se han purificado por el nacimiento del niño.

En una palabra, querido Casona. Tomo las suyas: "todo ese segundo plano metafísico, claro en mi propósito, no está suficientemente reflejado en el plano físico..." A mi juicio, ese es el "quid" de la cuestión.

Pero tomo también en cuenta su afirmación de que el público lo entiende así y sale del teatro con un interrogante nuevo, una inquietud o una comezón de pensar.

Casona amigo: soy un hombre en el que la humildad ocupa muy poco espacio, pero que tiene un respeto casi supersticioso por las jerarquías intelectuales. Creo, sin ninguna modestia, que es usted en lo suyo mejor que yo en lo mío. Su talento de autor es superior a mi talento de crítico. Si alguien está en lo cierto, ha de ser usted. Yo, lógicamente, creo honestamente que no, que la razón es mía; pero con idéntica honradez reconozco que ha de ser suya. Según Santo Tomás, el que de buena fe abraza el error, está justificado ante los ojos de Dios. Perdóneme usted mi discrepancia, pero crea en la absoluta sinceridad de ella.

Publico su carta en CRITERIO, con esta contestación, para que los lectores conozcan su pensamiento y vayan a ver, o rever, la comedia, con el inestimable antecedente de su crítica a mi crítica. Deseo sinceramente que les suceda con "Siete gritos en el mar", lo que a mí con "Otra vez el diablo", "La barca sin pescador" o "Prohibido suicidarse en primavera"; o sea que salgan del teatro dando gracias a Dios por el mensaje de optimismo y belleza que les ha brindado el gran poeta, extraordinario dramaturgo y profundo pensador que se llama Alejandro Casona.

Agradecido al privilegio de su amistad, le envío un cordial abrazo. — **JAIME POTENZE.**

J E Z A B E L Cuando en 1931 Anouilh estrenó **Hermine**, su primera obra, los críticos franceses afirmaron que en ella faltaba todo menos lo esencial, y que por esto se entendía un dramaturgo fuera de lo común, que en la brutalidad de su primera pieza mostraba más genio e instinto que talento. El juicio, severo pero halagüeño, podría ser aplicado a **Jezabel**. Hay en esta pieza negra una certera intuición de lo que es el teatro, sobre todo en el primer acto, que a pesar de ser repugnante revela a un hombre diestro en el desplazamiento de sus personajes y hábil en la urdidumbre de escenas. Es, pues, aceptable la alabanza al instinto dramático de Anouilh, que por otra parte fué luego archiprobrado, pero sería muy arriesgado calificar de genial a un autor que no logra acabar cumplidamente una obra, y que por añadidura tampoco crea en ella nada deslumbrante.

Porque la oscuridad de **Jezabel** es tan legítima que impide atisbar valores. Hay en esta obra una acumulación tal de elementos amorales que vuelven irrespirable el ambiente de la escena. A veces —y el ejemplo más ilustre de los últimos años lo da **Un tranvía llamado Deseo**— hay en la literatura dramática climas nauseabundos en medio de los que florece una hermosa idea poética, pero cuando un autor es incapaz de elevarse entre la ciénaga, queda aprisionado en ella y se hunde.

Anouilh se ahoga en **Jezabel**. A pesar del desagrado con que se ve el primer acto, queda flotando en el ambiente una atmósfera de expectativa que es defraudada en las jornadas siguientes. No hay interés dramático, no hay poesía y sobran elementos tristes. Algún intento del autor de sugerir una interesante relación entre madre e hijo, es subalternizada por falta de perspectiva y el espectador sale del teatro indignado contra un autor de inimaginables carencias. (**En el Lasalle**).

VAGABOND JIM

CINE

EL DESTINO ME CONDENA Con este título vulgar de radioteatro, pésima adaptación del inglés **"Edge of doom"**, hemos visto una película nada común que interesa por sus aciertos técnicos y hace pensar más de lo que es corriente.

El libreto de esta producción de Samuel Goldwyn, ha sido realizado sobre la base de una novela de Leo Brady, aclamada como "la novela católica del año" (no sabemos de qué año), y tiene originalidad y riqueza de situaciones suficientes para construir una gran película. Un joven muy pobre, que tras un largo día de trabajo lleno de decepciones, ve morir a su madre, se enfurece ante la indiferencia de un sacerdote cansado y antipático y lo asesina a impulsos de su ira. La doble huida de la autoridad policial y de la propia conciencia, llena la mayor parte de la película que será tachada de melodramática por algunos espectadores, por otros de desagradable, y que en su país de origen fué rechazada por el público a causa de una pretendida "morbosidad".

El guión de **El destino me condena** se desarrolla en dos planos paralelos y simultáneos que requieren y exigen distinto tratamiento cinematográfico. El plano de la acción externa ha encontrado en Mark Robson (**Clamor humano**, **El triunfador**) un magnífico director, seguro, elocuente y vigoroso. La pintura del carácter y la situación económica y social del personaje central, la ambientación lograda con un procedimiento semi-documental, y la perfección de las secuencias de acción puramente externa, son extraordinarias. Basta señalar como pasajes de gran valor cinematográfico a la mayoría de las escenas callejeras; al paseo de la cámara y el micrófono (muy bien aprovechado en sus posibilidades cinematográficas) por la escalera y los descansos del inquilinato; la angustiosa escena en el bar y su continuación en el lavatorio; y el extraordinario pasaje del ascensor; sin olvidar la secuencia de la casa de sepelios que empieza en un desembozado tono de sátira para pasar sin transición a un clima de desesperación, desdichadamente viciado por algunos recursos subalternos e innecesarios (el zumbido inesperado del motor y el primer plano del cadáver). La fotografía se mantiene dentro de una calidad superior en toda la película ayudada por una escenografía de primer orden.

Con un lenguaje cinematográfico directo y de conmovedora elocuencia, Robson describe magistralmente todos los pasos del protagonista y sus sucesivos sentimientos de frustación, desamparo, rebeldía y miedo. Pero hay en lo más íntimo del alma de este asesino involuntario una lucha más profunda que se realiza paralelamente a la acción en el otro plano aludido: el más recóndito de la conciencia. Es la lucha del hombre con la gracia, es la desesperada tentativa por escapar a la persecución de Dios. Esta faz del argumento, que probablemente habrá sido la dominante en la novela original, y que a juzgar por el prólogo y el epílogo de la cinta parece querer ser también el motivo principal de que nos cuenten la historia, no cobra en el guión cinematográfico la fuerza ni la importancia necesarias, y se desprende únicamente de algunas frases del protagonista y sobre todo del testimonio puramente oral del padre Roth, personaje flojísimo que aparece en contraposición con los sabuesos policiales, como un poco convincente sabueso de Dios.

Los medios expresivos de Mark Robson se detienen en el linde de este terreno tan difícil de penetrar. Lo que el libretista no logró mostrar, tampoco lo consiguió la vigorosa imaginación ni la reconocida sensibilidad del director: la lucha íntima del pecador por redimirse aparece como un subtema fugaz, sólo se adivina en toda su fuerza y trascendencia. Y aquí está la frustración de la película. Hubiera sido menester encontrar un lenguaje distinto —como lo hizo Bresson en **Diario de un cura de campaña**— para volcar en el celuloide conflictos de índole tan puramente subjetiva, pero Robson no disponía de tanto fuerza creadora, al menos en ese momento, y fracasó en su obra dándonos una película incompleta, privada de su sentido más profundo, no obstante la excelencia de sus otros aspectos.

La interpretación merece algunas líneas. Farley Ganger posee el físico para el papel del protagonista: su rostro de líneas muy adecuadas a la fotografía, sobria pero de contrastes violentos, a que lo somete la película, tiene los rasgos de vulgaridad y de extrema sensibilidad que exigía el carácter del personaje. Actor discreto, feliz para la comedia romántica, se esfuerza conmovedoramente en este drama despiadado, pero su actuación no logra la riqueza y profundidad necesarias, aunque está excelente en dos o tres pasajes. Más personalidad tiene Dana Andrews, a quien cabe aplaudir por la naturalidad tan difícil con que encarna a un sacerdote, si bien lo ambiguo y desteñido del personaje no le permiten ir más allá de su caracterización. Paul Stewart y Robert Keith hacen dos buenos trabajos en una línea tradicional. En el reparto femenino se destaca netamente por su oportuna fealdad y comprensiva estimación de un papel que no era fácil, la desconocida que encarna a la empleada de la casa de pompas fúnebres. Mala Powers luce un rostro limpio y una evidente inexperiencia; y Joan Evans, inexpresiva y poco interesante, sólo se explica en el reparto como una lastimosa concesión del director al supuesto detalle decorativo.

LOS AMANTES DE VERONA El tema era atrayente: una versión moderna de **Romeo y Julieta** con campo libre para la imaginación e ilimitadas posibilidades cinematográficas. Filmado en el lugar original, sólo faltaba la dosis de genio indispensable para convertir en bella realidad el ambicioso proyecto. Y empleamos el vocablo "genio" porque Shakespeare lo fué y la glosa de su obra lo requiere si no quiere pecar de infidelidad e irrespetuosidad.

Cayatte ha logrado una cinta hermosamente fotografiada y con excelentes intérpretes, pero le ha faltado aliento para producir lo que debía ser una obra maestra o no ser nada. Hay en **Los amantes de Verona** un clima de exagerada sensualidad, abiertamente buscado, que echa un poco por tierra la ilusión romántica inherentes al recuerdo de Romeo y Julieta. Es cierto que el amor ha sido cantado a veces con fogosidad ilimitada unida a belleza poética deslumbrante (**Bodas de sangre**), sin que haya encontrado reparos de nadie, pero en este caso hay cierto refinamiento, cierta delectación sutil, cierta sugerencia que nos repele, precisamente por la falta de sinceridad. Aceptamos que **Extasis**, que es una película fuertemente naturalista cuya meta es la cinematografización del acto sexual, emplee los recursos más directos para la consecución de su fin (Y al emplear la palabra "aceptamos", nos ponemos en un plano puramente teórico, puesto que prácticamente rechazamos la filmación de cintas como **Extasis**), pero no consideramos oportuno, conveniente ni necesario que Cayatte excite la sensualidad del público

MUSICA

Teatro Colón

Ultimo concierto de Celibidache

•

El 6 del actual, este interesante director tuvo a su cargo el último concierto anunciado en el abono que conocen nuestros lectores. El mismo, fué un festival de música rusa, compuesto por tres características obras de escritores de aquella nacionalidad. Se inició el concierto con la 'Suite Sinfónica", **"El Pájaro de Fuego"**, delicadísima obra de Strawinsky, que tuvo en Celibidache un intérprete excepcional, sobre todo en el "Rondó de las Princesas", en "Berceuse", y en el "final" que fueron detallados con una delicadeza llena de matices y en un espléndido entusiasmo orquestal, que arrancó los más espontáneos aplausos de una concurrencia que llenaba completamente el teatro. A continuación se ejecutó el **Concierto Nº 3**, en re menor opus 30, para piano y orquesta, de Rachmaninoff. En el piano actuó el conocido concertista búlgaro Sigi Weissenberg, que ha actuado en esta capital en temporadas anteriores. Este concierto bien construído, pero bastante monótono, nos mostró a un solista más maduro, lo que no tiene nada de extrañar dada su juventud, pues sólo tiene 23 años. La obra bastante inferior al Concierto Nº 2 del mismo autor, pasó relativamente fría. La última parte, correspondió a la **Sinfonía Nº 5"**, de Tschaicowsky, en la que Celibidache volvió a ser más dueño de su orquesta; interpretando la obra con gran autoridad, sobre todo en el encantador "andante cantabile", y en el final, que entusiasmó al público, siendo aclamado el director y la orquesta en forma entusiasta.

El 12 del corriente quedó abrieto el abono para la próxima temporada oficial del Teatro Colón, que constará de dos series de catorce funciones nocturnas y catorce vespertinas, señalándose por un repertorio compuesto de doce óperas, un oratorio y un "ballet". **Damos a continuación el detalle anunciado: EL ZAR SALTAN**, de **Rinsky** Korsakoff; **LE DONNE CURIOSE**, de Wolf-Ferrari; **SANSON Y DALILA**, de Saint Saens; **FALSTAFF**, de **Verdi**; **MADAME BUTTERFLY**, de Puccini; **THAIS** y **MANON**, de Massenet; **ARMIDA**, de Gluck; **SALOME**, de Strauss Ricardo; **ASI SON TODAS**, de Mozart; **EL BUQUE FANTASMA**, de Wagner, **WOZZECK**, de Alban Berg; **LA MISA SOLEMNE**, de Beethoven, y el "ballet" **ESTANCIA**, de Alberto Ginastera. Las obras de Wolf-Ferrari y Alban Berg son estrenos.

Los cantantes que se anuncian y que con casi seguridad actuarán en esta temporada, son los siguientes: **Sopranos**: Victoria de los Angeles y Kristhel Goltz. **Medio sopranos**: Simone Couderc e Ira Malaniuk. **Tenores**: Eugenio Conley, Tygen Tygessen, Anton Dermota y Laszio Zsemerer. **Barítonos**: Marck Rothmuller y Carl Doench. **Bajo**: Kurt Bhoeme. Acompañarán a estos artistas extranjeros, los cantantes argentinos Delia Rigal, Elena Arizmendi, Pili Martorell, Mafalda Rinaldi, Renato Cesari y otros.

Como directores de orquesta figuran Albert Wolf, Héctor Panizza, Ionel Perlea, Karl Bhöm, Ferrucio Calusio y Juan Emilio Martini. Los "regisseurs" Otto Erhart Dino Yannopoulos y Mario C. Troisi; siendo director coreográfico Leonide Katchourovsky.

Conciertos Daniel

Digna de todo mérito ha sido la actuación de la **Orquesta Sinfónica del Estado** en los dos primeros conciertos que en el Gran Rex, ha ofrecido esta prestigiosa institución. El primero ejecutado el 7 del corriente, a las 21.30 hs. y el segundo el 14 ,a la misma hora. En estos dos conciertos hemos conocido un nuevo director: **Igor Markevitch**. Está realmente lleno de cualidades superiores, este joven y ya veterano conductor de orquesta. Nació en 1912 en Kiev, capital de Ucrania, pero desde su tierna edad, 2 años, a la iniciación de la primera guerra mundial, la familia se trasladó a Suiza, en donde recibió su educación musical. De allí pasó a París, donde perfeccionó todos sus estudios y en poco tiempo fué una de las figuras más importantes de la música moderna. Sus composiciones fueron numerosas y merecieron la aprobación de los grandes maestros franceses. Reúne por lo tanto Markevitch las raras condiciones de ser magnífico conductor y magnífico compositor. Ha actuado en los más famosos festivales europeos. Igor Markevitch no se somete, en sus interpretaciones, a lo tradicional, tiene una opinión propia de cómo deben interpretarse las obras más conocidas, y de ahí que algunos oyentes al mostrarse sorprendidos por las innovaciones que en el tiempo y en el matiz, hace este director, no se detienen a analizar si son acertadas o o desacertadas, o por lo menos si a los oyentes les resultan agradables o desagradables, y se limitan a censurar al director, y esto no está bien. Pueden a lo menos manifestar su conformidad o disconformidad, pero no discutir como director a Markevitch, que domina en absoluto a la orquesta y la hace rendir el máximum de sus deseos, lo cual es absolutamente digno de aplauso. Además el que siempre se interpreten las obras con la mejor de las ejecuciones o gustos tradicionales, nos resultaría poco variado y por lo tanto poco interesante. Que cada director rinda lo que él siente y así tendremos nuevas versiones de las obras muy conocidas. En el primer concierto se ejecutaron: **Concerto Grosso, Opus 6 Nº 5 de Haendel**, que fué una maravilla de interpretación y una delicia de ejecución por parte de la orquesta, actuando como solistas los violinistas Eduardo Acedo, Jorge Urbanski, y Luis W. Pratesi. Qué maravilloso principio para la inauguración de los conciertos de la Orquesta Sinfónica del Estado. Como **segundo número** se escuchó **la Sinfonía Nº 3 de Schubert**, obra de juventud pues la compuso a los 19 años de edad. Esta Sinfonía es alegre, sencillamente deliciosa y aunque la escuchamos por primera vez, nos resultó sumamente interesante por su misma sencillez. **La Suite de Turandot**, de Ferrucio Busoni pertenece a una obra que el compositor la hizo conocer el año 1921 y que nosotros hemos oído por primera vez. Primitivamente la escribió como música de escena, en 1906 y en 1921 le dió forma de ópera, de la cual se ha hecho esta Suite. Como primera audición nos ha resultado algo fría y como a Busoni lo conocemos a través de las crónicas, como uno de los mejores pianistas que haya tenido el siglo **XIX**, como compositor no sabíamos nada de él. La **Arietta con Variaciones**, de José María Castro, siguió en la prosecución de este concierto y en realidad es demasiado simple y tiene nuestro buen amigo, obras de más consideración y envergadura. Los **"Cuadros de una Exposición"** de Mussorgsky, original para piano, es muy conocida, e instrumentada para orquesta por **Ravel**, ha sido un triunfo interpretativo de Markevitch y la Orquesta Sinfónica del Estado.

El **segundo concierto**, se desarrolló en la siguiente forma: **Sinfonía N 6 "Patética"**, de Tschaicowsky. Es ésta la obra que más controversias acusó en la forma de in-

---

con el pretexto de una versión moderna del clásico de Shakespeare.

Por esto, identificados con la Legión de la Decencia de los Estados Unidos, que condenó a **Los amantes de Verona**, aconsejamos la no asistencia a esta perturbadora película, cuyos valores artísticos no son extraordinarios, y de la que escaso es el saldo positivo.

G R A G E A Cine Universitario de Montevideo edita ahora **Film**, revista realmente excelente y muy apropiada para el aficionado serio... **Nace un campeón**, producción de Luis Angel Firpo, fué sacada del Monumental por falta de público... Julien Duvivier filmó recientemente en Italia **Le Petit Monde de Don Camillo**, de acuerdo a la novela de Guareschi... Al Fstival de Cine de la India, que tuvo lugar en enero, concurrió una nutrida delegación soviética que ha ofrecido a las autoridades hindúes co-producir haciéndose cargo del 65 o|o de los costos... **Sequence**, de Londres, desapareció tras publicar su número 14... **Deseo bajo los olmos**, de O'Neill, fué reprisada con éxito clamoroso en Nueva York... Metro Goldwyn Mayer abandonó la idea de filmar **Huckleberry Finn**, de Twain, como comedia musical, con Gene Kelly y Dany Kaye, después de recibir 23.000 cartas de protesta... **Amigos del Séptimo Arte** es una institución uruguaya católica que aspira a convertirse en importante cine-club... Laurence Olivier ha definido a José Ferrer como "la flor del teatro moderno de Broadway", invitándolo luego a dirigir "lo que quiera" en su teatro de Londres... C.I.N.E. de Buenos Aires, dió en sesión polémica **El crimen de Oribe** con asistencia del director Torres Nilssen, y el 11 del corriente en el Biarritz **Locura de amor**. Jean Marais debutó en la Comedie Francaise interpretando a Nerón, en **Britannicus**, de Racine, con un traje diseñado por él mismo. El público se entusiasmó... **Bakonja Fra Brne**, flamante película yugoeslava, ha sido calificada por Edit Laurie, desde Praga como "sátira rabelesiana sobre el clero, que describe a un grupo de monjes en un monasterio dálmata, en el que la hipocresía, la política y el sexo tienen un papel mucho más importante uqe la contemplación y las oraciones"... **Mis seis convictos** dirigida por Hugo Fregonese para Stanley Kramer, ha tenido gran éxito entre los críticos de Nueva York... **Deseo cazado por la cola**, obra escrita por Pablo Picasso en 1941, está siendo representada por aficionados en Nueva York. Tiene seis actos, pero su manuscrito no alcanza a 63 páginas...

Vagabond Jim

terpretaria Markevitch y es a su vez la obra que nos demostró en toda su amplitud la capacidad directiva de este magnífico conductor, que impuso su opinión interpretativa a una obra que los oyentes de Buenos Aires estaban acostumbrados a escuchar a los mejores directores que ha tenido el mundo. A nosotros nos gustaron mucho las variaciones de ritmo y de matiz que Markevitch marcó en esta dirección y felicitamos a la orquesta, que a pesar de estas innovaciones a la que no estaban acotumbrados, siguió con bastante fidelidad las directivas del director ucraniano y en su ejecución sólo notamos algunos momentos frágiles que achacamos, a nuestro parecer, a los pocos ensayos. Las **Variaciones Sinfónicas**, de César Franck, para piano y orquesta; deliciosísima obra que no nos cansamos, ni nos cansaremos de escuchar, fué ejecutada con corrección por la orquesta y el concertista francés Ericourt. Siguió una **Vidala**, de Elio M. A. Bová Paz, que demostró cierta habilidad en su orquestación. No podemos manifestar que interesó mayormente. Siguió el **Scherzo** y **Marcha** de **"El amor por tres naranjas"**, de Prokofieff, obra dificilísima. La orquesta del Estado hábilmente dirigida, superó las dificultades que contiene. La **Suite Nº 2 de Bacchus y Ariane,** de Roussel, fué un broche de oro que cerró admirablemente este magnífico concierto. Nuestras felicitaciones al admirable director y a la magnífica orquesta del Estado.

Se ha abierto en el **Teatro Colón**, preparado por **Conciertos Daniel**, un ciclo extraordinario de diez y seis conciertos de abono, en que tomaran parte ejecutantes solistas, actuando **Victoria de los Angeles**, en dos conciertos; **Zino Francescatti**, en dos conciertos; **Arturo Michelángeli**, en dos conciertos; **Alejandro Unisky**, en dos conciertos; **Enryk Szeryng**, en dos conciertos; **Sigi Weissenberg**, en dos conciertos y con un concierto cada uno, la orquesta de Cámara **"Virtuosi di Roma"**, nuestro compatriota **Antonio de Raco**, el gran violencelista **Antonio Yanigro** y **Ventsislav Yankoff**, laureado con el primer gran premio **Margerite** Long - Jacques Thibaud.

Orquesta Sinfónica de la Ciudad de Bs. Aires

Como primer concierto de la temporada oficial, de la **Orqueta Sinfónica de la Ciudad de Buenos Aires** se ha ejecutado el lunes 12 del corriente a las 21.30 en el Teatro Colón un concierto dirigido por Manuel Rosenthal, con el siguiente programa: **Sinfonía Nº 35 "Haffner"** de Mozart;**Don Juan**, de Ricardo Strauss; **Tres Pinturas de Paul Klee**, de Roberto García Movillo; **Divertimientos sobre un tema pastoral**, de Pierne, en el que intervino como solista José Mazzitelli, trombón solista de la orquesta; y **La Valse**, poema coreográfico de Ravel. Fué muy correcta la dirección de Rosenthal y algo deficiente la actuación de la orquesta, que dados los antecedentes del año pasado en que empezó con las mismas características, se fué afirmando poco a poco en la seguridad de sus ejecuciones, lo que no dudamos ha de suceder en la presente temporada.

M. Ortiz de Guinea

Música sinfónica de autores argentinos

Un concierto sinfónico-coral, con obras de autores argentinos, tuvo lugar en el Teatro Colón, con la participación del violinista Carlos Pessina, el tenor Virgilio Tavini, y el coro y la orquesta del teatro a las órdenes de Carlos Félix Cillario y Luis Gianneo.

El programa comprendió obras representativas de cuatro de nuestros compositores, pertenecientes a diversas tendencias. La Sinfonía en La Mayor de Floro M. Ugarte, que se ofreció en primera audición y el Concierto Aymará para violín y orqueta de Luis Gianneo, integraban la primera parte del mismo. La primera, es una obra que nada agrega a la producción conocida de su autor y que a pesar de haber sido escrita recientemente, se desarrolla dentro del lenguaje habitual que Ugarte utilizó en casi todos sus trabajos anteriores. El Concierto de Gianneo, que data de 1944, fué posteriormente reelaborado, siendo esta nueva versión la ofrecida en forma encomiable por el solista, Carlos Pessina, con la orquesta conducida por el autor. La obra se denomina Concierto Aymará, debido al origen incaico de su temática, de la cual extrae Gianneo el máximo partido. Hay particular belleza en el movimiento lento.

Una grata sorpresa nos deparó el estreno de Marín, Cantata Op 18 para tenor, coro y orquesta de Roberto García Morillo, cuyo texto, extraído de crónicas, códices y letras de canciones populares españolas del siglo XVII lamentamos no haya figurado en el programa. En la misma, el compositor comenta diversos episodios de la vida de José Marín, célebre músico de fin del siglo XVI, autor de música teatral, además de hábil ejecutante y actor. La obra, interesante sucesión de canciones, y coros del más auténtico sabor español, y que la orquesta subraya con oportunas intervenciones, es en conjunto un magnífico aporte a la producción de ese género y en la que García Morillo parece haber hallado la senda más propicia para el desarrollo de sus inquietudes creadoras, sometiendo sus amplios recursos técnicos e imaginativos a una orientación de verdadero valor artístico. De puras líneas melódicas sus canciones, adecuado tratamiento polifónico los coros y una personal orquestación que no elude en muchos momentos un avanzado lenguaje instrumental, es esta cantata una obra equilibrada y feliz.

El conocido poema sinfónico Atipac de Pascual De Rogatis, característico fresco de vigorosos ritmos y acentuado sabor incaico completó el programa. Carlos Félix Cillario, joven y destacado director de orquesta argentino, puso nuevamente de manifiesto sus bellas dotes para la conducción orquestal, sobresaliento su seguridad y eficacia. Virgilio Tavini, cantó su parte en la cantata de García Morillo con responsabilidad y el Coro preparado por Tulio Boni se desempeñó con corrección.

Festival de música francesa

Un concierto consagrado a los autores franceses se realizó en el Salón de Actos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de nuestra ciudad, con la participación de la Orquesta Sinfónica de Radio del Estado, dirigida por el maestro belga Desiré Defauw. Obras de Bizet, Chausson, Debussy, Fauré y Berlioz integraron el detalle, comenzando la velada con el poema sinfónico Patria, de relativo interés y calidad, del autor de Carmen. Siguió luego la hermosa Sinfonía en si bemol de Chausson, que fué convenientemente aligerada con algunos oportunos cortes; quizá, el mejor trabajo de este distinguido músico francés, cuya muerte prematura privó a la música de su patria de las mayores contribuciones que sus raras cualidades dejaban prever. Con criterio discutible, Desiré Defauw inscribió a continuación dos de los Tres Nocturnos de Debussy, eliminando el tercero, Sirenas, probablemente por la ausencia del pequeño coro femenino indispensable. Es injustificable la fragmentación de una obra, que si bien es cierto está concebida con cierta independencia en el carácter de sus tres movimientos, responde a una acertada disposición que algo tiene de orgánico.

Luego la bellísima música incidental para el "Pelleas et Melisande" de Maeterlinck, en la que Gabriel Fauré nos descubre las características de su extraordinaria personalidad. Si bien carentes de hondura, estos cuatro frag-

INFORMACION

EL VATICANO Y EL PSICOANALISIS A mediados de abril algunos diarios reprodujeron un telegrama de la Agencia Reuter, según el cual el boletín oficial del clero romano habría declarado que sería difícil excusar de pecado mortal a los médicos que usan el psicoanálisis como método de tratamiento y los que se someten a tal tratamiento.

Y constituye una manifestación interesante de la resistencia que existe contra el psicoanálisis el hecho de que **la continuación** de esta noticia no haya llegado a publicarse en la prensa. Es un hecho, en efecto, que el portavoz del Vaticano declaró inmediatamente que el artículo aparecido en el boletín del clero citado no **expresaba, de ningún modo, la opinión oficial** de la Iglesia, sino que reflejaba solamente las convicciones personales de su autor, Monseñor Pericle Felici; esta reacción adquirió mayor significado aún por la declaración simultánea del mismo Monseñor Felici en el sentido de que el artículo no era más que "un esfuerzo por elaborar un juicio personal sobre la psicología Freudiana".

Con motivo de este incidente, un portavoz del Vaticano aclaró, por otra parte, que la Iglesia católica no tiene ninguna queja contra el psicoanálisis. Dijo, en efecto, textualmente: "Si el tratamiento psicoanalítico fuera juzgado perjudicial para la salud de los creyentes, la Iglesia no vacilaría en dar los pasos adecuados para señalarlo como tí. Y nada indica que estén por darse tales pasos".

EL CLERO Y LA ACCION CATOLICA Caracas (NC). — Actualmente hay tan sólo 422 sacerdotes seculares para 5.000.000 de habitantes en Venezuela, con lo cual cada párroco tiene a su cargo más de 11.840 almas.

"El porvenir no es nada halagüeño, ya que en los seminarios mayores no siguen estudios nada más que 114 alumnos.

Tal es el "gravísimo problema" que afronta el país, declara en carta pastoral el Episcopado de Venezuela al pedir oraciones a los fieles por que el Señor mande más operarios a la mies.

Igualmente proponen una campaña endereazda a inculcar estima por la sublime dignidad del sacerdocio en el catecismo, las asociaciones piadosas, la acción católica, la prensa y la radio, "de modo que las familias aprecien las vocaciones como un regalo del cielo y una singular predilección de Dios".

Para imprimir sello oficial al movimiento los obispos decretan la fundación en todas las diócesis, de la Obra Pontificia pro Vocaciones Sacerdotales.

Ante la escasez de clero la Jerarquía considera que "es más apremiante aún" la necesidad de la Acción Católica y la cooperación de los seglares en el apostolado de la Iglesia.

Nuestro deseo, dicen los obispos, es que "la Acción Católica cobre mayor impulso, y vitalidad más exhuberante, a fin de que supla las deficiencias consiguientes a la penuria de sacerdotes que venimos lamentando".

Otro de los problemas tratados en la conferencia episcopal fué el de la "enseñanza de la doctrina cristiana, base de la vida cristiana"; de ésta se extienden al "gran problema de la educación integral de la juventud", lamentando que en Venezuela la coeducación y el materialismo hayan hecho sus estragos en la educación.

El Episcopado decretó la fundación en el futuro de la Universidad Católica, "en donde los alumnos que iniciaron su formación en los colegios católicos puedan coronarla en un centro de alta cultura informado por los principios de la fe".

No olvidaron los prelados venezolanos la cuestión social, y para resolverla piden "una más amplia acción social católica... que tienda al mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, y que esto se obtenga no por las vías del odio, sino por el recto camino que traza la doctrina social del Evangelio".

LUCIEN CUENOT (1867 - 1951) A la edad de ochenta y tres años falleció en Nancy este célebre biólogo, conocido por sus notables experiencias en zoología y genética, orientadas dentro de un espíritu completamente comprensivo de lo religioso. **Etudes** dice sobre su personalidad: L. Cuenot era profunda y hasta "religiosamente" consciente de la gravedad y del misterio de la vida. En el sentido más verdadero de la palabra era... un gran espiritualista... En verdad un caso bastante raro, pero sintomático, de un hombre cuya actitud interior no cesó de orientarse, como la de Lecomte de Noüy, hacia lo Divino con un **juego directo** y una sinceridad científica llevada hasta el extremo.

UN PRELADO FRANCES PREDICA LA AMISTAD FRANCO GERMANA PARIS (NC). — Su Eminencia el Cardenal Pierre Gerlier, arzobispo de Lyon, declara a su regreso de Alemania que los cristianos de Francia y ese país deben esforzarse por cultivar mejores relaciones, de otro modo es imposible la paz.

El arzobispo francés fué a Colonia por invitación de Su Eminencia el Cardenal Josef Frigs, para dictar una serie de conferencias sobre el catolicismo en Francia.

"No puede negarse que una verdadera fraternidad cristiana entre Francia y Alemania es piedra indispensable y garantía suprema para la paz mundial", dijo el Cardenal Gerlier. En todas partes los alemanes rompían en júbilo cuando yo decía que los católicos franceses deseaban que reinase "una atmósfera de fraternidad fundada en la genuina caridad cristiana, y capaz de fomentar la mutua comprensión entre nuestras dos grandes naciones que han sufrido tanto una a manos de la otra".

EXITOS DE PROPAGANDA DE TELEVISION DE MONS. FULTON SHEEN NUEVA YORK. — El primer programa de televisión del Obispo Fulton Sheen, irradiado el 12 de febrero, trajo miles de cartas a la empresa televisora, felicitándola por el calibre, contenido y presentación del que se denomina "La vida vale la pena de ser vivida". — (The Tidings).

---

mentos componen una deliciosa suite: pleno de maravillosos hallazgos ambientales su Preludio, de tierna fluidez, intimidad y melancolía las Hilanderas, modelo de belleza melódica la Siciliana y de elegíaco carácter el final, Muerte de Melisande.

Con los conocidos fragmentos de la "Condenación de Fausto" de Berlioz, obra envejecida y superficial, cuya Marcha Húngara aun conmueve a un sector poco exigente del gran público, finalizó la audición.

Desiré Defauw, hábil conductor, proseedor de un sólido "metier", animó las obras citadas con resultado diverso. Su mejor trabajo fué sin duda la Sinfonía de Chausson y los fragmentos del tríptico de Debussy, vertida con adecuado lirismo la primera y encantadora atmósfera los últimos. Menos feliz fué su versión de la suite faureana, donde faltó poesía en su Preludio, y claridad de conducción en las Hiladenras. En carácter las exteriores páginas de Bizet y Berlioz. Un público numeroso siguió con atención el desarrollo del programa y exteriorizó su aprobación con cálidas demostraciones de simpatía.

Deseo recordar a los encargados de la programación de estos conciertos, que la mayoría de los nombres con que Maeterlinck bautiza a los personajes de sus obras, son intraductibles e irreformables. Pelleas, Igraine, Astolaine, Pallomides, Arkel, Inlold, Golaud y otros, son en su mayoría frutos de la inagotable fantasía del autor de Interieur. De tal modo, no debe decirse Melisenda en lugar de Melisande.

Jorge Fontenla



REVISTAS

"Estudios"

Ha reaparecido esta antigua revista, órgano de la Academia Literaria del Plata, cuya momentánea desaparición lamentáramos hace unos meses. Nos congratulamos de este retorno. "Estudios" llena un lugar especialísimo en los cuadros —¡ay, no numerosamente nutridos!— del periodismo católico y merece el apoyo que le prestan sus numerosos amigos. En verdad se ha hecho sobremanera difícil la aparición regular de las publicaciones católicas y sin un decidido apoyo de lectores, avisadores y protectores, su existencia resulta imposible. Constituyen sin embargo luces espirituales de tal importancia para el apostolado que es necesario mantenerlas encendidas a costa de cualquier sacrificio. Ya es lamentable que no aumenten en número y no prosperen como debieran nuestros periódicos, pero que desaparezca alguno parece como una deplorable defección en masa. Una revista, un diario católicos, aun cuando no representen al catolicismo como tal, no son nunca la expresión, el mérito de una sola voluntad. Constituyen la obra común, el empeño solidario de un grupo, de una familia intelectual, donde tienen papel tan importante los que los redactan, administran o anuncian, como los que los leen y propagan la buena lectura. Bienvenidos pues estos "Estudios" redivivos y que sea por muchos años.

¿Se ha condenado al psicoanálisis?

Con este título publica **"The Commonweal"** de Nueva York un interesante artículo en su edición del 25 de abril pasado. Lo transcribimos íntegro dada la importancia del tema y el interés que han despertado en nuestro país las informaciones publicadas. Dice así:

"Las relaciones entre el psicoanálisis y el catolicismo continúan siendo objeto de una auténtica fascinación popular. Una de las últimas expresiones de ésta tuvo lugar en Roma, el 8 de abril pasado, al publicar Monseñor Pericle Felici un artículo sobre el tema en el Boletín del Clero Católico. De acuerdo a los informes periodísticos sobre el artículo, Monseñor Pericle condenó la doctrina y la técnica del psicoanálisis, y advirtió a los católicos que dándose cuenta de sus errores han acudido a aquél, que cometen casi ciertamente pecado mortal.

Monseñor Pericle se habría referido a las conocidas teorías de Freud sobre el origen del sentimiento religioso en el hombre, y al mismo tiempo habría dado una síntesis (sorprendentemente ingenua, de acuerdo a los despachos periodísticos) de la técnica clínica del psicoanálisis. Muchos periódicos norteamericanos no vacilaron en sacar la atropellada conclusión en sus primeras planas de que "La Santa Sede Condena el Psicoanálisis".

El despacho del "New York Times" revelaba que algunos funcionarios del Vaticano, a los que no nombraba, habían dicho que la posición de Monseñor Pericle no podía ser considerada la oficial de la Iglesia. El mismo Papa o la Sagrada Congregación del Santo Oficio, bajo cuya jurisdicción se encuentran todos los asuntos referentes a la fe y la moral, habrían tenido que hacer el antedicho pronunciamiento antes de que éste se convirtiera en obligatorio. Las obras de Freud, se puntualizó algo más tarde, no han sido colocadas en el Index.

Opiniones como las que habría sostenido Monseñor Pericle, no son originales. Son el eco de juicios oídos de tanto en tanto a portavoces no oficiales católicos de ambos lados del Atlántico. Pero desde ningún punto de vista constituyen la opinión universal, y quizá ni siquiera la predominante, de portavoces católicos informados. Los estudiantes católicos serios del psicoanálisis suelen tomar una posición intermedia entre la condenación directa y la aceptación entusiasta de todo lo que se encuentra en Freud. No hemos visto todavía el texto íntegro del artículo de Monseñor Felici. Es posible que demuestre un equilibrio mayor que el que los párrafos citados indican.

Es necesario hacer algunas distinciones elementales. Freud, el fundador del psicoanálisis, fué en su tiempo un teórico y un práctico que describió sus técnicas detalladamente. Hoy existen muchas escuelas diferentes de psicoanálisis. Cualesquiera sean sus méritos individuales, unidas sus diferencias manifiestan la posibilidad de adoptar la práctica y de ser seleccionadores y sincréticos con relación a la obra fundamental de Freud. Hoy día, más y más psicoanalistas católicos han trabajado con ahinco en formar su propia síntesis de doctrina cristiana tradicional y práctica psicoanalítica, y han logrado poner a disposición de sus pacientes los incontestables beneficios de la terapia psicoanalítica. Sería indudablemente cruel perturbar estas relaciones, sugiriendo, sin el respaldo de la máxima autoridad moral después de ésta haber escrutinizado el procedimiento, que arriesgan aquellas el azar del pecado mortal.

Desafortunadamente, en ciertos lugares —y quizá sea este el caso en círculos conocidos por Monseñor Felici— el psicoanálisis es considerado al principio como una novedad caprichosa, cultivada por libertinos ociosos que ven en él una justificación para su modo primitivo de existencia. Un conocimiento mejor de la práctica psicoanalítica revela luego que es aquél un método para reducir los componentes irracionales e instintivos de la motivación humana —causa a la que la Iglesia se dedica hace mucho.

Va sin decirlo que, a pesar de la confusión de la prensa norteamericana, la Santa Sede no habla definitivamente sobre un movimiento mundial sin investigarlo profundamente en todos los lugares en que tiene lugar, y que tampoco elige la Iglesia, para actuar oficialmente, como portavoz, a un eclesiástico que escribe en un diario diocesano.

CRITERIO

Aparece los 2os. y 4os. jueves de mes

AÑO XXV — 22 de mayo de 1952 — Nº 1154

TARIFA DE SUSCRIPCION (Renovación)		SUSCRIPCIONES DE AYUDA	
Anual	$ 45.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 30.—	De protección	„ 500 anuales
Número suelto	„ 2.50		
Número atrasado	„ 4.—		

Abono especial de solidaridad $ 60 ó 100 por este año (Renovación)

Suscripción NUEVA .... $ 100.— por año

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien se estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 18.30

ALSINA 840 — BUENOS AIRES — T. E. 34-1309

PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. Angel Gómez del Río
ABOGADO
CORRIENTES 115 PARANA (Prov. de Entre Ríos)

Eustaquio B. Labayru
ESCRIBANO
TALCAHUANO 68 T. E. 38 - 7642

Roberto H. Lanusse
ABOGADO
SAN MARTIN 232 T. E. 33 - 6289

Jaime Potenze
ABOGADO
MEXICO 613 (3° D) T. E. 30-6835 Buenos Aires
COLONIA 1554 (3° 6) U. T. E. 40-1219 Montevideo

ARQUITECTOS

E. Figueroa Bunge
F. Beccar Varela
ARQUITECTOS
RECONQUISTA 657 T. E. 32 - 3987

Vargas y Aranda
ARQUITECTO
SAN MARTIN 683 T. E. 31 - 1211 BUENOS AIRES
CALLE 31 U. T. E. 619 PUNTA DEL ESTE

Luis Vernet Basualdo
ARQUITECTO
POSADAS 1359 BUENOS AIRES

INGENIEROS

Rafael Ayerza
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 434 T. E. 35 - 9041

Enrique Balestrini
ING. CIVIL
TALCAHUANO 736 T. E. 42 - 2808

Francisco D'Arcángelo
ING. CIVIL
MORENO 17 T. E. 66 - 2439

Aristóbulo A. de Seta
ING. INDUSTRIAL
GARIBALDI 129 T. E. 243 - 4212
LOMAS DE ZAMORA

Emilio M. C. Devoto
ING. CIVIL
PAMPA 3654 CAPITAL

M. Roberto Gorostiaga
ING. CIVIL
PIEDRAS 383 T. E. 34 - 2222

Luis M. Gotelli
ING. CIVIL
YERBAL 176 T. E. 60 - 3446

Sebastián Enrique Guiroy
ING. CIVIL
HIPOLITO IRIGOYEN 850 T. E. 34 - 1221

Antonio R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 T. E. 33 - 6289

Pablo D. Ricagni
INGENIERO CIVIL
AMENABAR 37 - Dto. 2 T. E. 72 - 9266

José Astelarra
INGENIERO CIVIL
LAS HERAS 1022 T. E. 741 - 2481
VICENTE LOPEZ

Rómulo M. Noya
INGENIERO CIVIL
Avda. LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN 2630
T. E. 72 - 7647

Fernando R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 T. E. 33 - 6289

Rafael Lanusse Gelly - Jorge A. Storni
ING. CIVIL AGRIMENSOR
U. N. B. A.
Avda. R. S. PEÑA 555 T. E. 33 - 5769

Roberto Leggiero
ING. CIVIL
BELGRANO 3252 T. E. 30 - 3179

Máximo Mantel
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 1685 T. E. 41 - 9019

Carlos E. Olivera
ING. CIVIL
Cemento Armado
Avda. DE MAYO 1370 T. E. 38 - 4549

Esteban Pérez
ING. INDUSTRIAL
TREINTA Y TRES 40 T. E. 62 - 4393

Ricardo M. Puelles
INGENIERO AGRONOMO
PARANA 1231 T. E. 42 - 7253

Eckhardt Rathgeb
ING. CIVIL
DIAGONAL NORTE 760 T. E. 34 - 8129
Ofic. 77 - 3er. piso

Eduardo Saubidet
ING. CIVIL
TALCAHUANO 1090 T. E. 42 - 2173

Jorge A. Scotto
ING. CIVIL
BOLIVAR 177 T. E. 33 - 3730

Patricio L. Shanley
ING. CIVIL
DONATO ALVAREZ 247 T. E. 63 - 6272

Raúl F. Torreguitar
ING. INDUSTRIAL
SUPERI 1825 T. E. 73 - 3910

Silvio Pablo Uberti
ING. INDUSTRIAL
Bdo. DE IRIGOYEN 128 T. E. 38 - 3432

Basilio Uribe
ING. CIVIL
5 DE JULIO 1953 T. E. 741 - 0560
OLIVOS

Antonio J. Vilá
ING. INDUSTRIAL
MALABIA 2364 T. E. - 4768

MEDICOS

Dr. José Daniel Aráoz
ESPECIALISTA EN OIDO, NARIZ Y GARGANTA
Ex Jefe del Servicio del Hospital Bosch
CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001
Part. 44 - 4730

Dr. Iván J. L. Ayerza
MEDICO
Traumatología y Ortopedia
JUNCAL 2573 — T. E. 78 - 2533

Dr. Antonio Balcazar Morrison
CLINICA MEDICA
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 2538
Pedir hora — T. E. 71 - 9453

Dr. Luis María Baliña
ENFERMEDADES DE LA PIEL
MAIPU 975 — T. E. 31 - 2253

Dr. Carlos Alberto Castaño (hijo)
MEDICO CIRUJANO
PARAGUAY 725 — T. E. 31 - 2372

Dr. Amadeo P. Barousse
MEDICO
Avda. DE MAYO 354 — T. E. 658 - 0409
RAMOS MEJIA

CLINICA Y SANATORIO CORDOBA, S. A.
MATERNIDAD - CIRUGIA - ESPECIALIDADES
Avda. CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001

SANATORIO FLORES
INSTITUTO DE CLINICA NEUROPSIQUIATRICA
Director: Prof. Dr. GONZALO BOSCH
Tte. Gral. DONATO ALVAREZ 350 - T. E. 63-0027
BUENOS AIRES

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
SARMIENTO 839 — T. E. 35-0257 — Part. 44-3380
Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
MEDICO DE NIÑOS
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 9[illegible]6
Pedir hora — T. E. 42 - 5602

Raúl A. Devoto
CLINICA MEDICA
MELO 1994 — T. E. 44 - 2029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs.
Pedir hora

Dr. Juan Agustín Etcheparaborda
CLINICA MEDICA
JOSE E. URIBURU 1267 — T. E. 41 - 7631
Solicitar hora

Dr. Publio M. Ferro
CLINICA MEDICA
FRENCH 3102 — T. E. 78 - 1707

Dr. Jorge Galarraga
MEDICO CIRUJANO
Ginecología y Obstetricia
Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
ESMERALDA 634, 4° Piso — T. E. 35 - 3720

Dr. Carlos J. García Díaz
MEDICO DE NIÑOS
Avda. CALLAO 531 — T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Dr. Rafael J. Larre
MEDICO OCULISTA
MAIPU 645, 4° piso, N° 10 — T. E. 31 - 7027

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
MELO 1994 — T. E. 73 - 5152
Pedir hora

Dr. Carlos A. Llambías
MEDICO
Avda. CALLAO 569 — T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Miguel F. Méndez Trongé
MEDICO OCULISTA
ARENALES 2117 — T. E. 44 - 5907

Dr. Jorge Olivera
MEDICO

Dr. Octavio Pico Estrada
Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires - Director del Instituto de Clínica Médica del Hospital Nacional de Clínicas
JUNCAL 2186 — Pedir hora a: T. E. 73 - 0772

Dr. Jorge Tamini
ENFERMEDADES DEL PULMON
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
RIO BAMBA 118 - 1er. piso — T. E. 48 - 5672

Juan Bidart Malbrán
MEDICO
JOSE E. URIBURU 1295 — T. E. 44 - 0943

Dr. Ovidio Bianchi
CIRUGIA GENERAL
AVELLANEDA 2175 — T. E. 66 - 6278

VARIOS

Dr. Carlos H. Campi
BIOQUIMICO
Análisis Clínicos
LIBERTAD 893 — T. E. 44 - 3649

Mario L. G. Costantini
AGRIMENSOR
CALLAO 626 — T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
CONTADOR PUBLICO NACIONAL
SAN MARTIN 232 — T. E. 30 - 0061

Dr. Juan Carlos Puelles
CIENCIAS ECONOMICAS
Avda. CALLAO 1707 — T. E. 44 - 3969

CORREO ARGENTINO Central (B)
FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 476



Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. mín. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1300 - Bs. As.

Talleres Gráficos San Pablo
Bme. Mitre 2600 esq. Paso
22 DE MAYO DE 1952